

**SEÑOR PRESIDENTE NO CREO EN VOS; SEÑOR POLICÍA NO TEMO
DE VOZ.**

**Represión estatal y paramilitar y prácticas juveniles en los barrios Alameda,
Brisas, Anita y Almendros**



Víctor Angel Sastoque Espinosa

Octubre de 2015

Universidad Nuestra Señora del Rosario

Escuela de Ciencias Humanas

A mis padres, quienes me enseñaron que la justicia y la igualdad son luchas cotidianas si se quiere derrotar al represor...

A quienes han perdido la vida víctimas de la mano que haló el gatillo, de la hidra que planeó el crimen y de quienes decidieron que el olvido es un “mal necesario”.

La investigación no es y no puede ser un trabajo libre de valores. (...) En mi esfuerzo por ‘entender’ la violencia, soy consciente que hay una fina línea entre explicación y disculpa. En respuesta a este reto, yo intento analizar cómo las reglas de interacción son forzadas en ciertos contextos en particular pero estoy políticamente comprometida a criticar las relaciones de poder desiguales y violentas dentro de estas.

Mo Hume.(2009). The politics of violence: gender, conflict and community en El Salvador. Chichester: Wiley-Blackwell

AGRADECIMIENTOS

Durante casi cinco años he estado acompañando y conociendo los barrios donde realizo este trabajo de investigación; y en estos años de trabajo y acompañamiento es más lo que he aprendido que lo que he podido enseñar. Ha sido una trayectoria de vida que me ha nutrido en mis distintas dimensiones como ser humano, especialmente, la de los afectos. Cuando empecé mis estudios universitarios en mi mente estaba presente la idea de que es a través de la educación como se puede transformar la vida de las personas y, de esa manera, generar cambios cualitativos en las comunidades. Lo que no logré visualizar es que el oficio de maestro es tan enriquecedor que no solo las apuestas políticas se realizan y logran adquirir forma y sentido, sino que recorriendo caminos, uno se transforma.

Transformarse es aprender a mirar de manera distinta los problemas y conflictos humanos, pero también es sensibilizarse ante las crueldades e injusticias de las que son víctimas, así como las luchas que emprenden cotidianamente hombres, mujeres, grupos sociales, etc., por medio de los cuales se “juegan” la vida y sus sueños en aras de un mundo mejor. Más allá de los objetivos de la tecnocracia educativa, que propone producir seres-máquina y reduce las dimensiones humanas a la racionalidad abstracta, la educación, como la entiendo y desde la cual me posiciono, es la herramienta que nos permite producirnos como personas sensibles, afectivas y creativas. Es fundamental volver al concepto sentipensante que nos legó Galeano, para poder ver la vida como una simbiosis entre emociones, afectos y racionalidades, reconociendo que la diversidad es un valor fundamental en la preservación de la vida. Solo así, solo a través de estos derroteros, es posible derrotar la muerte y las

distintas expresiones de dolor producto de la tortura, persecución y destrucción de grupos enteros de población, por el solo hecho de no corresponderse con las máximas que movilizan los grupos hegemónicos.

Hoy, después de largas charlas y encuentros cotidianos con muchas personas que viven y sienten lo que pasa en sus barrios, aprendí que callar no es una opción; por lo tanto, esta investigación no surge como una aprehensión de la realidad que se enmarca dentro de los límites de la academia y de la acción política, sino que es parte, también, de la indignación. Indignación que causa la muerte arbitraria y planificada que ronda constantemente por los barrios de las periferias más degradadas de nuestras ciudades, y ante la cual el silencio se hace cómplice, muchas veces por miedo, otras por aceptación. Indigna que sean precisamente los jóvenes, en general, la población más vulnerable, la cual se convierte en potencial víctima de las violencias que atraviesan la vida cotidiana de estos barrios. Durante el tiempo que llevo enseñando en el colegio en esta zona, han muerto por lo menos 30 jóvenes. La mayoría de esas muertes han quedado impunes. Este tipo de situaciones muchas veces arrastra a un buen número de jóvenes a ver ciertas acciones delictivas como su única forma de existencia.

Quizá estas páginas que escribo terminen por engrosar los anaqueles de las bibliotecas, pero de lo que si estoy seguro, es que a través este ejercicio hubo un cambio significativo en cuanto a lo que hago, pienso y defino como trascendental. Por lo tanto, este es también un ejercicio de memoria colectiva e histórica, en la medida permite resituar las luchas de quienes han labrado su vida en torno a la producción social del derecho al territorio urbano.

Como todo ejercicio de memoria implica resignificar nuestro presente a través de un análisis y reflexión crítica del pasado cuyo objeto sea identificar y denunciar las atrocidades que sustentan el ejercicio de la dominación hegemónica, la cual se sostiene al convertir la represión y la violencia en derecho positivo, dando un carácter de apariencia democrática a la arbitrariedad.

Las más profundas reflexiones presentes en este escrito tienen la ventaja de haber surgido de una estrategia polifónica, la cual se fue estructurando en la medida que la investigación adquiría cuerpo y sentido; por lo tanto, si bien soy responsable de la escritura y de cada uno de los errores que se pueden presentar, no así de muchas de las ideas que expreso. Por lo tanto, debo reconocer y agradecer a cada uno de los jóvenes que abrieron sus vidas y recuerdos para apoyar esta tarea. Es a ellos a quienes debo el poder realizar este proyecto de investigación, ya que su colaboración fue mucho más que de ‘informantes’; se convirtieron en amigos, cómplices de un ejercicio en el que los afectos sirvieron de base en lo que se constituyó en un escenario de construcción colectiva de redes y tejidos solidarios y con un compromiso social. En especial debo agradecer a Andrey, quien me invitó a reflexionar, no solo desde la academia, sobre los jóvenes y su relación con los mecanismos de producción y reproducción de las violencias. Su amplio conocimiento de los barrios abrió un panorama hasta entonces desconocido para mí, y se convirtió en mi guía, en esta travesía.

Los integrantes del colectivo hopper también fueron muy importantes en la definición del proyecto. Gracias a ellos aprendí a ver en el hip hop algo más que rap; su conciencia crítica

y la capacidad de apertura hacia la comunidad sin necesidad de negar al otro fue, sin dudas, un aprendizaje. Con ellos entendí que transformar no implica destruir al oponente o someterlo, sino establecer un diálogo a través del cual comprender su perspectiva y, de esa forma, situarlo en el contexto, sin importar los riesgos.

Las profesoras Laura Ordoñez y Johana Parra, sin duda, aportaron ideas que a la postre fueron definitivas en la organización del trabajo tanto intelectual como de campo. A María José debo un reconocimiento especial porque fue ella quien asumió la tarea de orientar la investigación; cada uno de los aportes, comentarios e intensas charlas fueron modelando y dando estructura, orden y ante todo sentido al trabajo realizado. No solo asumió el rol de directora, sino que fue consejera y me instó a retarme intelectualmente.

También debo agradecer a todo el equipo docente del colegio donde trabajo; especialmente quiero agradecer cada una de las críticas realizadas por quien considero un amigo: Douglas Rodríguez. Él me ha acompañado en cada una de mis travesías académicas y humanas y ha servido de soporte en los momentos en los cuales las fuerzas disminuyen. Por último agradezco a mi familia la paciencia y el apoyo moral y emocional brindado. Sin ellos, especialmente el de mi madre, no hubiera sido posible materializar esta utopía.

Contenido

Introducción	9
Metodología	19
Capítulo I.....	26
Apuntes para la comprensión del contexto.....	29
Barrios de exclusión: la herencia del conflicto armado.....	34
Paramilitarismo y persecución social. Claves para comprender los procesos represivos en Usme	43
Reactivación de la represión. Nuevas formas de acción paramilitar y policial	47
Mecanismos de limpieza social y pacificación social.	59
Capítulo II	66
Espacio público en barrios populares.	66
Miedos y signos de distinción. Marcas morales y jerarquías sociales	70
Confinamiento Territorial.....	71
Confinamiento territorial y género	77
En cuanto pueda, yo me voy del barrio	79
Jóvenes en las calles. Usos y prácticas cotidianas de los espacios públicos.	82
Viviendo con la represión, tratando de evitarla.....	85
Límites simbólicos. ¿Estrategia para evitar la represión?	89
Entre pandillas, ollas y violencia.....	94
Capítulo III.....	104
Organizando el Parche.	108
Más que Chocolate, pan y rap	118
Noviolencia como estrategia de acción.	125
Dificultades y retos.....	132
Nosotros ni somos drogadictos ni somos violentos.....	133
El ropero no hace al rapero.....	134
Militarismo, límites simbólicos y justificación de las violencias	138
Conclusiones	145

Índice de ilustraciones

Ilustración 1 Fotografía Aérea Barrios de estudio. Fuente: Google earth.....	30
Ilustración 2 Calle barrio Brisas. Fuente: Víctor Sastoque	31
Ilustración 3 Calle principal Barrios Alameda y Brisas. Fuente: Víctor Sastoque.....	31
Ilustración 4. Barrio Almendros. Fuente: Víctor Sastoque	33
Ilustración 5. Panfleto dejado en las calles de los barrios en el año 2014. Fuente: Víctor Sastoque	63
Ilustración 6 Parque del barrio Brisas, 9 de la noche. Fuente: Víctor Sastoque.....	73
Ilustración 7 Calle principal barrio Anita, 8p.m. Fuente: Víctor Sastoque	73
Ilustración 8 Jóvenes del barrio Brisas. Fuente: Víctor Sastoque	85
Ilustración 9 Grupo de jóvenes barrio Alameda. Fuente: Víctor Sastoque	87
Ilustración 10 Miembros del colectivo hopper. Fuente: Víctor Sastoque	111
Ilustración 11 Articulación entre grupo de hip hop y colegio Eduardo Umaña Mendoza ...	113
Ilustración 12 Hip hop al colegio. Fuente: Víctor Sastoque.....	115
Ilustración 13 Hip hop al colegio. Fuente: Víctor Sastoque.....	116
Ilustración 14 Primer encuentro de "chocolate y pan". Fuente: Camilo	119

INTRODUCCIÓN

Señor policía usted es el de las armas y entonces yo soy el
delincuente

-Charla realizada con un Joven del barrio Brisas

Llegué a localidad de Usme el 12 de julio de 2010. Razones de índole laboral y política fueron las variables que permearon esta decisión. Debido a mi profesión como docente de educación en el área de Ciencias Sociales, este año pasé a ocupar una de las plazas que la Secretaria de Educación ofrecía para ingresar a la planta docente. En términos estrictamente laborales, buscaba un colegio que me permitiera establecer el campo de trabajo en la jornada mañana,¹ y así poder aprovechar el tiempo de la tarde para actividades formativas; en términos políticos, me interesaba un colegio cuyo nombre re-significara los ideales y prácticas de una persona que hubiera dedicado su vida a las causas sociales y en favor de los más desposeídos. Fue así como me encontré con el colegio Eduardo Umaña Mendoza, quien lleva ese nombre debido al abogado y defensor de derechos humanos y los derechos de los pueblos, asesinado el 18 de abril de 1998 por agentes de seguridad del Estado².

¹ La educación pública para la formación en educación básica secundaria se ha estructurado en doble jornada, cada una de las cuales consta de un total de 6 horas presenciales en los colegios; por lo cual, la jornada de la mañana abarca de las seis y veinte de la mañana a las doce y 20 del mediodía, mientras que la jornada tarde está de doce y media a seis y media de la noche.

² Entre los casos emblemáticos que llevó Eduardo Umaña como abogado se cuentan el del genocidio de la Unión Patriótica por parte del Estado colombiano, la defensa de las víctimas desaparecidas del Palacio de Justicia por parte de miembros del ejército nacional, la defensa de los trabajadores de las empresas estatales Telecom y Ecopetrol, sindicados por el Estado de pertenecer a las guerrillas. Luego de su asesinato, y tras un proceso largo en Colombia que develó las estrategias de impunidad empujadas por el propio Estado a través de sus instituciones de justicia, el caso fue presentado ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la Organización de Estados Americanos.

Mis imaginarios representaban a Usme como una localidad con una rica historia de organización social y campesina, especialmente en defensa del derecho a tierra. Eran precisamente esos imaginarios los que establecían un puente entre los intereses laborales y políticos, en la medida que como educador hacían referencia a un lugar en el que se podían realizar procesos educativos que fortalecieran el tejido social; a su vez, estas condiciones me hacían pensar que podía encontrar estudiantes cuya condición social y económica, aunque difícil, no representaban algún problema al ejercicio educativo; aspectos que eran reforzados por amigos y docentes que conocían la localidad y expresaban sentimientos de apego y afecto hacia ese lugar. Sin embargo, los primeros meses me fueron demostrando que la realidad concreta distaba mucho de mis imaginarios. Distintas formas de agresión y violencia se tejían en el colegio y existía un ambiente hostil contra los y las docentes de parte de un buen número de estudiantes, en su mayoría hombres. De la violencia verbal era fácil llegar a la violencia física sin que existiera una clara frontera divisoria; el consumo de marihuana, cigarrillo y otros tipos de sustancias psicoactivas era cotidiano en los pasillos, y las riñas eran parte constitutiva del ambiente escolar³.

Al indagar por las causas de la violencia escolar, me encontré que no era posible sin una investigación exhaustiva de la violencia barrial; era necesario, entonces, establecer un diálogo con el contexto de los barrios y así encontrar el nexo entre la vida cotidiana de éstos y las formas de violencia en el colegio. Se planteó la hipótesis de que cualquier forma

³ De acuerdo al balance realizado durante el año 2011 por parte de los integrantes del Observatorio de Derechos Humanos -ODH-EUM-, las principales agresiones registradas fueron las riñas entre estudiantes; este tipo de agresiones tuvieron como principal actor a las niñas y los niños sus principales espacios de acción. Para el año 2011 se presentó una pelea diaria en promedio, siendo los primeros meses del año los de mayor actividad.

de violencia expresada en el ambiente educativo obedece a formas de violencia que desbordan las barreras de la escuela y se articulan con procesos más grandes y de carácter estructural. Pensaba que si existe un predominio del consumo de drogas, de la riña, de la organización de parches juveniles con tendencias hostiles y violentas era porque en el barrio existían este tipo de fenómenos sociales.

Era necesario sacar la escuela de su enclaustramiento y romper con la estructura rígida y cerrada en que se ha convertido. Era necesario, a su vez, hacer del contexto una herramienta pedagógica que permitiera problematizar la realidad en la que viven las personas de estos barrios. Para lograr este objetivo, desde el área de Ciencias Sociales se creó el Observatorio de Derechos Humanos –ODH-EUM-, cuyo énfasis era la investigación de la realidad para la formación de líderes comunitarios. El primer proceso consistió en crear con los y las estudiantes un semillero de investigación y se planteó como ejercicio investigativo el tema del *derecho al territorio*. Fue de esa manera como se logró entablar ese dialogo contexto-escuela.

A través de diferentes recorridos de caracterización del territorio e identificación de sus problemáticas mediante el uso de cartografías sociales y entrevistas con líderes sociales, fui entendiendo las dinámicas de los barrios y sus principales problemáticas. La existencia de las *ollas*⁴ era una de las causas más representativas de la violencia cuya fuerza y enraizamiento en la comunidad ejerce una influencia concreta sobre la comunidad. De esa

⁴ Las ollas son lugares de venta de drogas de todo tipo. Funcionan en casas de uso residencial y están dominadas por algún clan familiar. Algunas de ellas usan como símbolo de reconocimiento una zapatilla colgada en uno de los cables de la electricidad frente a esa vivienda.

manera, se fue abriendo el campo de conocimiento de los problemas de los barrios: organización de pandillas juveniles, venta y tráfico de drogas, existencia de organizaciones paramilitares y de la guerrilla, mecanismos de limpieza social, violencia y abuso de la fuerza pública, entre otros. En todos ellos, siempre aparecen como actor central, sean como víctimas o como victimarios, los jóvenes.

La condición de los jóvenes de estos barrios se encuentra atravesada por las dinámicas cotidianas de violencia de todo signo, la cual es a su vez una paradoja en tanto que muchas veces constituye una forma de salvaguardar la vida, la honra y el respeto, como también puede terminar con la vida de los jóvenes. Y es mucho más compleja, en tanto que las fronteras entre víctimas y victimarios en muchos casos es difícil poder delimitar, en la medida que si bien son víctimas de la represión de los actores armados, ejercen y movilizan ciertas formas de violencia asociadas al tráfico de drogas y el pandillismo, o muchas veces se articulan con los actores armados. También existe un cruce entre este tipo de violencias y las violencias domésticas, en cuanto que en los relatos de los jóvenes la violencia familiar se constituye en un eje que explica y justifica el accionar violento al que recurren muchos jóvenes. En términos concretos, a pesar de que las violencias son múltiples, para este trabajo opté por dedicarme a los efectos de la violencia policial y paramilitar en los jóvenes. Si bien estuve en contacto con jóvenes pandilleros y con jóvenes que expresan vivir situaciones cotidianas de violencia familiar, estos no constituyen el eje central de la investigación, en tanto que la opción fue por los efectos de la violencia policial y paramilitar en los jóvenes. Sin embargo, estas formas de violencia permiten contextualizar y entender los motivos y las dinámicas de la represión, así como la legitimidad que

adquieren otras formas de violencia, en sus distintas manifestaciones, como una opción de defensa frente a la violencia avasalladora de la policial y los paramilitares.

Entrar en el mundo de las pandillas y del tráfico de drogas tiene una multiplicidad de riesgos y trabas que no son fáciles de sortear, aun cuando algunos jóvenes allanaron el camino facilitando contactos y muchas de las condiciones cotidianas que se crean y movilizan en este mundo caracterizado como subnormal. Aún más, muchos de los miembros de pandillas son mis estudiantes en el colegio. Más allá de esta realidad, para nada despreciable, la intención de quienes me ayudaron en esta labor no era dar a conocer una situación que ya es conocida y la cual ha sido vociferada por distintos medios, creando una especie de pánico colectivo y cimentando las bases para la estigmatización, criminalización y persecución de quienes viven en estos barrios, y que desde otros polos, tanto geográficos como sociales, terminan por reproducir la imagen de unos barrios donde se engendra la delincuencia que amenaza la seguridad social de la ciudad en general. Ellos buscan dar a conocer un problema del que nadie quiere hablar ni mucho menos dar a conocer; un problema que a pesar de ser un secreto público, es invisibilizado y, en muchas situaciones, justificado: la persecución constante en contra de determinados jóvenes. Y también dar a conocer la lucha cotidiana que libran por ser reconocidos como sujetos de derechos, plenamente dignos y para mantenerse por sobre la línea de pobreza.

El foco de este trabajo se restringe a dos tipos de violencias también omnipresentes en el barrio, la violencia estatal y paraestatal ejecutada por policías y grupos paramilitares respectivamente. Estas violencias aparecen fuertemente en los relatos y en la vida cotidiana

de los jóvenes. En estos barrios, para muchos jóvenes la policía no es un actor confiable, es un actor al que hay que temerle. En sus relatos los jóvenes identifican a la policía como un actor generador de violencia, la cual interpretan como una práctica que se cierne sobre poblaciones pobres o en condiciones de vulnerabilidad. La violencia paramilitar y la de la limpieza social aparece también fuertemente en los relatos, pero además se observa a través de distintos panfletos que circulan en los barrios, por medio de los cuales se amenaza, con nombre propio, a los jóvenes que han sido señalados como un problema social y de seguridad para los barrios. A través de los panfletos se establecen toques de queda para los jóvenes que permanezcan en las calles después de determinadas horas, so pena de muerte a quien decida incumplir la orden. En términos generales, las modalidades de la violencia que emergen de los relatos las podemos agrupar en métodos abiertos, es decir, aquellos en los cuales es la policía la que la desarrolla bajo el paraguas del orden y la seguridad barrial, y métodos encubiertos, específicamente a través de la articulación que los jóvenes identifican entre la policía, el paramilitarismo, los traficantes de drogas y el empleo de estrategias de limpieza social.

La violencia policial hacia los jóvenes pobres, principalmente hombres, ha sido documentada en muchos otros casos (Kessler, 2006, Auyero, 2013, Saraví, 2004a en Argentina, Shirley, 1997, Cardia, 1997 en Brasil, Bourgois, 2010 en Estados Unidos, Sepúlveda, 2014 en Guatemala, etc.), Lo peculiar de este caso es que a esa violencia se le superpone y articula otra. La paramilitar. La complejidad de estas violencias reside en las dinámicas del conflicto armado que ha acumulado décadas de existencia, y con ellas, la configuración de cuerpos, condiciones y lugares susceptibles de ser reprimidos.

La represión estatal tal como lo expone el padre Javier Giraldo (1998), se sustenta en prácticas de carácter sistemático, en tanto que existe una articulación de las instituciones del Estado, no solo para la realización del acto, sino para su encubrimiento y posterior impunidad. En este sentido, durante mi trabajo de campo se evidenció que los casos de violencia policial y paramilitar que iba conociendo no tenían registro ni existencia de denuncia por parte de sus víctimas. El decir de muchos jóvenes es que cualquier forma de denuncia no genera ningún efecto positivo sobre la justicia; por el contrario, denunciar cualquier acto represivo, bien sea abierto o encubierto, se convierte en un instrumento que agudiza la represión y los hostigamientos de la fuerza pública y del paramilitarismo. Por lo tanto, los delitos que se comenten bajo las estrategias de la represión terminan en la impunidad, y permiten construir dinámicas de justicia por mano propia en la medida que su accionar se justifica en una lucha contra la delincuencia, la inseguridad y el miedo; mientras que la mentira, el olvido y el silencio se vuelven una norma en nuestra sociedad (Justicia y vida, 2006). De igual manera, los y las jóvenes advierten de manera concreta, que las formas represivas son determinadas por el hecho de vivir en barrios pobres, lo que conlleva a la estigmatización y criminalización de las actividades que ellos realizan y que son consideradas fuera del orden social y moral impuestos sin importar que estén dentro del orden jurídico y constitucional.

El problema que viven los jóvenes en estos barrios es que no solo la existencia de la policía y de paramilitares constituye un peligro para su integridad; es tal vez el reconocimiento por parte de la comunidad de que existen muchas más formas de violencia perpetradas por actores como las pandillas, y que desborda a la violencia represiva donde poder diferenciar

los efectos de estos actores violentos (policía, paramilitares, grupos de limpieza social, pandillas, etc.) es uno de los problemas de mayor envergadura con los que cuenta la comunidad y con los que me encontré durante el proceso investigativo. Esto hace que el miedo se vuelva difuso, porque tanto los jóvenes como los demás habitantes de estos barrios ya no saben a quién temer. Esto sucede especialmente cuando un joven es asesinado, en tanto que se piensa que pudo haber sido o un delincuente cualquiera o la policía o la limpieza. Pero además son casos que no se investigan, por lo que la impunidad aumenta el riesgo y el miedo.

En este sentido, es importante reconocer las relaciones que se tejen entre los jóvenes y la violencia pandilleril que es otra de las nuevas expresiones que vienen ganando espacios de reconocimiento en estos barrios. Esta es una situación paradójica porque este grupo de jóvenes pandilleros son reprimidos constantemente, pero han aceptado la violencia como norma y la movilizan en procura de realización de sus necesidades. Esto multiplica los miedos del resto de jóvenes y de sus familias a estar y usar los espacios públicos. Es términos generales, marcar fronteras entre las violencias y los múltiples perpetradores que coexisten y se hibridan no solo es una cuestión que se escapa de la reflexión académica y de la imaginación intelectual, es ante todo una realidad difusa que no logran comprender quienes la viven desde sus experiencias cotidianas.

De esta manera, la investigación se centró en un primero momento en la identificación de las acciones represivas y los actores perpetradores; sin embargo, a medida que avanzaba el trabajo de campo, el problema grueso que los jóvenes identificaban era que a través de las

acciones represivas se generaban ciertos cambios en las prácticas y comportamientos de ellos respecto al uso y apropiación de los espacios públicos; procesos que además no son ni homogéneos ni constantes en el espacio-tiempo.

La intensidad y escalamiento de la represión es una de las variables más importantes en la comprensión de los cambios y mecanismos que los jóvenes tienen en cuenta a la hora de negociar o enfrentar las distintas prácticas represivas, situación que se vincula con los mecanismos de socialización familiar y social. Teniendo en cuenta estos aspectos, la pregunta que responde esta investigación es ¿Qué consecuencias tienen para las prácticas de los jóvenes de los barrios Alameda, Brisas, Anita y Almendros la existencia de mecanismos represivos estatales y paramilitares?

Para dar respuesta a esta pregunta, la investigación consta de tres capítulos. En el primero se establece el proceso histórico de la represión en Usme durante las últimas cuatro décadas. En un primer momento se aborda el origen y expansión de los barrios, procesos íntimamente ligados a la historia del conflicto armado del país, en tanto que la mayoría de las familias que fundaron estos barrios venían de distintas regiones del país buscando un refugio y protección a sus vidas, y en menor medida buscando mejores oportunidades económica y laboral. El capítulo expone la existencia de tres momentos represivos, caracterizados por el tratamiento práctico del conflicto social, la identificación de los sectores criminalizados y los mecanismos represivos. El elemento central del primer periodo (1984 - 1998), tiene que ver con la urbanización de la guerrilla y la represión estatal en el marco de esta nueva forma y dinámica de la lucha armada. El segundo

momento (1998 - 2006) se caracteriza por la incursión y copamiento paramilitar y el incremento de las medidas de seguridad y control social por parte del Estado a través del aumento del pie de fuerza, y la mejora de la capacidad de acción militar por medio de la construcción de nuevas estaciones de policía y comandos de atención inmediata en los barrios periféricos del sur de la ciudad. Este tipo de mecanismos represivos tuvo como consecuencia la muerte de varios líderes sociales y de jóvenes considerados viciosos; de igual manera, a través del análisis de prensa se evidencia un aumento del pandillismo asociado al paramilitarismo. El tercer momento (2008 - 2014) se identifica con la reactivación del paramilitarismo luego de la supuesta desmovilización de estas estructuras armadas. Lo complejo de este periodo es la articulación que identifican los jóvenes entre paramilitares, policía y tráfico de drogas; articulación que evidencian en las prácticas de “limpieza social” y que se desarrollan contra aquellos jóvenes considerados viciosos o delincuentes.

El segundo capítulo estudia las dimensiones de las prácticas que los jóvenes realizan en los espacios públicos. En él, los hallazgos de campo se ponen a discusión con las categorías de acumulación de desventajas y de desafiliación social, siendo importante establecer los cambios en las prácticas cotidianas mediadas por la represión. Por un lado, encontramos que la represión conduce a un confinamiento territorial, donde el miedo y la reclusión en la vida privada constituyen un eje central, corroborando de manera parcial la idea del fin del espacio público. Por otro, existe un grupo importante de jóvenes que siguen usando la calle independientemente de la violencia buscando estrategias para no ser víctima de ella y a veces perpetrándola, por ejemplo en peleas entre pandillas, la vinculación a los grupos

organizados en el comercio de las drogas, o el consumo como una realidad que se cierne sobre los jóvenes que relatan haber sido excluidos por las instancias de socialización y afiliación institucionales. Claro que esas estrategias a veces son indefensas frente a la violencia arrolladora y las consecuencias de permanecer en la calle pueden ser tan definitivas como la muerte.

El tercer capítulo se analiza la estrategia de los jóvenes que reclaman la calle para sí, pero desde una perspectiva de resistencia activa no violenta. De esta manera, se aborda la relación entre jóvenes hopper, resistencia y propuesta social; relación que ha sido creada y difundida por un grupo de jóvenes cansados de vivir en medio del fragor del conflicto armado y de distintas formas de violencia que constantemente se producen y reproducen. En este sentido, esta experiencia es una propuesta antimilitarista donde se destaca la profunda convicción de que es posible una sociedad capaz de actuar sin la necesidad de recurrir a las armas. Pero también es un espacio que pretende dar un lugar y sentido a los quehaceres de los jóvenes en un contexto asediado por las múltiples manifestaciones de la violencia.

Metodología

La investigación se realizó entre julio de 2012 y febrero de 2015. Se aplicó una metodología cualitativa, etnográfica más precisamente, que mezcló la observación participante con entrevistas en profundidad. Si bien este fue el tiempo estimado para la investigación, los antecedentes de la misma se remontan, como afirmé al inicio de la introducción, al año 2010 cuando empecé a trabajar en un colegio del sector. Fue a través

del ejercicio laboral de índole pedagógico como conocí las problemáticas de los barrios y de sus jóvenes especialmente. Poco a poco los procesos pedagógicos se fueron transformando en una cadena de afectos, lo cual permitió crear lazos de confianza que fueron determinantes para que los jóvenes narraran sus historias de vida, sus preocupaciones, percepciones del mundo y proyecciones de futuro. El colegio y mi labor como docente cobran una importancia relevante para la investigación. Han sido el lugar que me han permitido pensarme como investigador en tanto son lugares que atraviesan y son atravesados por las dinámicas de la represión.

De acuerdo con lo anterior, la metodología se desarrolló en dos fases, las cuales no fueron secuenciales sino relacionales. La primera fase tuvo en cuenta la revisión documental, la cual nos permitió establecer el contexto y la caracterización de los barrios, al igual que identificar las fases y procesos de la represión, que no solo se limitan a la historia reciente de la misma sino a la elaboración de un mapa general e histórico de ésta, para poder articular la discusión entre métodos (amenazas, violencias físicas y simbólicas) y actores (policías, paramilitares).

La segunda fase se desarrolló a través de la observación participante y entrevistas en profundidad. Todo esto permitió la confianza con la comunidad y el acceso al conocimiento de las problemáticas asociadas a la investigación. A través de las observaciones se buscó identificar las prácticas, usos y formas de apropiación de los espacios públicos por parte de los jóvenes; Su implicación en el proyecto es que permite identificar la cotidianidad de los barrios, las actividades que realizan los jóvenes, sus interacciones, los lugares de mayor

recurrencia. Las etnografías se realizan tanto en las horas del día como en las noches, por lo que se cuenta con el apoyo y acompañamiento de unos jóvenes de los barrios; de igual manera, se intentó descifrar las acciones desarrolladas por los actores armados, especialmente las de la policía, sin embargo, solo fue posible observar rutinas cotidianas como recorridos por las calles. Menos posible fue observar e identificar por medio de las etnografías a los demás grupos armados presentes en los barrios, según los relatos de los jóvenes.

Las observaciones fueron duraderas y se realizaron a través de diferentes recorridos por los barrios buscando que cada una de ellas se realizara en distintas horas del día y la noche, de esa manera obtener una cartografía mucho más detallada con el fin de poder contrastar tanto las prácticas como los jóvenes que usan los espacios públicos en momentos y horarios opuestos. Estos recorridos fueron realizados con el acompañamiento de varios jóvenes, los cuales conocen bien los barrios, cada uno de los lugares, pero además tienen cierto tipo de reconocimiento en la comunidad, lo cual fue importante porque minimizó los riesgos.

Un aspecto que se identifica de las observaciones es que muchos jóvenes que estaban en las calles cambian sus prácticas cuando lo ven a uno. Esto lo interpreto de dos maneras. Primero, el hecho de que sea reconocido como profesor tiene una fuerza de coacción, la cual puede llegar a ser interpretada como una acción negativa para los jóvenes, ya que piensan que lo que uno observa puede ser usado en contra de ellos en su relación con la institución académica. Segundo, aun cuando exista cierto grado de proximidad con los estudiantes, existe una brecha muy amplia en cuanto a las prácticas realizadas por los

jóvenes en sus tiempos no académicos ni institucionalizados, lo cual implica que la relación se teje a través de unos desconocimientos y silencios que dan la sensación de vivir en un mundo de apariencias, que además es importante mantener y preservar. Por lo tanto, cuando se descubren los silencios las personas sienten que han perdido parte de su intimidad; intimidad respecto a unos poderes institucionales. En términos concretos, es el miedo a ser descubiertos fuera de unas fronteras que resguardan una parte importante de sus identidades lo que hace que se modifiquen las prácticas cuando hay una mirada externa.

La importancia de las observaciones duraderas, en diversas ocasiones y momentos de día radica en que permite una comprensión más compleja de la realidad estudiada en la medida que ésta se corresponda “a reglas cotidianas sobre la interacción social no ofensiva” (Taylor & Bogdan, 1987: 50). Esto es posible siempre que el investigador esté en capacidad de reconocer el contexto en el que está inmerso, sus problemáticas, las personas que lo viven, lo producen y lo reproducen.

Las entrevistas en profundidad fueron realizadas a 10 jóvenes los cuales eran mis estudiantes; varios de ellos hacen parte de procesos barriales y han sido víctimas, de alguna manera, de procesos represivos. Lo importante de estas entrevistas es que permitieron profundizar, desde las visiones y construcciones sociales de los entrevistados, sobre las relaciones entre los actores de la represión y los jóvenes. Se intentó realizar entrevistas a policías tanto del Centro de Atención Inmediata –CAI- del barrio sucre, como al comandante de la estación de policía Monte Blanco, sin embargo, se rehusaron a colaborar argumentando que no contaban con el permiso para este tipo de situaciones. Lo que se

buscaba con las entrevistas de estos actores, era indagar sobre las principales actividades de la policía, sus rutinas, la información que poseen sobre el tipo de conductas que ellos consideran que son más visibles en cuanto a las prácticas de los jóvenes y los principales ‘delitos’ que cometen los jóvenes. A través de esta información se intentaba crear no solo un panorama general de las prácticas de la policía y de los jóvenes sino las representaciones que tiene este tipo de institución sobre los jóvenes.

Por lo tanto, los resultados de la investigación se cimentan desde la perspectiva de los jóvenes y de algunas personas adultas que colaboraron con la investigación a través de conversaciones informales.

La entrevista como proceso comunicativo se entiende como un micro-espacio que está inscrito en un contexto social y cultural más amplio (Valles, 1996). En este sentido, no solo las palabras cobran sentido, por lo que cada gesto, expresión no verbal, los silencios, los olvidos son importantes en la comprensión de las personas que entrevistamos y para comprendernos mejor. Al ser un espacio de relación interpersonal, es importante reconocer quién es cada persona, comprender por qué se expresa de tal o cual forma, y cómo las distancias entre los contextos sociales del entrevistador y del entrevistado pueden modelar el curso de la entrevista. Esta fue una de las dificultades presentes en las entrevistas. En la mayoría de los casos, muchos de los relatos expuestos en las entrevistas estuvieron marcados por determinados silencios, especialmente cuando se abordaba el tema de las prácticas represivas cuando ellos eran víctimas y los principales actores perpetradores, pero ante todo, no querían dejar en evidencia, durante la entrevista, el posible hecho de ser

consumidores o de pertenecer a una pandilla. Silencios que eran visibles en cuanto que a través de las charlas informales ellos relataban los hechos con una riqueza y profundidad mayores. La pregunta es ¿por qué suceden este tipo de situaciones; por qué contar con detalles lo que les sucede cuando se establece una charla informal y no sucede lo mismo durante la entrevista? Al respecto se puede afirmar que toda entrevista debe entenderse como una situación social, en tanto que pone frente a frente al investigador y el investigado, definiendo entre ellos determinada interacción que produce efectos sobre el contenido del discurso que utilizará en entrevistado e interpretará el investigador. Al comienzo pensé que tenía que ver con el rol de profesor que me atraviesa cuando realicé las entrevistas, sin embargo es el mismo rol cuando a través de las charlas informales se destapan y cuentan sin ningún tipo de situación que los cohíba. Considero que el rol de profesor no constituye el eje que permita entender estas situaciones cambiantes; tiene que ver con el rol de investigador y representante de una institución externa y desconocida a la persona. De esa manera, se deja de ver al entrevistado como un amigo o profesor cercano y lo lee desde el estatus de investigador, lo cual es un lugar que está fuera del espacio social que viven cotidianamente los entrevistados. De igual manera, al saber que la entrevista se realiza en el marco de una investigación que va ser conocida y evaluada por una universidad hace que se despliegue en determinado grado la violencia del capital social y del capital cultural institucionalizado. Me explico. El entrevistador es visto como la persona que encarna la institución, por lo tanto es el portador de los valores y del reconocimiento académico y social, por lo que se le identifica como una persona que goza de un prestigio social. Al ser un espacio que depende de una fuerza institucional, se hace necesario

proyectar cierto prestigio social, y de esa manera ser clasificado dentro de determinadas posiciones y jerarquías sociales.

Contrario a estas condiciones en las que se presenta la entrevista, las conversaciones informales, aquellas que se dan fuera de la entrevista y lejos del marco de una acción institucionalizada permiten una aproximación mucho más rica y compleja del contexto, prácticas y discursos; además permite contrastarlos y evidenciar cambios en los significados que los jóvenes le otorgan a lo que dicen, piensa y hacen en las otras técnicas usadas.

Para terminar, considero que la importancia de esta ruta metodológica radica en que permite comprender la especificidad de las desigualdades en las que se sustentan los mecanismos represivos, las cuales no sólo no se han logrado superar sino que se han profundizado, generando nuevos riesgos e incrementando las vulnerabilidades desde las que se construyen las experiencias biográficas.

Es importante aclarar que los nombres de los jóvenes han sido cambiados por cuestiones de seguridad y como un mecanismo para proteger la integridad física y moral de ellos; igual situación se aplicó para los nombres de los barrios. Como se evidencia a través de la investigación, estos barrios tienen unas condiciones de inseguridad complejas, por lo tanto fue necesario realizar este tipo de acciones por respeto a quienes colaboraron con la investigación.

CAPÍTULO I. CONTEXTO DE LA REPRESIÓN EN LA LOCALIDAD DE USME

Las estrategias represivas han sido implementadas para destruir al “enemigo interno”, por lo tanto han ido cambiando con el tiempo: en cada momento se han combinado diferentes métodos represivos, unos amparados bajo ciertos visos de legalidad y otros típicamente criminales.

Colombia Nunca Más (2000). Colombia Nunca Más, crímenes de lesa humanidad. Zona 7, 1996... Bogotá: Colombia Nunca Más

Las prácticas represivas en la localidad de Usme, vistas desde la óptica de los jóvenes han estado definidas por dos factores, asociados entre sí. El primero hace referencia a las condiciones de violencia estructural (pobreza, falta de oportunidades, etc.) que ha marcado la historia, por demás reciente, de sus barrios. En este sentido, las distintas formas de criminalización y represión de jóvenes pobres se cruzan con las condiciones materiales de existencia de los mismos. Sin embargo, no es un problema que atañe únicamente a poblaciones pobres de nuestro país; por el contrario, estas dinámicas parecen estar arraigadas en las prácticas cotidianas de los países de nuestra América Latina. Así lo demuestra la extensa literatura que existe al respecto, como es el caso de los estudios realizados por Auyero (2013) en Argentina, quien identifica cómo en barrios populares del

Gran Buenos Aires la policía es identificada por los jóvenes como una banda más, organizada y protegida por la ley.

El segundo factor es tal vez el que otorga un sentido distinto a la represión en el contexto colombiano, distanciándose de las violencias estudiadas en contextos como el argentino y el brasilero; este aspecto tiene que ver con la prácticas que emergen y son producto del conflicto armado colombiano, lo cual agrega mayor complejidad debido a la existencia y multiplicación de actores armados (Estado, paramilitares, guerrilla, pandillas). El hecho de que la represión no sea un caso exclusivo del Estado, tiene como consecuencia la multiplicación de los miedos por parte de la comunidad, más aun cuando las personas muchas veces no identifican a los perpetradores. Lo que se resalta de este fenómeno por medio de los relatos de los jóvenes y su percepción sobre los actores armados es que existe una hibridación entre los perpetradores de la represión; hibridación que genera mecanismos de superposición de actores armados y sus responsabilidades. Entre las hibridaciones que se identifican de la percepción de los jóvenes podemos destacar tres: 1) paramilitarismo y pandillas. Al respecto lo que se pone en evidencia es que si bien el paramilitarismo se justifica en la existencia del pandillismo y en la lucha contra la subversión, ha logrado cooptar las redes que usan las pandillas para lograr el control social, territorial y económico. 2) policía y comercio de drogas. Para los jóvenes el consumo de drogas es uno de los argumentos que emplea la policía para la realización de las prácticas represivas; pero también es evidente para ellos que existe una relación entre la policía y quienes controlan el comercio de las drogas en tanto que, y a pesar de las denuncias hechas por la comunidad no se han visto acciones por parte de la policía para combatir el comercio de drogas. Esta es una relación que se sustenta, en términos de los jóvenes que entrevisté, en intereses

económicos. 3) Estado y paramilitares. Esta es quizá la relación más compleja, en tanto que las evidencias con las que se cuenta son los relatos de los jóvenes y de aquellas personas de la comunidad con las que he podido dialogar. Para los jóvenes, esta relación se establece a través de las prácticas de la limpieza social específicamente; prácticas que son realizadas por miembros de los dos actores, o por la información de inteligencia que brinda la policía a los paramilitares. En esta relación también es importante la participación de algunos miembros de la comunidad, quienes justifican el uso de la limpieza social en el aumento de la delincuencia, el robo, el consumo de drogas, entre otros factores sociales.

El presente capítulo estudia y analiza las distintas formas como opera la represión, haciendo un balance histórico de este fenómeno en localidad de Usme, espacio geográfico en el que se encuentran emplazados los barrios que estudio. En un primer momento se aborda el origen y expansión de los barrios, procesos íntimamente ligados a la historia del conflicto armado del país, en tanto que la mayoría de las familias que fundaron estos barrios venían de distintas regiones del país buscando un refugio y protección a sus vidas, y en menor medida buscando mejores oportunidades económicas y laborales. La segunda parte estudia los primeros procesos de copamiento paramilitar originados a mediados de la década de los años 90 y las consecuencias que esto generó en cuanto a las actividades represivas realizadas por el Estado. La tercera parte aborda los procesos de reactivación de la represión a través de un nuevo proceso de copamiento del paramilitarismo, proceso que se da a partir de finales de la década del 2000, y la articulación con otros actores armados. Por último, se abordan las prácticas de “limpieza social”; prácticas que son identificadas en los

relatos de los jóvenes quienes afirman que son ejercidas tanto por miembros del paramilitarismo como de la policía y con la colaboración de personas de los barrios.

Es importante resaltar que la organización de los acápites se establece de tal manera que se logre evidenciar los periodos históricos por los cuales ha transitado la represión. Esta organización permite identificar modalidades, actores perpetradores y actores sociales victimizados.

Apuntes para la comprensión del contexto

Desde el centro de la ciudad y en la ruta que conduce hacia el sur, se despliegan las avenidas 10 y Caracas que poco a poco se van sumergiendo en morfologías sociales y urbanas que parecen distanciarse del ideal cosmopolita que dice ofrecer la capital de una nación como la colombiana. Traspasando las fronteras de las Lomas, una elevación geográfica poblada de manera espontánea, se cae en un pequeño valle formado por las aguas que corren hacia el río Tunjuelo. Allí, la Caracas serpentea por entre el valle y conecta con una nueva elevación, que poco a poco se va haciendo gigantesca. La ciudad parece quedarse rezagada entre el claroscuro producto de la contaminación de aire y la mole de cemento. El frío abraza las montañas que se elevan y que de manera significativa van perdiendo su color verduzco para confundirse con los marrones que dominan el paisaje, y que dan cuenta de las formas de urbanización dominantes durante las últimas décadas; formas de urbanización que han sido desarrolladas a través de procesos de autoconstrucción, principalmente, y que también ha involucrado a urbanizadores piratas.

En Yomasa, un barrio-hito para la comunidad usmeña, se entrecruzan la Caracas y la Boyacá, avenidas que alargan la ciudad hacia el oriente del país. Siguiendo en dirección de la primera, las miradas se vuelcan hacia Usme, el pueblito que en los imaginarios de los bogotanos, aún conserva las tradiciones simbióticas entre la cultura indígena y las luchas campesinas por el derecho a la tierra, y que es bañado por las aguas frescas que brotan del páramo del Sumapaz; pero que desde hace varias décadas está siendo devorada por la urbanización espontánea y “el progreso urbano” y su insaciable búsqueda de tierras para construir grandes bloques de vivienda dirigidas hacia la bóveda celeste. Por la segunda avenida, un hito del “progreso nacional” con sus dobles calzadas, la dirección corre hacia el encuentro con el oriente colombiano.



Ilustración 2Foto aérea Barrios de estudio. Fuente: Google earth

A no más de dos kilómetros la ciudad deja su existencia urbana para encontrarse con su pasado rural, que por cuestiones de las políticas públicas, está a punto de desaparecer, ya que allí se planean construir unas 35 mil viviendas de interés social e interés prioritario que buscan alojar a los pobres de la ciudad, que por distintas circunstancias terminan por engrosar las listas de víctimas del conflicto armado, o de la planificación económica.

Entre el pueblito de Usme y la grandilocuente avenida Boyacá o autopista al llano, como se le denomina, se encuentran los barrios Alameda, Brisas, Anita y Almendros (ver: ilustración 1). Según la caracterización realizada por el Plan de Ordenamiento Territorial – POT-, estos barrios han sido clasificados en unidades tipo 1, lo cual quiere decir que sus características son de uso “residencial de urbanización incompleta en sectores periféricos no consolidados, en estrato 1, con deficiencias en su infraestructura, accesibilidad, equipamientos y espacio público” (Secretaria Distrital de Planeación, 2009: 17).

Las morfologías y los paisajes de estos barrios distan mucho de ser homogéneos. El paisaje cambia constantemente; pasamos de calles bien pavimentadas, casas con fachadas terminadas, pintadas y en muy buen estado, a estar en calles apenas con unas capas de recebo, polvorientas y por todos lados se encuentran los residuos (ver: ilustración 2 y 3). La



Ilustración 2 Calle barrio Brisas. Fuente: Víctor Sastoque



Ilustración 3 Calle principal Barrios Alameda y Brisas. Fuente: Víctor Sastoque

gente mira con cierto desdén y de manera parca. Los olores son bastante fuertes: desechos orgánicos en estado de descomposición, las heces de los animales, especialmente de los perros y el que emana de las alcantarillas, son algunas de sus características. La frase que en algún momento me dijo un joven “estos barrios son un basurero”, parece ser la metáfora que mejor describe la situación de las calles y de los espacios públicos en general.

A diferencia del resto de las calles, las dos vías principales que cruzan de norte a sur y sur a norte los barrios han sido pavimentadas, de manera que cuando uno llega por primera vez se hace a la idea de que la infraestructura está en buenas condiciones (ver: ilustración 3). Sin embargo, la razón por la cual estas calles han sido arregladas es porque por allí transitan los buses del Sistema Integrado de Transporte Público –SITP-, y que además conectan con los terrenos que el distrito tiene destinados para la construcción de Viviendas de Interés Prioritario –VIP- y Viviendas de Interés Social –VIS-, en el marco del proyecto urbanístico Nuevo Usme.

Debido a la topografía del terreno, el cual es abrupto y quebrado ya que los barrios están emplazados en una de las montañas que rodean a la ciudad y que hacen parte de la cordillera oriental, las calles son siempre hacia arriba, en un trazado que parece estar siempre dispuesto a alcanzar la bóveda celeste. Son calles angostas, debido a que fueron planeadas y distribuidas a través de la producción social del hábitat, particularmente por medio de grupos organizados informales. Esta evidencia corrobora la hipótesis sustentada por Hernández García (2013), para quien los espacios públicos de los barrios populares es

en “gran medida auto-desarrollado y muchas veces también auto-construido por los mismos habitantes” (p. 145).

Hacia la parte más baja de los barrios, es decir, la que se orienta hacia el occidente y que cae en la avenida que se despliega hacia el pueblo de Usme, encontramos una hibridación de casas, calles degradadas y potreros con un alto grado de contaminación. Las calles dejan de tener una orientación definida, lo cual demuestra que no existió ninguna forma de planificación en su desarrollo, por lo tanto, las calles se cruzan en trazados desiguales y desorganizados y en condiciones de precariedad. En este sector se encuentra uno de los dos pequeños parques con los que cuenta la comunidad, el cual consta de una cancha de micro que es ocupada en horas de la tarde por un grupo de jóvenes quienes se reúnen a apostar la gaseosa en partidos de fútbol. Es un lugar que se desaloja apenas empieza la noche porque es considerado uno de los principales lugares donde se presentan los asesinatos realizados por los grupos de la limpieza social, y es un escenario de disputas entre las pandillas

asociadas a las distintas ollas que hacen presencia en estos barrios.

En la cumbre de la montaña, precisamente hacia el costado sur oriental se erige una gran mole de cemento construida en el 2006 y que hace eco de la extensión del derecho a la educación en este sector;



Ilustración 4. Barrio Almendros. Fuente: Víctor Sastoque

hablamos de un megacolegio distrital. Este colegio sirve de barrera entre lo urbano y lo rural. Luego, una vía que rodea al colegio se expande por entre los terrenos de Metrovivienda (Empresa social del Estado encargada de proveer vivienda de interés prioritario e interés social en la ciudad de Bogotá) dividiéndolos en dos, y tras un recorrido de unos cientos de metros se llega al barrio Almendros. Este barrio parece romper con las dinámicas de poblamiento urbano y tiene un aire de pueblo campesino en tanto que está rodeado de extensos sembrados de papa, cebolla y maíz. Sin embargo, la mayoría de su población se desplaza hacia la gran ciudad a trabajar y a estudiar.

Entre los barrios Alameda, Brisas, Almendros y los terrenos del Metrovivienda el distrito construyó en el 2007 uno de los multiparques más grandes con los que cuenta la comunidad del sur oriente de la ciudad. Se trata del barrio Villa Alemania. Este parque cuenta con extensas zonas verdes y múltiples escenarios tanto deportivos como recreativos. Sin embargo, entre semana el sub-aprovechamiento del parque se hace evidente. Los constantes atracos e intentos de violación que allí se presentan en las primeras horas del día o apenas empieza la noche hacen que la comunidad no aproveche este escenario; además es un espacio que es identificado por la comunidad como el lugar de los viciosos.

Barrios de exclusión: la herencia del conflicto armado

Durante la década de los ochenta, la intensidad del conflicto armado implicó el desplazamiento de miles de personas, las cuales buscaron refugio en las grandes ciudades (Torres, 1998). Para Doña Antonia, una señora de 70 años, de piel arrugada y quemada por

el sol, las personas que llegaban a la ciudad, producto del desplazamiento, se ubicaron en algún lugar donde había un familiar o un conocido, o fueron atraídas por la posibilidad de conseguir un lote donde volver a echar raíces; lotes que, por demás, para el caso de Usme, eran ofrecidos por urbanizadores piratas. Ella habla despacio y en cada palabra parece sumergida en un mar memorias. Llegó a Bogotá en los primeros años de la década del 80, proveniente de Moniquirá, un municipio de Boyacá debido a que el asesinato de su madre la dejó sin recursos para sostenerse por lo cual decidió viajar a esta ciudad a buscar mejor suerte. Llegó con dos hijas y se ocupó en algunas casas de familia en el barrio Gustavo Restrepo, donde, dice ella, tuvo muchos sufrimientos, los cuales agradece porque le permitieron ser fuerte y sacar adelante a su familia. Su llegada al barrio Brisas fue gracias a una amiga que le dijo que allí estaban vendiendo unos lotes muy baratos; como pudo, consiguió el dinero de la cuota inicial del lote y mes a mes debía pagar lo que pudiera. Sin embargo nunca supo quién vendía esos lotes.

Este proceso de informalidad mediante la urbanización pirata condujo, según cuenta doña Antonia, a que desde las administraciones distritales se les diera un estatus de ilegalidad a los barrios, por lo tanto, que no se les reconocieran los derechos básicos; por otro lado, la señora Antonia reconoce que la composición social de los orígenes de los barrios es de población desplazada.

Al observar los datos sobre población desplazada, encontramos que Bogotá es la principal ciudad receptora. Para el año 2001, de acuerdo con el informe presentado por el proyecto *Bogotá, cómo vamos*, las cifras indican que un total de 500 mil personas han sido

desplazadas durante los últimos 17 años a escala nacional, siendo Bogotá la principal ciudad receptora, y ubicando a las localidades de Ciudad Bolívar, Kennedy, Bosa, Usme y Rafael Uribe como los principales asentamientos de estas personas (El Tiempo, 18 de octubre de 2002). Al corroborar la información con los datos de la Organización no Gubernamental Codhes, las cifras solo para el año 2001 muestran un total de 53,520 personas desplazadas que han llegado a Bogotá; mientras que para el mismo periodo de tiempo -17 años- la población desplazada, según el Codhes, sería de un total de 1 millón y medio de personas a escala nacional. Estos barrios, afirma uno de sus habitantes, fueron creados

más que todo para gente desplazada que venían de otros lados, porque si usted puede ver bien acá hay mucha gente que viene del Caquetá, del Vichada, de, de, de si de lugares donde la violencia donde la guerrilla o donde los paramilitares han actuado vilmente desalojándolo de sus cosas, de sus casas (Andrey, 17 años. Brisas)

Desplazamiento e informalidad fueron fundamentales en la producción barrial, como también lo fueron la búsqueda de estrategias para consolidar los barrios y, de esa manera, el acceso a los servicios básicos. Ubicados en la frontera urbano-rural, la consolidación y legalización de éstos fue producto de las luchas sociales y organizativas, bien contra urbanizadores piratas, bien contra el Estado. Como expone Torres Carrillo (1998), la búsqueda de lotes y procurarse una vivienda “no es para el emigrante popular solo una necesidad ‘objetiva’: representa seguridad para él y su familia frente a los demás y frente al Estado” (p. 28).

Al igual que doña Antonia, la señora María recuerda bien estos procesos. Ella fue una de las primeras habitantes de este barrio; llegó cuando apenas había dos casas las cuales estaban inmersas en un mundo rural, lo demás era una finca de dos hermanas herederas que debido a su edad decidieron vender a urbanizadores piratas, quienes a su vez lotieron las fincas y empezaron a vender, pero sin ningún tipo de servicio. En menos de cinco años, recuerda la señora María, el paisaje se transformó de manera radical, y la tierra que era dedicada para la producción de alimentos fue usada para la construcción de asentamientos populares.

Este problema produjo la activación de formas organizativas. Cuenta la señora María:

Tocaba venir a trabajar los domingos y festivos a echar pala y pica para meter la red del agua, y la red del agua tocaba perforar el tubo madre, por que pasaba por abajo; lo perforamos, metimos el agua, hicimos pilas (...) Entonces que fue lo que sucedió, entonces acá todos nos reunimos y ya la gente empezó a llegar y nos fuimos pa' Usme (...); allá el alcalde que ellos no nos ayudaban, que ellos no responden porque eso era una invasión, que porque eso está fuera de los límites de Bogotá, y entonces nos tocó pelear (María, 65 años. Brisas).

Los procesos barriales y los esfuerzos colectivos e individuales constituyeron, durante los primeros años, los mecanismos por medio de los cuales se produce el espacio urbano en este sector de Bogotá. Esfuerzos que recurren, como expresa Jaramillo (2008), a la

autoconstrucción para, de manera progresiva, desarrollar sus viviendas. Beuf (2012), al analizar los procesos de producción de los barrios de las periferias de Bogotá argumenta que éstos,

nacieron y crecieron como alternativas informales de acceso a la vivienda para los ciudadanos excluidos de los mercados formales. La producción de estos espacios se dio bajo las modalidades de invasiones y fraccionamientos piratas y su consolidación, gracias a las acciones colectivas o individuales de los habitantes, que incluyen luchas urbanas para conseguir que las autoridades invirtieran en materia de servicios domiciliarios y de equipamientos colectivos (Beuf, 2012: 474).

El crecimiento marginal y espontáneo de la urbanización tuvo dos consecuencias importantes en términos de las relaciones sociales, de seguridad y represión de la localidad de Usme. Por un lado, la lucha por la satisfacción de los servicios básicos como el agua, luz y alcantarillado produjo momentos de lucha intensa entre la comunidad, lo cual fue deteriorando las relaciones de solidaridad y trabajo colectivo que predominaron en un comienzo, y se erigieron momentos considerados por la comunidad como de inseguridad.

Para la señora María, la necesidad de acceso a los servicios como el agua conllevó a enfrentamientos entre la comunidad. El proceso de loteo se estableció en tres nodos específicos, los cuales hoy constituyen los barrios Brisas, Alameda, Anita y Almendros; sin embargo este tipo de prácticas de urbanización abrieron nuevos focos de enemistad entre los tres nodos.

Eso la gente se agarraba en las pilas del agua, porque todas querían tener la manguera y eso eran pelionas groseras, gaminas, entonces; y siempre nos tocaba sin luz y sin nada, con espelma (...) después pa' la luz, entonces ya nosotros nos tocó la pelea, no nos dejaban prender el tubo de allá, prenderos a la cuerdas del segundo sector porque eso allá lo vigilaban con pala y pica, con palas, piedras y arma; eso uno no se podía acercar allá porque mejor dicho nos volvían mierda los del segundo sector (María, 65 años.Brisas).

Este tipo de problemas, asociado al crecimiento acelerado de los barrios, agudizó, según recuerda doña Antonia, la inseguridad de los mismos.

Ya después empezó los sufrimientos de los buses; nos tocaba coger el bus en Monte Blanco, nos tocaba venirnos tarde de la noche hasta llegar acá. Había veces que no nos traían, nos dejaban en Monte Blanco y nos veníamos a pie; eso era un sufrimiento. Y después, ya también con el agua, porque no teníamos agua; en cada barrio había una pila que llamaban que era una llave y ahí teníamos que todos ir a coger el agua; peliaban, eso se agarraban por eso, por el agua, eso era tremendo. La gasolina también tuvimos mucho sufrimiento porque nos tocaba hacer filas; hubieron muchas peleas, también como en el agua, mucho sufrimiento, eh, una vez puñaliaron a una señora que estaba embarazada; eso fue tremendo, tremendo. (...) En esos años había era solo problemas, solo problemas en estos barrios, porque estos barrios fue terrible, totalmente terrible; eso si no lo digo, que fue terrible, terrible (Antonia, 70 años. Alameda).

Las condiciones de movilidad, como se evidencia en el relato, y la falta de oportunidades son elementos clave para comprender las dinámicas de los barrios, especialmente en el tema de seguridad. Antes de que el servicio de transporte hiciera presencia en estos barrios, las personas tenían que caminar desde Monte Blanco, el cual queda a una distancia de 500 metros aproximadamente. Sin embargo, más que la distancia, el peligro percibido por la comunidad está en la falta de alumbrado público y el hecho de tener que cruzar una quebrada. Durante los trayectos, especialmente en horas de la noche, varias personas fueron víctimas de la delincuencia común.

Aquí al principio, eh, eh, cuando, eh, antes de que entrara transporte al Sucre y a Villa Anita ellos tenían que irsen hasta abajo a Monte Blanco a coger sus transporte, en ese tiempo pues eran, llegaban, llegaban solo buses tipo 8 o 9 de la noche hasta Monte Blanco y ahí de los que vivían en el Sucre o en El Tunó tenían que venirsen desde Monte Blanco a pie a sus casas y pues en ese tiempo era pues más inseguro; nos contaba una señora que , que ella un día vio cómo atropellaron, mataron a un señor por robarlo, entonces, eso, eso es lo que, esa es una de las historias que, de cómo se han fundado los barrios y pues eh, entonces estos barrios también son testigos de tantas muertes, de tantos robos; por lo que son estratos muy bajos entonces la gente, eh, no tiene las oportunidades y entonces saben que pa' ganar el pan de cada día tienen que hacer la maldad y entonces se han visto muertes, se han visto masacres, se han visto peleas donde, eh, donde el resultado son muertes, entonces eso, eh, esas son las historias que guardan los barrios de por acá de estos lados (Andrey, 17 años. Brisas).

La segunda consecuencia del crecimiento marginal y espontáneo de los barrios tiene que ver con la urbanización del conflicto armado. El crecimiento de la ciudad es visto como una oportunidad para la extensión del conflicto armado por parte de las guerrillas, especialmente las FARC-EP, quien a partir de la séptima conferencia realizada a mediados de la década del ochenta, buscan transformar su organización y establecen una estrategia de copamiento territorial, especialmente de carácter urbano. La extensión del conflicto armado a la ciudad se debe, en términos del análisis que realiza la guerrilla de las FARC-EP, al acelerado y vertiginoso proceso de urbanización a escala nacional (Beltrán, 2009).

Para la guerrilla, según Beltrán, las ciudades (especialmente Bogotá, Medellín y Cali) se constituyen en el polo de mayor atracción de población víctima de conflicto armado y del campesinado que migra en busca de mejores oportunidades; de igual manera, este nodo urbano se convierte en el centro de atracción del capital. Para las FARC-EP., el proceso de urbanización implica el crecimiento de las desigualdades sociales y a su vez, el crecimiento de las barriadas populares que no logran ingresar en las dinámicas de reproducción del capital (Beltrán, 2009). Ello implica la oportunidad política de las FARC-EP de intervenir en las estructuras de organización social locales como son las Juntas de Acción Comunal y así “explotar, radicalizando, la protesta de la población marginada en los barrios subnormales” (p. 85).

Este proceso terminó por legitimar los mecanismos represivos por parte del Estado y a caracterizar los barrios de las periferias marginales de la ciudad, como guaridas de la subversión. En un informe presentado el 14 de octubre de 1996 por la revista Semana, en el

cual se comparten algunos informes de inteligencia de las instituciones de seguridad, se deja en evidencia que el Estado tiene una fuerte preocupación por el avance que la guerrilla tuvo para estos años. En el informe es claro para el Estado que la forma como operan las FARC-EP., es a través de

las llamadas Milicias Populares que buscan consolidar su propuesta política primordialmente en los sectores marginados de la ciudad y servir de apoyo logístico a las redes urbanas. Es así como empezaron a penetrar en cinturones de miseria altamente poblados como Usme, Ciudad Bolívar, Altos de Cazucá, Compartir, El Porvenir, Ciudad Kennedy, Fontibón y Soacha, entre otros (Semana, 14 de octubre de 1996).

De igual manera, los principales homicidios que se realizaron a partir de este momento fueron atribuidos a miembros de las células guerrilleras que hacen parte del bloque oriental de las FARC-EP (El Tiempo, 31 de enero de 1992).

El elemento central de este periodo (1984 - 1998), tiene que ver con la urbanización de la guerrilla y la represión estatal en el marco de esta nueva forma y dinámica de la lucha armada. Mediante una revisión exhaustiva del periódico El Tiempo, se observa que las acciones de la guerrilla en Bogotá, desde la perspectiva de la policía, se multiplicaron. Desde inicios de la década del noventa hasta 1997, se registran un total de 22 reportes periodísticos en los cuales aparece como principal actor las FARC-EP. Las acciones guerrilleras registradas en el diario El Tiempo se pueden caracterizar en tres tipos: 1)

combates en las zonas rurales del Usme, especialmente en la región que conecta la ciudad con el páramo del Sumapaz. La versión del ejército que publica el periódico El Tiempo sobre las acciones de la guerrilla, indican que existe un plan que busca copar la ciudad por los distintos puntos de ingreso y corredores estratégicos que tiene la guerrilla de las FARC-EP, especialmente desde el oriente colombiano (El Tiempo, 7 de febrero de 1997); 2) sabotaje a la infraestructura vial, cuyo objetivo es aislar la ciudad e impedir la movilización de las estructuras de seguridad del Estado; y, 3) el asesinato se manera selectiva de policías en la parte urbana de Usme (El Tiempo, 31 de enero de 1992).

Las acciones guerrilleras sirvieron como telón de fondo para la militarización de la localidad. Tras un primer asesinato de dos policías en el pueblo de Usme, la policía decidió incrementar el pie de fuerza; esta misma situación se presentó cuando trece soldados fueron asesinados por la guerrilla en la parte rural de la localidad (El Tiempo, 3 de septiembre de 1993).

Paramilitarismo y persecución social. Claves para comprender los procesos represivos en Usme

Hace dos semanas residentes de Usme informaron que están apareciendo consignas en algunos muros de la vía que conduce hacia la localidad, mediante las cuales grupos paramilitares están dando a conocer su presencia en el sector. Ya son varios los casos de personas que desaparecen y luego son encontradas muertas en los potreros de la zona (El tiempo, 12 de julio de 1998)

De esta manera, el periódico El Tiempo registró, el 12 de julio de 1998, la aparición del paramilitarismo en la localidad de Usme. Días antes (28 de junio de 1998), a través de una reunión de los principales líderes sociales y de las JAC, se denunció el asesinato de varios jóvenes de la localidad; asesinatos que empezaron a registrarse a partir de la primera semana del mismo mes y luego de que en los muros de los barrios de la localidad aparecieran los panfletos de los paramilitares de Córdoba y Urabá anunciando su llegada. Me han contado, afirma Rogelio Sánchez, unos de los líderes de la localidad al periódico El Tiempo,

de dos muertos en La Aurora, cinco en La Marichuela, costado suroccidental de la avenida al Llano, y otros en la comuna Alfonso López. Unos hablan de 20, otros de 25 y de hasta 30, pero uno no se explica cómo las mismas autoridades y hasta la Personería local desconocen eso (Montero, 1998. Sin datos de paginación).

El seguimiento realizado por parte del periódico El Tiempo al paramilitarismo en la ciudad de Bogotá, corrobora las denuncias realizadas por los líderes de Usme. En dos informes presentados en enero de 2001, y tras una entrevista realizada por este mismo periódico a Carlos Castaño, quien afirma que se han tomado la capital a través de la creación e incursión del bloque capital, cuyo objetivo es hacerle frente a la guerrilla y ganar en control territorial a través de intensificar la guerra en la ciudad, es posible identificar la relación entre las muertes y desapariciones de los jóvenes en la localidad y el paramilitarismo. De igual manera, es posible observar las principales acciones del Estado. Mientras que la

policía dice desconocer la incursión del paramilitarismo en la ciudad (El Tiempo, 21 de enero de 2001), se incrementan las medidas de seguridad y control poblacional: por un lado, se aumenta el pie de fuerza, y, por otro, se amplía la capacidad de acción militar a través de la construcción de nuevas estaciones de policía y comandos de atención inmediata en los barrios periféricos del sur de la ciudad (El Tiempo, 19 de octubre de 2002). El objetivo, de acuerdo a lo expresado por la administración distrital al periódico El Tiempo, es evitar la urbanización de la guerra entre las guerrillas y los paramilitares, quienes, según lo expuesto por el alcalde de Bogotá de esta época, se han apoderado de los barrios pobres y sectores deprimidos de la ciudad (El Tiempo, 19 de octubre de 2002).

Un aspecto importante se desprende de lo expuesto hasta aquí. La agudización de conflicto armado y la expansión del paramilitarismo a la ciudad, generó un copamiento y dominio territorial que produjo no sólo la acción del Estado a través de la militarización sino que se equiparó a los barrios con la violencia organizada, y se legitimaron los mecanismos de criminalización social y territorial bajo el paraguas de la lucha antsubversiva. Esto se debe, de acuerdo con las investigación llevada a cabo por Álvarez et.al. (2009), a que la presencia del paramilitarismo en la ciudad de Bogotá se realizó en los barrios “populares y marginales caracterizados por la urbanización ilegal e invasiones, con problemáticas de ausencia de infraestructura (...) ubicados en las zonas receptoras de población desplazada por la violencia o por la crisis económica” (p. 22).

El estudio realizado por Barajas (2001) titulado <<Pandillas juveniles, un parche social>> y publicado en el diario El Tiempo, pone en evidencia la persecución contra aquellos jóvenes

considerados problemáticos para la comunidad, especialmente los que son definidos como pandilleros. Para Barajas, quien realiza un trabajo intensivo en las localidades de Ciudad Bolívar y Usme, a través del cual expone las causas que motivan a los jóvenes a hacer parte de una pandilla en estas circunstancias, existe una clara tendencia a la estigmatización de los jóvenes, y la persecución de quienes realmente se agrupan en pandillas desconoce el trasfondo social del problema. Para el autor son la falta de oportunidades laborales y educativas las que llevan a los jóvenes al consumo de drogas y al alcoholismo y de ahí a la filiación con un parche o pandilla. De igual manera, son jóvenes que sus trayectorias de vida han sido marcadas o definidas por múltiples formas de violencia que van desde la familiar hasta la social y armada. A través de las pandillas, señala Barajas, los jóvenes encuentran un lugar de reconocimiento y de ascenso social y de acumulación de ciertos poderes frente a la comunidad; lo cual implica que los jóvenes construyan sus proyectos de futuro dentro de los márgenes de la violencia, la delincuencia y la pandilla.

Ahora bien, el seguimiento realizado por los diarios El Tiempo y El Espectador al problema del copamiento paramilitar logran poner en evidencia un incremento de la violencia. Según las versiones del periódico El Tiempo (26 de abril de 2005), para el año 2005 hubo un aumento de los homicidios (10,6%) respecto de los años anteriores en la ciudad de Bogotá, en los cuales ha habido algún tipo de participación de los paramilitares y sus formas de acción criminal. De igual manera, en el balance realizado en el mes de julio de 2005 sobre seguridad ciudadana, la alcaldía mayor de Bogotá expuso que durante los dos primeros trimestres del año hubo una tendencia al crecimiento de los homicidios con características selectivas, es decir aquellos homicidios que fueron cometidos principalmente

contra líderes sociales o jóvenes vinculados a procesos de organización barrial. De esa manera, lejos de ser acciones circunstanciales, los homicidios selectivos se realizan bajo una estrategia que define los actores sociales de manera concreta y premeditada, con unos perfiles específicos y responden a un patrón sistemático de ataque; acciones que se presentaron de manera reiterada en las localidades de San Cristóbal, Usme y Kennedy.

Reactivación de represión: Nuevas formas de acción paramilitar y policial

Si una guerra limitada convencional entraña demasiados riesgos, entonces las técnicas paramilitares pueden proveer una manera segura y útil que permita aplicar la fuerza a fin de lograr los fines políticos

Lerche, C. y Said, A (mayo-agosto de 1976: 204). La guerra en el mundo moderno. Revista de las fuerzas armadas, 28(83)

Tras los diálogos entre el Estado y el paramilitarismo que condujo a la desmovilización de algunas estructuras paramilitares en el 2005, hubo un descenso en las dinámicas de violencia asociadas a las acciones paramilitares en la ciudad de Bogotá. Mediante la acción represiva del Estado, se vivieron años de tensa calma y pacificación temporal. Las principales situaciones de violencia fueron asociadas al pandillismo juvenil y al consumo de drogas. Sin embargo, entre los años 2007 - 2008 las acciones violentas asociadas al paramilitarismo en Bogotá y, en especial en Usme, volvieron a aparecer. Hacia finales de octubre del 2009, cuatro jóvenes fueron asesinados. Según las versiones de la policía y de la alcaldesa Clara López, todo fue producto de un ajuste de cuentas entre pandillas en

medio de una guerra por el microtráfico de drogas; sin embargo, el entonces edil de la localidad Mauricio Rey, afirmó que no es un hecho aislado, sino que tiene que ver con las nuevas formas de operación del paramilitarismo, en tanto que presentaron hechos similares en meses anteriores (Plataforma Social de Usme, 2 de diciembre de 2009).

Para julio de 2008 el consejo de Bogotá presentó varias denuncias sobre la presencia de grupos paramilitares en las localidades Rafael Uribe, Ciudad bolívar, Usme, Suba y San Cristóbal. Las denuncias explican que las estructuras paramilitares actúan en “forma de redes con implantación local, vínculos con el campo de la tercerización económica, el monopolio del comercio informal, los servicios de diversión, eufemísticamente llamados de “alto impacto” y los sistemas de “seguridad privada” piratas o informales”, las cuales “imponen horarios para la circulación de la gente y reclutan a jóvenes para engrosar sus filas” (Semana, 11 de julio de 2008). De igual manera, desde el Consejo distrital se expone que los principales actores victimizados por estas estructuras son organizaciones y líderes sociales, y los jóvenes de estas localidades (Ibid).

Según informes presentados por el semanario Voz, la reactivación y extensión del paramilitarismo a la ciudad hacia finales de la primera década del año 2000, ha coincidido con la expansión del microtráfico de drogas y la organización de “bandas” o “parches” juveniles dedicados a actividades consideradas como delictivas –extorsión, fleteo, etc.- (Voz, 26 de marzo de 2014). Por otro lado, en un informe extenso del diario El Espectador

de 2013, afirma que la existencia de “bandas criminales⁵” en Bogotá ejercen un control territorial que “se apoderan de sectores claves de la economía de la ciudad para extorsionar y llevar a cabo sus actos violentos y criminales”, donde el hecho más destacable es el uso de menores de edad “para cometer sus actos delincuenciales” (El Espectador, 16 de septiembre de 2013).

Para la señora Antonia la delincuencia juvenil es uno de los principales problemas que presentan los barrios de Usme. Si antes uno de los problemas era el robo de las casas, cuestión que ha mejorado desde que pusieron el CAI según la percepción de doña Antonia, ahora los problemas tienen que ver con el consumo y venta de drogas, donde los niños son actores centrales. “Hay niños de cinco años atracando como puede ser haciendo, hacen cosas y intimidan la gente para que les den las cosas; aun atracan los mismos niños, los niños pequeños, les quitan las maletas, les quitan sus onces” (Antonia, 70 años. Alameda).

⁵Es importante señalar que el término “bandas criminales” o “bacrim” muchas veces se ha usado como sinónimo de paramilitarismo, mientras que desde otros sectores sociales se usa para identificar a un nuevo actor armado que, si bien es heredero del paramilitarismo, se distancia en sus objetivos. Por lo tanto se refieren a las “bacrim” como aquellas bandas que emergieron luego de la desmovilización de los paramilitares en el 2005, cuyo fin consistió en el control territorial y económico, especialmente el que proviene de las drogas; además no son consideradas por el Estado como actores del conflicto armado. Sin embargo, el concepto tal y como lo entiendo y que surge de las conversaciones con los jóvenes, se acerca a la idea de entenderlo como sinónimo del paramilitarismo, en tanto que, como afirma el senador Iván Cepeda, “las Bacrim no son simples bandas, no son pandillas, ni pequeños delincuentes, no son sólo unos grupos que estén peleando por unos cuantos pesos. Señor Ministro: aquí no ha terminado la horrible noche paramilitarismo”. En este sentido, para Cepeda lo que se debe entender son dos modelos del paramilitarismo, uno que finaliza en el 2005 con la entrega de las cabezas visibles y otro que continúa a partir de esta fecha, dejando en evidencia, según Cepeda, que lo que sucedió fue “una transmisión de mando entre paramilitares” Iván Cepeda. Debate al paramilitarismo. 18 de septiembre de 2014.

Drogas y violencia se funden en dinámicas que transforman la vida cotidiana de los barrios y transforman a su vez las condiciones de vida de las personas, especialmente de los más jóvenes:

Aquí uno no puede decir que la consumen los jóvenes, porque estaría mintiendo; aquí ya la consumen niños de 8, 9 años hasta adultos de 40 o 50 años que lo hacen enfrente de niños, o sea, tienen el descaro de fumar frente niños; eh, si tu madrugas un día a las 5 de la mañana ves gente fumando a fuera de sus casas, eh, entonces, eh, pues es que también existe tanta, tanta gente mala porque digamos, eh, eh, no tienen plata para comprar sus drogas, entonces por eso van y roban y van y matan para satisfacer sus gustos (Andrey, 17 años. Brisas).

Esta relación entre violencia y consumo de drogas ha permitido legitimar las distintas modalidades de represión impuestas en los barrios. Sin embargo, el elemento clave que emerge de los testimonios de los jóvenes sobre este fenómeno es la hibridación y articulación entre los perpetradores de violencia; hibridación que genera mecanismos de superposición de actores armados y sus responsabilidades.

En este sentido, encontramos que existe una tendencia general por parte de los jóvenes y la comunidad de relacionar las actividades ilegales, especialmente la venta de drogas con la policía. Esta articulación es percibida como una búsqueda de intereses personales por los miembros de esta institución: “ellos buscan digamos, perdóneme la expresión, al más marica, al más güevon para echarle mano y así ellos poder tener su beneficio”. Beneficio

que se representa en recompensas en dinero que les ofrecen ciertos actores de la comunidad, como los que se dedican al microtráfico de drogas. Al decir de los jóvenes,

pues la policía sabe quiénes son los que fuman, quiénes son los que venden pero ellos no hacen nada, entonces, eh, o sea, uno dice agente en tal lado están vendiendo o están fumando marihuana o basuco o lo que sea, y ellos, ellos dicen si nosotros vamos a pasar una revista, pasan y los ven y no les hacen nada, pero entonces eso, eh, eso ahí tienen como su, su, su, su banquete sí, porque saben que a ellos también les pasan algo de esa plata, entonces los dejan quietos (Andrey, 17 años. Brisas).

Profe, lo que pasa es que la policía es corrupta, porque se llevan a los chinos es por plata, porque profe, los policías lo que hacen es que cogen muchachos y si no les ofrecen dinero a cambio de la libertad se los llevan; además hay personas de los barrios que les pagan a la policía para que cojan ciertos muchachos y los casquen y los encierren por un rato (Paulo, 16 años. Alameda).

La represión también es interpretada por un grupo de jóvenes como un mecanismo que permite asegurar y mantener ciertos intereses del Estado: “porque el Estado, porque ellos necesitan que haya violencia para así ellos sacar digamos sus, sus proyectos o digamos sus, sacar, cómo le digo yo, como hacer sus acciones (Andrey, 17 años. Brisas)”. Como expresa Jorge Iván Cuervo (2008), la represión que ejerce la policía en contra de los jóvenes está determinada por una serie de bonificaciones, ascensos y recompensas estatales. En este marco es que operan las estructuras de la policía. Al cruzar este tipo de actitudes y prácticas de la policía con la información de campo sobre las constantes acciones represivas contra

los jóvenes podemos afirmar, siguiendo a Auyero (2013), que “aplicación de la ley no solo es intermitente y contradictoria, sino también altamente selectiva” (p. 128). El carácter selectivo está presente en los tipos de jóvenes que se constituyen en el blanco predilecto de la represión y de la persecución contante: jóvenes que se dedican a la promoción de acciones consideradas contraculturales como el Hip Hop y el rock, aquellos considerados como consumidores, o en la terminología de la comunidad, “viciosos” y “chirretes”, y jóvenes que usan cotidianamente los espacios públicos. Lo anterior nos permite plantear que la represión se sustenta en estigmas y estereotipos sociales:

Yo iba un día con un amigo, íbamos pues a jugar x-box un día, y pues pasó entonces una, o sea, dos policías en la moto y no nos dijeron nada, entonces como bajaba otra moto se devolvieron, cierto, y ahí nos pidieron la requisa; pues listo, yo le dije, bueno mi agente, por qué la requisa, no, no, todo bien listo, ta, la requisa, entonces me dijo no a usted toca por partes [esta expresión fue entendida por el joven como una forma de violencia psicológica en tanto que sufre de obesidad] , yo sí, listo, espere me quito la chaqueta y todo bien me requisa, entonces supuestamente dijo que yo lo había tratado mal y oh sorpresa, dijo venga ustedes dos de UPJ –léase Unidad Permanente de Justicia-, nos esposaron, listo todo bien, pero eh, eh, el policía no contaba que yo era menor de edad, sí, entonces como el dicho, le salió el tiro por la culata [Risas] (Andrey, 17 años. Brisas).

- Pille profe que el sábado me casaron.

- ¿Y eso por qué?

- Por lámparas. Yo estaba por lados de mi casa, ahí fumándome un cigarrillo cuando llegó un toambo en una moto y me cogió, usted, contra la pared, una requisa, y yo qué le pasa, por qué, qué hice; nada todavía me dicen, pero una requisa y ya miramos, y yo todo caliente que no, que no tenían por qué hacerlo y el man se me vino encima y me requiso y que usted qué tiene en el bolsillo. Y yo eso es un encendedor. Que usted tiene marihuana, démela y no le hago nada o si no llamo a la patrulla y me lo cargo para el CAI –léase Comando de Atención Inmediata- y usted ya sabe cómo le va ir. No tengo nada, le decía y este hijueputa y va y me coge a golpes y me quería llevar en la moto pero como estaba solo se arrugó.

- ¿Lo cascó así por qué sí?

- Porque sí, porque son todos lámparas y creen que todos los que estamos en la calle fumando un cigarrillo somos viciosos, pero no, que va, esos manes son unas lámparas.

Estos manes están todos calientes (Juan, 16 años, Anita.).

El argumento de la represión sustentada en estigmas sociales ha sido corroborado por el equipo de investigación de DeJusticia en un estudio realizado en las ciudades de Medellín y Bogotá, y en el cual buscaban establecer el tipo de relación que existe entre las políticas de seguridad y la desigualdad en Colombia. A través de entrevistas cualitativas realizadas a los policías el equipo DeJusticia logró establecer que la policía define el contacto con los jóvenes dependiendo del atuendo que lleva el ciudadano. “Algunos policías nos indicaron que se fijaban más en los “ñeros”, refiriéndose a personas con una apariencia que les invita a pensar en jóvenes que en su opinión son más proclives a cometer crímenes” (La Rota & Bernal, 2013: 63).

Los estereotipos de criminalización se construyen, a su vez, en referencia al espacio social de los jóvenes. Este factor es relevante en la forma como jóvenes como Andrey, la Chinche y otros que tienen algún trabajo con la comunidad, construyen el análisis que realizan sobre la represión. Vivir en enclaves de pobreza y con un elevado grado de desigualdad condiciona las acciones de la policía y hace que los jóvenes se vuelvan más vulnerables. Lo cual implica que la represión sea leída por estos jóvenes como un mecanismo que se aplica por condiciones de pobreza. De esa manera lo explica la “chinche”, un joven que ha presenciado este tipo de violencias y ha ido formando una conciencia crítica.

Lo que pasa, es que los señores tombos [policía] creen que los jóvenes por vivir en una barrio pobre son violentos porque consumen vainas; los señores tombos, no respetan a los señores jóvenes, y los cascan y se los llevan para la estación de policía –léase CAI– y los lavan⁶; y nunca les preguntan: oiga señores jóvenes, ustedes porqué usan camisetas de equipos de fútbol, porqué están en la calle, porqué fuman marihuana, qué problemas tienen, venga señor joven yo lo ayudo; no profe, los señores tombos sólo les interesa cascar a los señores jóvenes sin ninguna justificación (la Chinche, 16 años. Almendros).

Una de las prácticas recurrentes de la policía para poder justificar los mecanismos represivos es crear pruebas falsas, las cuales les permite legitimar sus acciones.

⁶Hace referencia a la acción de echar agua por todo el cuerpo a la persona, sin que esta pueda despojarse de su ropa. Esta práctica es identificada por los jóvenes como una de las acciones que la policía realiza cuando retiene de manera arbitraria a una persona. Así, mojado, las personas deben permanecer en el sitio de retención hasta que la policía lo decida.

La otra vez, no me acuerdo qué día fue, estaba un grupo de jóvenes jugando en la cancha de mi barrio y estaban con camisetas del Santafé, en la noche, y llegó un grupo de policías y se los llevó pal' CAI y no dijeron por qué, y les metieron una 38 – revolver- toda oxidada; y pues los embalaron.

¿Y por qué se los llevaron?, pregunté intentando descifrar los motivos de la actuación de la policía. ¿Estaban fumando o peleando o algo por el estilo?, nuevamente pregunto.

–Nada profe, sólo estaban jugando y tenían unas camisetas de Santafé, nada más. El otro asunto es que a uno lo encierran por nada y sin motivos (Johan, 16 años. Anita).

En las narrativas de los jóvenes que entrevisté el Estado adquiere dos dimensiones.⁷ Por un lado es visto como un actor clasista, debido que, según sus relatos, la represión solo se desarrolla y define contra quienes viven en la pobreza; por otro lado, es un Estado que establece una relación desigual y diferenciada al interior de la clase social de los pobres, en cuanto que los jóvenes perciben que algunos grupos sufren con mayor frecuencia los abusos represivos, como es el caso de quienes son considerados viciosos, delincuentes o transgresores del orden institucional:

Acá los jóvenes son una chimba, lo que pasa es que es cierto que hay problemas, pero eso es culpa de esta sociedad no de ellos; la sociedad ni el estado le dan alternativas y cuando los dejó en la calle, les da bolillo; así no se puede, profe. Profe, dígame qué hace el estado por esta sociedad, qué hace por nosotros, nada profe, viene, compra a la gente con 80 mil pesos cada dos meses y se va; se olvida que el problema no es de plata, sino de igualdad;

⁷ Es importante resaltar que los jóvenes que entrevisté han sido víctimas de la represión por parte de la policía o de los paramilitares; sin embargo, existe un buen número de jóvenes que legitiman la represión, como se verá en el segundo capítulo

por qué a los ricos sí protege, pues porque son ellos quienes están en el gobierno y los pobres que comamos callados y si chistamos algo, pues garrote; dígame profe si estoy mintiendo (La chinche, 16 años. Almendros)

Al comparar esta situación con las actitudes de la policía en algunos países de América Latina, observamos que este es un fenómeno que se presenta de manera reiterada y sistemática. Los estudios realizados por Kessler (2012) en las villas del Gran Buenos Aires han arrojado una relación conflictiva y de mutua negación, en cuanto que para la comunidad la policía termina siendo “una banda más, mejor armada y más potente” (p. 126) que poco o nada tiene que ver con la ley. Aún más, la relación conflictiva antecede a las prácticas de violencia expresadas por los jóvenes, los cuales describen como una “sensación de persecución sin motivación aparente” (p. 127).

En este sentido, la represión transita, como observa Perea Restrepo (2004) a través del conflicto urbano en el que se configuran nuevas formas de exclusión social y que sitúa como objeto de la misma a las poblaciones que están más abajo en la escala social. Las investigaciones empíricas demuestran que la represión por parte del Estado se afirma en lugares y cuerpos cuya experiencia de vida ha sido determinada por la exclusión y la pobreza. Robert W. Shirley (1997) realizó una investigación en una de las favelas más grandes de Porto Alegre en la cual buscaba identificar las actitudes y la relación que tiene la comunidad con la policía. De acuerdo con los resultados, Shirley concluye que la policía es odiada y temida por la mayoría de la población, en tanto que asume métodos represivos para el control social a la vez que está vinculada con las redes del tráfico de drogas, por lo

que establece relaciones de connivencia con la delincuencia. De igual manera, expone Shirley, los métodos represivos recaen sobre la población joven en tanto que son considerados los principales productores de la violencia.

La represión como una práctica que vulnera los derechos fundamentales de las personas, se sustenta en el abuso de autoridad y en el desconocimiento de las condiciones de vida de los jóvenes. Como bien lo expresa la Chinche, “los señores tombos no respetan a los señores jóvenes, y los cascan y se los llevan para la estación de policía –léase CAI- y los lavan” (La Chichce, 16 años. Almendros). Este tipo de situaciones son corroboradas por Johan.

El otro asunto es que a uno lo encierran por nada y sin motivos. Profe usted no me ha preguntado por qué no vine ayer al colegio, pero de una vez les cuento [risas]. Resulta que yo estaba el sábado en la noche en una rumbita allí en mi barrio con unos amigos y mi hermano, estábamos todos sanos y llegó la policía disque a requisar y pues todo bien, sin líos; pero mientras me requisaron y voltié a mirar y a mi hermano dos policías lo estaban cascando y pues yo me calenté y me metí a defender a mi hermano y nos agarraron a los dos a golpes, y luego de eso y todos cascados nos llevaron para la UPJ y hasta anoche salí de allá.

–Y por qué le pegaron a su hermano.

–Disque porque mi hermano no se quería dejar requisar, pero eso es una mentira, esos manes ya sabían a qué iban.

–Y, a qué iban, pregunto.

–A cargarse a uno de nosotros, porque un vecino llamó a decir que estábamos disque consumiendo drogas, lo cual es una mentira (Johan, 16 años. Anita)

Este tipo de prácticas son vistas realizadas porque existe temor por parte de los jóvenes a denunciar lo que pasa. Es precisamente el miedo en el que se ampara la policía para reprimir a los jóvenes:

a los jóvenes así que no están metidos en nada, que están jugando o esto, sus métodos son o, o, si, si digamos, alguno de estos jóvenes no quiere o sale corriendo es amenazado por el policía con la pistola y sabiendo que ellos no pueden hacer eso; segundo, si, si dicen que usted se porta mal lo van golpiando o le van echando gas pimienta, después pues ya lo llevan al CAI y ahí esperan a ver si hay, si hay esa, ese carro para llevarlo de UPJ, entonces nadie dice nada por miedo a que lo casquen.

- Y no denuncian ni nada.
- Y ante quien denunciamos, si ellos son la ley, y si alguien va los denuncia esos manes se enteran y lo buscan a uno pa' cascarlo, entonces, si, si ve profe. (Camilo, 17 años. Brisas).

Sin embargo, al mecanismo represivo que más temen los jóvenes en general es a la llamada “limpieza social”, debido a que se realiza en horas de la noche, bajo el anonimato y, según la versión de los jóvenes y de las personas adultas con las que he dialogado, es producto de un cruce entre actores armados y algunos miembros de la comunidad. De este aspecto me ocuparé a continuación. Baste decir que las prácticas de limpieza social son intermitentes pero tienen un alto impacto social que se evidencia en la forma como las personas narran estas actividades y en la pacificación que logran imponer, bajando el impacto de los delitos, especialmente el robo y el consumo de drogas en espacios públicos en horas de la noche.

Mecanismos de limpieza social y pacificación social

Mientras tuve un pantalón decente permanecí en la ciudad, bajo el carácter de un hombre, de un verdadero hombre; pero, ¡por Cristo!, desde que perdí el pantalón, en seguida descendí muy bajo en la opinión de las gentes, y debí dejar la ciudad. La gente, mi buen imbécil, juzga las cosas por su forma, pero la esencia íntima de esas mismas cosas le es completamente inaccesible, a causa de su innata necedad.

Máximo Gorki, (1977). Los ex-hombres. Medellín: Editorial Bedout

Otro aspecto que sobresale de la hibridación entre los actores armados y sus responsabilidades y que hace aún más complejo los procesos represivos es la relación que identifican los jóvenes entre la policía y los grupos paramilitares, y entre estos actores armados y las prácticas de limpieza social. Andrey comenta al respecto:

Todo mundo sabe que eso es cierto, que son ellos [la policía] los que salen a hacer la limpieza y se unen con otras personas que vienen de otros barrios y la gente dice que esos son los paramilitares (...); y todo el mundo sabe que la represión en estos barrios como en estos de acá son paramilitares y son policías (Andrey, 17 años. Brisas)

Esta relación está fuertemente arraigada en los imaginarios de los jóvenes, sin embargo no es posible corroborar hasta qué la percepción de los jóvenes permite afirmar que existe una

articulación y connivencia entre estos dos actores armados. En cuanto al caso colombiano, las principales investigaciones al respecto han sido realizadas por equipos de Derechos Humanos como el Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado, la Corporación Nuevo Arco Iris, El Cinep, entre otras. Lo que se evidencia de la revisión documental es que la expansión y control territorial y poblacional del paramilitarismo no fue posible sin la ayuda, cooperación y la implantación de redes de apoyo de la fuerza pública -Ejército y Policía-.

Ahora bien, es a través de esta posible relación que se llevan a cabo las prácticas constantes de la mal llamada “limpieza social”, las cuales tienen una fuerte presencia e impacto en la comunidad, especialmente en los jóvenes. La “limpieza social” se convierte en el método de pacificación social y de eliminación de las personas consideradas indeseadas. Para Andrey, lo que buscan los actores armados con la “limpieza social” es

que quieren ver un barrio limpio, cierto, ese es el porqué de ellos, irónicamente es como el fundamento de ellos, es que quieren ver el barrio limpio (...) Supuestamente que no hayan ni viciosos ni ladrones ni quien venda (Andrey, 17 años. Brisas)

Laura, una joven del barrio Brisas, reconoce que esta relación existe. Ella es hija de una familia con cierto tipo de comodidades materiales y su hermano tiene cercanía con los policías del CAI. Una mañana, Laura me buscó para dialogar sobre la problemática que están viviendo los jóvenes del barrio donde ella vive. Al respecto me dijo lo siguiente:

Profe, lo que pasa es que yo siempre me entero de que va haber limpieza, o cuándo los de la limpieza van a salir por las noches. Lo que pasa es que mi hermano siempre que eso va pasar, nos llama y nos dice que esa noche después de las siete no salgamos porque los de la limpieza van hacer la ronda; y que les digamos a nuestros amigos que esa noche no salgan porque puede ser peligroso. Y mire profe que yo siempre tuve la duda de por qué mi hermano sabia de eso y le preguntaba y él nunca me respondía, solo se hacía el loco y me cambiaba de tema.

- Bueno y entonces te enteraste de cómo tu hermano se entera de esas cosas
- Profe, no se necesitan dos dedos de frente para saber que una persona habla en ciertos momentos y en ciertos estados, si me entiende, profe. Resulta que la vez pasada llegó todo borracho a la casa y yo le recibí, lo consentí, le di de comer y como tenía tanta intriga empecé a decirle que me contara cómo se enteraba, que si vez, que es por su seguridad, que nosotros te queremos mucho [Risas] y mi hermano me contó.
- Me puedes contar, le digo.
- Claro profe. Pues es que mi hermano es muy amigo de los policías y cada vez que la limpieza sale, ellos llaman a mi hermano y le dicen que le diga a la familia que no salga esa noche, que se cuide.
- Y los de la policía como saben que los de la limpieza van hacer las rondas por los barrios
- Hay profe, pues porque esa noche mi hermano me contó que los de la policía son los que salen a hacer las rondas de la limpieza; son ellos mismos que se encapuchan
- Estás completamente segura, porque eso es muy grave

- Profe, todo mundo sabe que eso es cierto, que son ellos los que salen a hacer la limpieza, pero profe, nadie dice nada porque a ellos no les gustan los sapos

Este proceso de articulación entre la policía, paramilitares y las prácticas de limpieza social no parecen ser una simple relación casual y alejada de las estrategias de guerra por parte del Estado. Como lo ha expresado en equipo de Derechos Humanos de Justicia y Vida (2006),

la limpieza social es en realidad una estrategia política del Estado que busca el exterminio de los pobres, en especial de los jóvenes y los miembros de las organizaciones sociales con el objetivo de desarticular todo tipo de organización que cuestione al establecimiento (p. 21).

Carlos Rojas (1996) ha investigado con rigurosidad este fenómeno social, centrando sus estudios de manera particular en los perfiles de las víctimas. Para él, el perfil de la víctima se determina en la medida que se es visto por los perpetradores como una amenaza del “orden social y de la moral ciudadana (p. 10)”.



Ilustración 5. Panfleto dejado en las calles de los barrios en el año 2014. Fuente: Víctor Sastoque

Según la versión de varios jóvenes, las prácticas de “limpieza social” se realizan en las noches, a través de la cual tanto los policías como los paramilitares se desplazan en “camionetas de alto cilindraje, motos también de alto cilindraje, con ventanas negras y siempre vienen en grupos, nunca vienen de a solas y siempre inician la limpieza social por el barrio El Tuno” (María, 16 años. Almendros), donde,

al inicio de la limpieza, pues eh, sacan los panfletos, cierto, se dice que después de las 10 de la noche si usted, eh, se tienen identificados, si usted es uno de los que no está en las listas pero está al lado de alguien que está en la lista usted dese por muerto si usted ve a alguno, a algún raya, porque acá se les llama rayas, sí; entonces, si usted no está

en la lista y un día viene 11 de la noche de estudiar usted está a salvo (Andrey, 17 años. Brisas)

De igual manera, también se ha identificado una relación entre los grupos de la “limpieza social con miembros de empresas de seguridad privada:

- Mire profe, si pilla allá arriba donde está la caseta de los celadores [hace referencia a la caseta donde están los guardas de la seguridad privada de los lotes que han sido comprados por Metrovivienda para la realización del proyecto Urbanización Nuevo Usme].
- Sí, luego.
- Pues porque esos manes tienen que ver con los de la limpieza.
- ¿Por qué dices eso?. –Pues profe, usted sabe que yo vivo en Almendros, y allá todo mundo sabe que eso es verdad. Todas las noches viene una camioneta negra y se bajan unos tipos con capucha, de negro y armados y los celadores bajan y siempre les entregan unas hojas. La gente dice que son con nombres de los chinos que andan metiendo, y mi mamá que está en la junta dice que en las reuniones hablan de eso pero que ahí no se pueden meter.

Una de las características que sobresalen de las prácticas de la “limpieza social” es que no solo se busca eliminar físicamente a las víctimas sino que además se busca dar a conocer los motivos por los cuales se realizan este tipo de prácticas. Como afirma Rojas (1996), “el asesinato de las personas se convierte en un mensaje que es recibido por la comunidad (p. 46)”. Lo que se configura es un ambiente de pacificación.

De igual manera, la tendencia de estas prácticas es hacer ver a la víctima como responsable individual de sus problemáticas, por lo tanto, se sustenta en argumentos que esgrimen la situación de los jóvenes como patológicas y desviadas que no son posibles de “rehabilitar”, mientras que los perpetradores se muestran como “benefactores de la sociedad, a la vez que sus acciones se conciben como solución global de la problemática social, concretadas en espacios determinados o contra sectores sociales específicos” (Rojas, 1996: 47).

CAPÍTULO II

ESPACIO PÚBLICO Y REPRESIÓN: ENTRE MIEDOS Y ESTRATEGIAS DE APROPIACIÓN

Espacio público en barrios populares

Cada uno se ubica en la calle, se posiciona y se relaciona de una forma particular, y desde allí, desde la calle, recibe su nombre y adquiere su marca. Así, su significado, tanto para sí mismo como para los otros, está referido a su condición y al papel que juega en la calle.

Carmen Gil Vrolijk. (2009). La última musa. Bogotá: Ediciones Uniandes.

Durante la última década ha habido un prolífico debate sobre la importancia del espacio público en la construcción de las relaciones sociales urbanas. Al interior de este debate ha ganado fuerza la idea que proclama el fin del espacio público. El argumento fuerte que sustenta esta idea se basa en la consigna de que habitamos la ciudad del miedo, de la sospecha con capacidad de crear guetos sociales, los cuales producen sus propias entidades territoriales, promueven la exclusión y conducen al individualismo y al repliegue sobre la vida privada (Beck, 1998; Medina Cano, 2006; Reguillo, 2006; Rincón, 2006).

“El espacio público ha muerto” constituye quizá el eslogan principal de los nuevos análisis que se tejen sobre el espacio público. La idealización de un pasado mítico, en palabras de Salcedo (2002), ha ejercido un peso fundamental en los autores que sostienen estos análisis, en tanto que sus imágenes sobre el espacio público se crean sobre la base de que otrora este espacio era producto de la diversidad que permitía el encuentro y diálogo entre las clases sociales, mientras que la multiplicidad de usos no solo modelaban los espacios sino que se constituían en signos de libertad.

Al respecto, Salcedo debate la idea de que los procesos de exclusión son un signo de los nuevos procesos geo-históricos, por el contrario, argumenta que han estado presentes en el desarrollo de los procesos urbanos. Salcedo establece tres elementos fundamentales de su análisis. El primero conduce a entender que la sociedad se ha construido sobre bases excluyentes, por lo tanto no es posible hablar de un espacio público libre y abierto en términos absolutos en ningún periodo histórico. El segundo aspecto del debate es sobre la distinción entre espacios para la ciudadanía y espacios de expansión de las diferencias de las relaciones de poder entre los grupos sociales. Los primeros serían los espacios de la libertad y del debate, mientras que los segundos serían los espacios nuevos, donde el miedo y el control social se están imponiendo. Sin embargo, para Salcedo este análisis desconoce que el espacio siempre ha reflejado las relaciones de poder donde lo que ha cambiado son las funciones específicas del espacio.

El tercer aspecto constituye, quizá, el argumento más interesante del autor. Siguiendo a De Certeau y a Gramsci, Salcedo va más allá de la comprensión del espacio como expresión de

las relaciones de poder y dominación, al definir que “cualquier espacio, sus usos y condiciones son discutidos por los discursos subordinados, lo han sido en el pasado y lo serán en el futuro” (Sin datos), por lo que cualquier intención de dominio no es totalizante ni absoluta, sino que se presenta como hegemónica, en términos gramscianos. Esta concepción del espacio tiene un interés importante en la medida que deja abierto el análisis para la comprensión de las prácticas y usos de los espacios públicos ya no solo como un ejercicio de poder dominante sino como una “una constatación del poder de los ciudadanos (¿dominados?) en cualquier situación social y estructural para transformar críticamente los usos y significados del espacio propuestos por los productores” (Ibid).

Precisamente es este argumento el que nos permite abordar el problema de las prácticas y los usos de los jóvenes en los espacios públicos de los barrios populares que estudio, teniendo como referente que esta relación se produce desde la dialéctica entre fuerzas hegemónicas y prácticas y discursos de resistencia. Se plantea de esta manera, teniendo en cuenta que los hallazgos del trabajo de campo han demostrado que el espacio público sigue siendo un eje vital en las relaciones sociales y de sociabilidad entre los jóvenes. Aun cuando la represión tiene un fuerte impacto en la vida de los jóvenes, no ha tenido la fuerza para destruir la capacidad que tienen los espacios públicos, especialmente la calle y los parques, como un lugar de privilegio en la construcción de su red de relaciones y de sus identidades. A diferencia de lo que uno esperaría dado el gran riesgo que significa circular y quedarse en el espacio público en este barrio donde parte importante de la violencia ocurre en la calle, muchos jóvenes usan el espacio público.

De esta manera, el espacio público en barrios populares mantiene una capacidad de socialización y de articulación de las relaciones sociales. Empero, el dinamismo existente en los espacios públicos de estos barrios está lejos de parecerse al ideal del espacio público sustentado en un diálogo libre y abierto; por el contrario, la red de relaciones sociales que se producen están marcadas por fuertes disputas en términos de sus usos y apropiación. Aspectos que se evidencian en los mecanismos y estrategias que muchos jóvenes desarrollan y que implican distintas formas de convivir y negociar los usos de los espacios públicos con la represión en los barrios y con las distintas formas de violencia que se tejen, en muchas circunstancias, al amparo de la represión. Las estrategias las podemos agrupar en dos bloques analíticos. El primero tiene que ver con la evasión del espacio público, y parte de reconocer que existe un grupo de jóvenes que han decidido crear una distancia frente a los espacios públicos. Al respecto encontramos que la represión conduce a un confinamiento territorial, donde el miedo y la reclusión en la vida privada constituyen un eje central, corroborando de manera parcial la idea del fin del espacio público. De acuerdo a los datos de campo es posible afirmar que existe una relación entre mecanismos de confinamiento territorial y género, en cuanto que se observó que son las mujeres las que tienden hacia un abandono de los espacios públicos. Este fenómeno se define primordialmente por mecanismos de socialización familiar.

Por otro lado, existe un grupo importante de jóvenes que siguen usando la calle independiente de la violencia buscando estrategias para no ser víctima de ella y a veces perpetrándola. Al respecto se evidenció tres formas de hacer presencia en la calle. La

primera tiene que ver aquellos que conviven con la represión y otras formas de violencia y tratan de evitarlas, a través de una suerte de sabiduría callejera que les permite navegar en medio de la represión y el miedo (lugares, momentos del día, amigos, etc.). El segundo subgrupo de jóvenes son los que pertenecen a las pandillas u ollas. Ellos son los que mayor temor tienen a la represión en cuanto que son identificados como las principales víctimas no solo por los grupos represivos sino porque al interior de la comunidad también son vistos como indeseables. Este aspecto se relaciona con el hecho de que este grupo no solo es víctima de la represión sino que ha logrado establecerse y darse un lugar en los barrios a través del uso de la violencia, lo cual implica que se constituyen en una fuente de miedo y peligro. El tercer subgrupo lo conforman aquellos jóvenes que reclaman la calle y luchan explícitamente en contra de la represión (Este será objeto de análisis del último capítulo).

1. Miedos y signos de distinción. Marcas morales y jerarquías sociales

Quizá uno de los rasgos más significativos de la represión sea el miedo a ser víctima de ella. Por lo tanto, minimizar los riesgos y las posibilidades de que eso pueda suceder conduce a crear estrategias que permitan enfrentarla. En ese sentido, son importantes las valoraciones que se realizan sobre la represión y los jóvenes víctimas de ella; valoraciones que están atravesadas por categorías espaciales, temporales y por los mecanismos de socialización social y familiar, que funcionan a su vez como signos de distinción, con capacidad de establecer marcas morales y jerarquías sociales. Quienes han optado por esta estrategia son jóvenes que estudian, especialmente aquellos que están en formación técnica

o profesional. Pero también son jóvenes que tienen un nivel mayor de protección social y familiar.

Confinamiento territorial

Varios de los relatos muestran que la estrategia que adoptan los jóvenes consiste en un repliegue de los espacios públicos; este tipo de prácticas son, sin embargo, definidas según las características de los espacios (aquellos percibidos como peligrosos o no) y la dimensión temporal (división entre el día y la noche, y entre la mañana y la tarde). Este tipo de procesos son definidos por Soto Villagrán (2012) como confinamiento territorial, lo cual implica “limitar la utilización de lugares de la vida pública y no ejercer la libertad de salir y estar donde se quiera” (p. 163). De acuerdo con esta autora, el confinamiento territorial es producto de los miedos que a su vez son producto de las violencias que atraviesan las experiencias de estar en los espacios públicos. Los miedos, afirma Reguillo (2006), se localizan, se vuelven espaciales y su dimensión geográfica adquiere una relevancia particular, de tal manera que estos se pueden localizar; pero también son temporales y las temporalidades son posibles situarlas en un diálogo con el contexto y sus dimensiones históricas. Esta dimensión espacio-temporal de los miedos es evidente en la forma como algunos jóvenes establecen la relación con los espacios públicos; de tal manera que salir a ciertas horas, o pasar por ciertos lugares en determinados momentos es interpretado como peligroso. Al ser geográficos, los miedos tienen y tejen fronteras, y al ser sociales las fronteras son y emergen como límites simbólicos, lo cual permite establecer las diferencias entre lo “bueno” y lo “malo”, entre lo “seguro” y lo “inseguro”; lo cual también se entiende

como la gente “bien” y los viciosos o los que representan algún peligro, muchas veces percibido.

Lo anterior implica que los miedos, como lo exponen soto Villagrán (2012) y Reguillo (2006) necesitan de lugares concretos y específicos que puedan ser considerados como amenazantes. De esta manera es que emergen en los relatos de los jóvenes lugares como el multiparque Alameda, la quebrada el Piojo, los parques de los barrios Brisas y Anita y las esquinas de las calles como lugares de peligro. Estos lugares se emplazan en los imaginarios colectivos como amenazantes en la medida que es allí donde se han desarrollado las principales actividades represivas, como las de la limpieza social o las detenciones arbitrarias de la policía, pero también porque son lugares que suelen ser frecuentados por los consumidores de drogas, los cuales son identificados como las principales víctimas de la represión, o como potenciales victimarios. Al respecto, Jeffrey afirma que

Es triste ver eso que anteriormente una familia podían ir todos unidos al parque y no habían problemas; ahora no porque, digamos que hasta en el parque se la pasan fumando marihuana, se la pasan metiendo otras sustancias también psicoactivas (Jeffrey, 15 años. Brisas).



Ilustración 6 Parque del barrio Brisas, 9 de la noche. Fuente: Víctor Sastoque

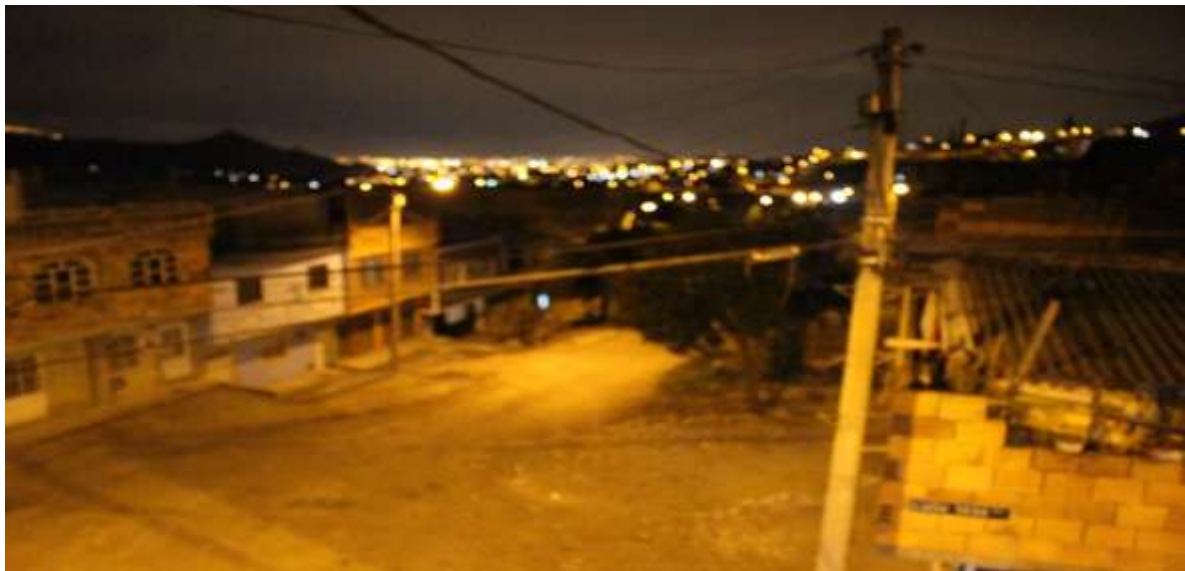


Ilustración 7 Calle principal barrio Anita, 8p.m. Fuente: Víctor Sastoque

Es importante resaltar, al respecto, que los sentimientos de miedo y peligrosidad en sus dimensiones espacio-temporales, cumplen una función de regulación social. Gabriel Kessler ha estudiado este aspecto e identifica en él la capacidad de transformación de las prácticas de las personas. Para este autor, el miedo participa en la construcción “de una

visión compartida de una amenaza para toda la población (...) y contribuye a la regulación de la vida social, entendida como la producción social de regularidades que pautan el desarrollo de la vida colectiva” (2004: 236).

En términos temporales, el confinamiento territorial se define desde la oposición entre el día y la noche, y entre los procesos de escalamiento o repliegue de la represión. Salir a la calle o a los parques no es una opción para muchos jóvenes, ya que se considera que es en horas de la noche donde la represión y otras formas de violencia adquieren dimensiones más profundas.

Por lo tanto, no estar en las calles en horas de la noche hace parte de los mecanismos de protección de la integridad y preservación de la vida de muchos jóvenes. Así lo relata Lorena, quien muestra también una dimensión de género en el miedo,

Me genera desconfianza la oscuridad de las calles ya que en algunos lugares cercanos a mi barrio asesinan personas y violan mujeres, por eso es mejor estar en la casa, y cuando uso la calle solo lo hago para ir a la universidad (Lorena, 18. Alameda)

En cuanto a la localización de los miedos, quienes optan por las estrategias de confinamiento territorial cuando necesitan hacer uso de los espacios públicos, este uso implica la búsqueda de trayectos alternos que les permita evitar los espacios de peligro. Aprender a conocer cuáles son los principales lugares donde existe mayor miedo, especialmente en horas de la noche es un aspecto crucial para salvaguardar la integridad; el

acompañamiento de los padres a los espacios donde los recoge o deja los servicios de transporte y no llegar muy tarde en horas de la noche también es un hecho muy visible. Estas prácticas se realiza principalmente en horas en las cuales no hay luz solar, bien sea en horas de la mañana o en horas de la noche.

El repliegue de algunos jóvenes de los espacios públicos y su posterior confinamiento se sustenta no solo en una construcción espacio-temporal de los miedos, sino que en este proceso participa una separación binaria entre lo público y lo privado que mejor podría definirse como una separación entre espacios abiertos y cerrados; separación que se sustenta en la idea de que lo público permite y moviliza los peligros físicos y morales, son los lugares de la indeterminación, la causalidad, la movilidad deslizante, mientras que a lo privado se le reconoce como el lugar de las certidumbres, el espacio que permite ponerse a salvo de un exterior percibido como inhumano. La calle “es insegura, te pueden robar o incluso pueden cegar tu vida” afirma Martha.

Las prácticas que hemos definido como confinamiento territorial son producto de los mecanismos de socialización social y familiar. Social porque es la sociedad la que construye determinadas miradas sobre las personas y los espacios generando marcas y signos de aceptación o exclusión. A su vez, estas valoraciones están definidas por prescripciones sociales que definen lo bueno de lo malo, los peligros de las seguridades.

Es familiar porque, como afirma Soto Villagrán (2012),

el proceso de aprendizaje comienza con el control y continuas advertencias de los padres a los adolescentes. Los padres instalan en sus hijos un sentimiento de vulnerabilidad en el espacio público, que se reforzará posteriormente con la alimentación constante de noticias, procedentes de los medios de comunicación y de amigos y conocidos (p. 161).

El relato de María corrobora el argumento expuesto de Soto Villagrán. María ha vivido en el barrio Brisas desde que tiene tres años. Ella recuerda que su mamá siempre le inculcó que la calle es un lugar de peligros y miedos latentes, por lo tanto, el uso que le da a la calle es exclusivamente para movilizarse de un lugar a otro, especialmente de la casa al colegio o cuando necesita ir a la tienda a comprar algo. Restringir o prohibir cierto tipo de amistades o de relaciones sociales es parte importante para la madre de María. Cada salida a la calle cuenta con el permiso de la madre y se supervisa los tipos de jóvenes con quien se relaciona. María reconoce que de alguna manera la mamá tiene razón, “porque no todas las personas que están en la calle son buenas”.

Otro de los aspectos que sobresalen del confinamiento territorial y que se ha evidenciado es el uso de la tecnología como una forma que les permite a las familias que sus hijos no usen los espacios públicos. Por un lado, encontré que muchas familias han realizado esfuerzos para comprar un computador y adquirir internet, de esa manera se evita que los jóvenes tengan que salir a buscar en la calles estos servicios tecnológicos para realizar sus tareas. Por otro lado, también se hacen esfuerzos para comprar servicios tecnológicos de diversión como son un buen televisor, tabletas digitalizadoras, x-box, entre otros. Es decir, se

concentran en mantener unos equipamientos tecnológicos que suplan las necesidades educativas y de diversión que les ofrecen los espacios públicos. Esto tiene como consecuencia que poco a poco el espacio privado está ganando reconocimiento, pero es un reconocimiento obligado por las condiciones de violencia que se presenta en este contexto, y no porque no brinde nuevas herramientas de socialización. Como afirma el profesor Martín-Barbero, “si la televisión atrae es porque la calle expulsa” (2000: 31).

Confinamiento territorial y género

Para Nury, una joven de 17 años y quien a los 16 años quedó en embarazo, las reglas familiares sobre el acceso y uso de los espacios públicos están definidas por la condición de género. Tiene dos hermanos, los cuales no tienen restricción para estar en la calle mientras ella debe quedarse en la casa ayudando con las labores del hogar. Este tipo de organización de las normas con un sesgo masculino es, en palabras de Nury, lo que ha permitido que los jóvenes terminen en las drogas o en la delincuencia, o como pasa constantemente, en las estaciones de policía o asesinados por las organizaciones que se dedican a la limpieza social. “Si los padres le exigieran a los hombres lo mismo que a las mujeres, no habrían problemas, pero como creen que como son hombres se pueden defender”, afirma Nury.

Según Jeffrey, la calle, especialmente en horas de la noche no es un lugar para las mujeres por el peligro que representa:

me preocupa de que mi hermanita salga pues porque en todo lado se ve mucho, mucho como depravado y en estos barrios se ven mucho de estos jóvenes consumidores, sí, entonces me preocupo más por mi hermanita salga por la noche (Jefrey, 15 años. Brisas).

Los testimonios de Nury y Jeffrey ocupan un lugar central en las representaciones que tienen los jóvenes sobre los mecanismos de socialización familiar y social fundados en parámetros de división por género. Los estudios urbanos han abordado este tema, sin embargo, el repertorio del debate se estructura a partir del estudio de la modernidad como un proceso histórico articulado a partir de una visión que pone el acento en los contrastes entre lo público y lo privado, producto de una sociedad patriarcal. De acuerdo a esta visión, la mujer fue sometida y recluida en el espacio privado, el cual se estructuró como el espacio para las relaciones domésticas, y se le excluyó de los espacios públicos, siendo este último considerado como el lugar por excelencia de las relaciones masculinas (Delgado, 2007).

Esto explica por qué los espacios públicos terminan siendo un lugar de acceso y uso hegemónico masculino. En los recorridos tanto diurnos como nocturnos, en las calles siempre hay hombres, muchos de ellos reunidos en las esquinas o en los paraderos de los buses. Muchos de ellos son jóvenes que no estudian ni trabajan, aunque también algunos son jóvenes que estudian; y según los comentarios de los jóvenes que me acompañaban, son esos jóvenes los que están vinculados al comercio de drogas o se dedican al consumo. En uno de los recorridos, nos encontramos a un grupo de 6 jóvenes reunidos en una de las esquinas del antiguo paradero de buses, y al cruzar, se escucharon los silbidos y

comentarios como “uy mamita, usted está muy rica”; “cucho, presente”, lo cual hace parte de los lenguajes con los que este tipo de jóvenes se refiere a las mujeres, y que es interpretado por las mujeres y las familias de ellas como actos cotidianos de violencia por el hecho de ser mujeres.

Ahora bien, un aspecto importante en cuanto a las diferencias de género tiene que ver con la relación que se establece entre los jóvenes y la represión. Los resultados de las entrevistas nos muestran que las principales víctimas son los hombres. Los casos que fueron comentados por los jóvenes remiten siempre a los chicos como el más vulnerable, mientras que los pocos casos en los que se identifica a una mujer, se asocia con la compañía de un hombre. Si bien la tendencia familiar y social es la de proteger a las mujeres y reforzar los mecanismos de control para evitar que esta sea víctima, ya que los imaginarios colectivos, reforzados por los medios de comunicación muestran a la mujer como el actor más vulnerable, la fuerza y la violencia de la represión recae con mayor fuerza sobre el sujeto masculino. Esta es una realidad que no solo se asocia con las prácticas de la policía, sino que la limpieza social también opera bajo esta división de género, lo cual es evidente en los panfletos que circulan por los barrios y en los cuales siempre aparecen nombres masculinos.

Sin embargo, al observar las tendencias de otras formas de violencia que coexisten con la violencia represiva en estos barrios, encontramos que la mujer es una víctima potencial. Esto sucede especialmente con la violencia sexual que se realiza en los espacios públicos, y de la cual el acceso carnal violento es quizá el principal acto de violencia.

En cuanto pueda, yo me voy del barrio

Vivir en barrios donde la acumulación de desventajas se hacen más palpables y donde las violencias atraviesan y definen las relaciones sociales es quizá uno de lastres con lo que deben negociar cotidianamente los jóvenes. Tanto así que no poder disfrutar libremente de los espacios públicos ni construir sus propias identidades sin ser demonizados, estigmatizados y posiblemente reprimidos por los actores armados hace que muchos jóvenes proyecten su futuro fuera de estos barrios. A pesar de que muchos de ellos están vinculados con el consumo de drogas u otras actividades ilegales, no han perdido la perspectiva de una vida digna. Entre sus expectativas siempre está presente la idea de ser profesionales, formar una familia y tener unas condiciones materiales que les permita ofrecerle a sus hijos una vida distinta a la que les ha tocado vivir. En este sentido, la represión y las violencias constituyen no solo un acto de confinamiento territorial sino de expulsión. Así lo relata Haldó en la entrevista:

- Bien. Ya para ir terminando, usted qué ha pensado sobre su futuro, qué le gustaría hacer
- Eh, pues en mi futuro a mí me gustaría ser, estudiar criminalística o irme pa', pal Inpec
- Y se ve trabajando con ellos
- Sí, a mí, por ejemplo una vez me llamaron a la casa que tenía que acercarme a una, a un, como a un instituto a, a, a mirar que me gustaba estudiar y todo
- Y por qué le llama la atención a criminalística o...

- La criminalística me llama la atención es como por, por la gente que sí, que, los muertos más que todos, por los fallecidos, sí, y pues por el Inpec me llama la atención como por la gente que se ve en la cárcel y todo, cómo tratan a la gente, a los presos y todo poder decirles, que, que se puede cambiar
- Eh, a usted le gustaría cambiarse de barrio; si se gradúa, empieza a trabajar le gustaría irse o seguir viviendo acá
- Pues, eh, hay, pues en mi futuro si me gustaría irme de este barrio
- Por qué
- Por, pues por, irme por la gente que se ve así en las calles, en las drogas y todo y como para un mejor futuro para mí y por si yo podría tener mis hijos pues para un mejor futuro p' mis hijos

Es importante señalar que para Haldo, como para muchos jóvenes de estos barrios la prioridad está en poder salir de allí, lo cual se debe tanto a la condiciones que viven los jóvenes producto de la represión, como a la falta de oportunidades. De igual manera, es importante el testimonio de Haldo ya que nos permite plantear, a contracorriente de los argumentos de autores como Saraví (2006), Anderson (1999), Auyero (2013), entre otros, quienes afirman que vivir en enclaves de pobreza y con altos índices de exclusión social y espacial produce sentimientos de pérdida de confianza en el futuro. Lo que se desprende de este testimonio es que siempre es posible pensar en el futuro en condiciones dignas, aun cuando el desarraigo sea la última opción para defender sus aspiraciones. Sin embargo, la mayoría de veces las mismas condiciones sociales y los estigmas que se ciernen sobre estos

jóvenes hacen que sus proyecciones no se puedan materializar, quedando atrapados en los círculos de violencia, drogas y criminalización de las problemáticas sociales.

2. Jóvenes en las calles. Usos y prácticas cotidianas de los espacios públicos

Vivir la calle ha sido una de las prácticas más recurrentes que observé a través de las etnografías y de las largas charlas realizadas con los jóvenes. Al ser producto de las actividades y relaciones sociales, y concebidos y practicados desde las experiencias personales o colectivas, entonces los espacios públicos no son los mismos en horas distintas del día, ni los mismos de noche que durante el día. Los recorridos por los barrios se realizaron tanto en horas de la mañana como en horas de la tarde, y dos fueron en horas de la noche. A través de ellos constaté las diferencias que se presentan tanto en los jóvenes que permanecen en determinados espacios, sus actividades y prácticas como las distinciones entre horarios. Las tardes es el tiempo donde mayor actividad se ve reflejada en las calles y en los parques, y sus usos principales son el juego y la diversión mientras que en las mañanas suelen estar desalojados o transitados por las personas que se dirigen a sus lugares de trabajo o estudio.

De igual manera, recorrer los barrios durante la noche fue una de las experiencias más interesantes y vitales tanto para el ejercicio de investigación como en el choque de mis sensibilidades, en la medida que desnaturalizaron las cargas simbólicas que atravesaban mis imaginarios sobre estos espacios los cuales consideraba imposibles de transitar en las noches. Andrey fue el joven que estuvo siempre de guía en estos recorridos ya que conoce

bien cada uno de los rincones de los barrios, pero además es un joven reconocido en la comunidad. De igual manera, los recorridos se realizaron en un periodo donde la represión, especialmente de la limpieza social, tenía menor impacto; llevar varios años trabajando en la comunidad ayudó en tanto que era reconocido por los habitantes de los barrios quienes siempre me saludaron amablemente aunque no dejaban de sorprenderse por mi presencia. Lo que se evidencia de estos recorridos nocturnos, es que los jóvenes que están en las calles son distintos a los que permanecen en horas diurnas. Por un lado, algunos jóvenes que están en horas del día son aquellos que asumen ciertas normas de disciplina familiar, por lo tanto no se les permite salir en horas de la noche; mientras que los que pasan más tiempo en horas de la noche son aquellos que ven en la noche la oportunidad para estar en grupo en los parques y consumir drogas, pero también existe una combinación entre drogas y juego en los espacios públicos, como es el hecho de dedicar horas a jugar micro y apostar dinero. Estas prácticas se desarrollan en horas de la noche porque consideran que no son tan visibles para la comunidad. Aunque hay un grupo de jóvenes que pasan todo su tiempo en la calle y son los denominados chirretes. En estos barrios el concepto “chirrete” ha ganado aceptación social y se usa cotidianamente para referirse a los jóvenes que están todo el tiempo en la calle, especialmente consumiendo drogas y con ropa sucia; son jóvenes que abandonaron los estudios a temprana edad y se vincularon con las drogas por distintos motivos, ya sea por problemas familiares, o la búsqueda de dinero fácil, o por el hecho de probar, etc. De igual manera, se ha asociado al “chirrete” con la delincuencia y la inseguridad de los barrios, lo cual implica que la mayoría de la comunidad justifique los asesinatos realizados por la limpieza social.

Lo anterior constata lo que varios autores afirman sobre la relación entre jóvenes y espacios públicos. Como se mencionó anteriormente, los espacios públicos, especialmente la calle, son determinantes en la construcción de relaciones de sociabilidad entre los jóvenes de barrios populares (Saraví, 2004a; Saraví, 2004b; Auyero, 1992; Kessler, 2006). A contracorriente de la represión y otras formas de violencia, la mayoría de los jóvenes de los barrios que estudié mantienen alguna relación con los espacios públicos, ya que consideran que gozan de las oportunidades sociales que estos espacios les brindan, como por ejemplo, estar con sus amigos, realizar algunas actividades que les permita obtener beneficios económicos, o también realizar actividades lúdicas o deportivas. Sin embargo, es importante tener en cuenta el llamado que nos hacen los autores referenciados, respecto de que existe una apropiación diferenciada de los espacios públicos.

Esta distinción es clave, porque a través de ella es posible comprender la experiencia vivida y cotidiana que los jóvenes tienen sobre los espacios públicos, en el cual ocurren relaciones complejas y conflictos humanos que se definen desde los usos que le dan las personas. Es decir, la apropiación social de los espacios ocurre desde diferenciaciones y jerarquías que marcan y definen la forma en el que las personas interactúan en ellos, se los apropian o los niegan, siempre en busca de satisfacer sus propias necesidades, sean individuales o colectivas.

En este sentido, los jóvenes y sus prácticas en los espacios públicos dejan de entenderse como una realidad homogénea, como si todos participaran, narraran y crearan unos imaginarios sobre sus experiencias de maneras similares. Por el contrario, existen

diferencias substanciales en los usos y apropiación de los espacios públicos por parte de los jóvenes, distinción que se extiende y emerge con frecuencia en la forma como se ven a sí mismos, pero ante todo como ven a los otros. Sobre este aspecto volveremos más adelante.

Viviendo con la represión, tratando de evitarla

Para Johan, un joven de 17 años, y que ha sido expulsado por el sistema educativo, pero que además por razones de edad no es aceptado en un trabajo, la calle se ha convertido en uno de los lugares preferidos porque allí encuentra un lugar de socialización que se acomoda a sus gustos y necesidades. Jugar micro es uno de los pasatiempos favoritos de Johan. En la calle se encuentra con los “parceros” y juegan toda la tarde y hasta bien entrada la noche. Cada partido, me explica Johan, es a cinco goles y el equipo que pierde está obligado a pagar “dos lucas” (2 mil pesos). Cuenta que no le gusta estar en la casa porque no tiene nada para hacer y se aburre, pero que en la calle puede jugar y pasar el tiempo.



Ilustración 8 Jóvenes del barrio Brisas. Fuente: Víctor Sastoque

Esta no es solo la realidad de Johan, sino que es una constante en muchos jóvenes. Pasar el tiempo en la calle o en los parques es aceptado por ellos como un signo de vitalidad y de reconocimiento entre pares. Vivir la calle se relaciona con la posibilidad que existe de los encuentros y las actividades que allí se realizan. El juego tiene un lugar central al respecto, lo cual refuerza el argumento de Hernández (2013) quien identifica que en los “barrios

populares, el espacio público y la zona de juego son sinónimos (p. 162)” siendo las calles y los parques las principales zonas usadas para este propósito. La calle es su segundo hogar, reafirma Hernández. Sin embargo, para algunos jóvenes la calle termina siendo su primer hogar; para ellos: “mi familia está en la calle, son mis amigos y ‘parceros’ (Haldo, 17 años. Alameda.)”.

De acuerdo con el análisis que nos presenta Hernández, este apego a los espacios públicos por parte de los jóvenes se debe a que allí gozan de las oportunidades sociales que espacios como la casa no les ofrece (socializar con los amigos, el juego, la rumba, actividades económicas). Si bien este es un elemento crucial, también es importante resaltar que jugar frente a las fachadas de las casas es uno de los rasgos más significativos del uso de los espacios públicos. “Otros salen por allá, a jugar en la cuadra, sí, porque ya saben que están dentro de su mismo barrio, dentro de su misma cuadra y tienen como más protección en su cuadra que digamos en un lugar ajeno”. De esta manera relata Jeffrey el hecho de permanecer en sus propias cuadras. Este factor se entiende, como se infiere del relato de este joven, como el resultado de las dinámicas de violencia que se tejen cotidianamente en los barrios; constituye un mecanismo de protección por parte de las familias sobre sus hijos. Sin embargo, es un mecanismo que se aplica con mayor rigor a los jóvenes de menor edad, es decir, se establece una clara apropiación y uso de los espacios públicos que por los problemas de la violencia se definen desde una concepción etaria, que a la vez juega como una distinción. Es decir, los más chicos permanecen bajo la vigilancia de algún familiar mientras que los de mayor edad pueden ir a los parques o incluso a los otros barrios. Este tipo de protección obedece a dos factores. El primero es proteger a los jóvenes de los

mecanismos represivos que operan en horas del día, y que se realizan a través de diferentes recorridos que realiza la policía en busca de jóvenes considerados anómalos o problemáticos; pero también en una forma de protegerse frente a las acciones de la violencia que se produce desde las pandillas y de quienes se dedican al comercio de drogas.



Ilustración 9 Grupo de jóvenes barrio Alameda. Fuente: Víctor Sastoque

Otra de las actividades cotidianas por parte de los jóvenes y que se observó en las etnografías es la de recorrer las calles; son trayectos que realizan en un ir y venir constante definido por encuentros, algunas veces programados por grupos de amigos, otras veces como posibilidad de encuentros casuales e imprevistos. De esta forma es que Lucas define su permanencia en la calle:

Pues muchas veces me la paso en la calle, pero no haciendo nada malo, solo me gusta caminar por los barrios y encontrarme con los amigos. Cuando uno se los encuentra los saluda, se sienta en las aceras a hablar de cosas, de las peladas [Mujeres], y hay veces que hasta nos metemos en una tienda y tomamos gaseosa (Lucas, 15 años. Alameda).

La conformación de grupos de jóvenes con algún grado de afinidad entre ellos es uno de los signos más representativos de los jóvenes en los espacios públicos. Sus itinerarios sociales y temporales los lleva a moverse en los parques y las calles en horarios que están entre las últimas horas del día y las primeras horas de la noche. La organización de estos grupos obedece, como expone Jeffrey, a la necesidad de defenderse de la violencia de cualquier signo. Salir solo a la calle o al parque se había convertido en uno de los principales problemas de los jóvenes, en tanto que la persecución y constantes requisas por parte de la policía, especialmente, se habían vuelto cotidianas, justificadas en señalamientos como drogadicto o pandillero. Esto se debe a que “los consumidores, la mayoría se la pasan es como solos, a ellos les gusta es pasársela solos” nos cuenta Jeffrey. Por lo tanto andar en grupos de jóvenes es una de las estrategias que han desarrollado los jóvenes para evitar ser blancos la represión.

Sin embargo, una de los aspectos que sobresale de quienes están en la calle es que tratan de justificar su permanencia, identificando lo que ellos hacen como acciones que están dentro de un orden social y moral, mientras que las prácticas de los demás jóvenes las identifican como desorientadas y moralmente negativas. Este aspecto constituye un factor clave para sobrevivir en la calle en medio de la represión y las violencias.

Limites simbólicos. ¿Estrategia para evitar la represión?

En su estudio *Segregación urbana y espacio público. Los jóvenes en enclaves de pobreza estructural* (2004a), Gonzalo Saraví expone que uno de los rasgos más significativos que emergieron de las entrevistas realizadas a los jóvenes de dos barrios del Gran Buenos Aires, fue la distinción entre nosotros y ellos; separación que se refleja en la construcción de unos límites espaciales determinados por la adscripción a los barrios, pero a su vez en distinciones al interior de los propios barrios, según el lugar de referencia desde el que se ubican los jóvenes.

Esta práctica de separación implica la construcción de lo que Lamont (2000) ha definido como límites simbólicos, los cuales actúan como mecanismos de diferenciación social entre grupos de personas con diferencias sociales –percibidas o reales- que se encuentran en condiciones de proximidad. Prohibir estar en la calle, así como prohibir establecer relaciones con los jóvenes considerados problemáticos son límites simbólicos construidos por la familias, quienes consideran inseguro que sus hijos e hijas compartan con los jóvenes que ellos consideran “joven problema” porque sienten que es a ellos a los que la policía u otros actores armados persiguen, o porque pueden ser vinculados al consumo de drogas o a las pandillas.

El problema que estos autores identifican de los límites simbólicos es que construyen desde la irreductibilidad de un discurso moral (Reguillo, 2006), que “en ocasiones implica un

juicio ético acerca de lo que es y no es deseable en la sociedad, y siempre actúa como fuente de estigmas que condicionan las prácticas de unos y otros (Saraví, 2004a: 40)”. De igual manera, los límites simbólicos no solo clasifican y separan los grupos sociales, sino que sirven como articuladores de la relación entre miedo, espacios y cuerpos sociales representados como negativos o desviados del orden social, por lo tanto justificable la represión en contra de determinados grupos sociales.

Este tipo de discursos, moral y políticamente correctos, terminan por parecerse a los discursos que los grupos de limpieza social promueven y que terminan por legitimar la eliminación de ciertas personas. Son discursos que crean cuerpos y lugares donde la represión y la violencia es aceptada bajo la idea de la preservación de un orden superior.

Sin embargo, la justificación de la represión no opera de forma homogénea, sino que existen jerarquías. De esta manera, la represión no solo se justifica desde aquellos jóvenes y sus familias que ven se identifican como moralmente superiores, sino que existe un discurso por parte de los jóvenes que han sido víctimas de la represión que la legitima y la define como viable siempre y cuando no sea contra ellos, y sea aplicada contra aquellos jóvenes que son considerados de menor categoría y estatus social, como son los casos de represión contra los jóvenes considerados “chirretes”.

En las entrevistas algunos jóvenes consideran que la represión ayuda a evitar el vandalismo y la violencia que generan los jóvenes, especialmente la que se articula con el comercio de las drogas. Sin embargo, es a través de las conversaciones espontáneas donde surgen con

mayor fuerza este tipo de justificaciones. Mientras dialogaba con Juan sobre el consumo de drogas y la relación de la policía con los jóvenes, le pregunto sobre lo que piensa sobre los motivos por los cuales la policía los persigue:

- Entonces por qué joden a los chinos
- Pues porque dan visaje o están muy “chirretes”
- Y usted qué piensa de los “chirretes”
- La verdad profe, yo si pienso que está bien que la policía les eche mano o que la limpieza los “casquen” porque se tiran el barrio. Profe, usted sabe que yo fumo, pero ni la compro acá para no dar “boleta”, pero tampoco doy “papaya” por ahí fumando. Ja, acá más de uno fuma pero lo hace a escondidas y así todo bien y sin problemas, porque esos “chirretes” además de robar y todo, son solo peleas y eso.

Del testimonio de Juan es importante resaltar lo siguiente. Consumir drogas no es considerado como un acto negativo, siempre y cuando no sea un acto público ni excesivo. Para Juan es importante lo que popularmente se denomina la “astucia popular”, es decir, la capacidad de las personas de realizar cierto tipo de prácticas que, aun aquellas sancionadas por la sociedad como moral o legalmente desviadas, le permitan obtener un beneficio sin el gasto de muchos recursos y evitando cualquier riesgo. Pero lo que en mi consideración tiene mayor relevancia, es la que justifica la represión contra el grupo de jóvenes que son definidos como “chirretes”.

Es así como los límites simbólicos también emergen desde la valoración que realizan las personas sobre el hexis corporal. Lo cual nos lleva a plantear que las categorías sobre las que se establecen los juicios de clasificación no solo se producen desde la apariencia física, sino que integran lo que Bourdieu denomina el cuerpo tratado socialmente. Entonces el tipo de ropa, los adornos, los modales, etc., “son percibidas como signo de la calidad y del valor de la persona” (Bourdieu y Saint Martín, 1975: 8).

No pues ellos se visten muy; hay unos que se visten dejaos, otros se visten con ropa ya, sí, ya, ya muy deteriorada y todo, y hay otros que pues que si se ven normal, hay gente normal como, como gente normal así que va por la calle, se ve gente así consumiendo y todo (Johan, 18 años. Brisas).

Tanto Johan como Juan coinciden en justificaciones que se producen desde los límites simbólicos. Si bien ellos pasan bastante tiempo en las calles, no se equiparan con aquellos jóvenes que ellos denominan de manera despectiva “chirretes”. Por lo tanto sus formas de vestir y la movilización de ciertos lenguajes que son identificados como de uso cotidiano de los “chirretes” como “parcero”, “severo”, “a lo bien”, entre otros son aislados de sus prácticas cotidianas y se convierten en fronteras entre ellos y nosotros. Por lo tanto, la mayoría de los jóvenes procuran no usarlas para evitar ser clasificados en la categoría de “ñero” o “chirrete” y juzgan y clasifican de “chirrete” a quien las usa.

Los límites simbólicos operan a través de la asociación entre la distinción de buenas y malas gentes y aquella que hace referencia a la dualidad entre ocupados y desocupados.

María considera este elemento clave para justificar por qué no le gusta la calle. “Solo los desocupados y los que no estudian se la pasan en la calle” advierte esta joven, y concluye diciendo que “a veces salgo a la calle, cuando me encuentro con mis amigas, pero me aburro porque no hay nada interesante para hacer y me parece mejor estar en la casa leyendo o cuidando mis perros” (María, 16. Brisas).

Los límites simbólicos operan de igual manera a través de una clara división de género. Esto se observa en la forma como son asociadas las mujeres que pasan mucho tiempo en la calle, las cuales no solo se les asocia con las drogas, la delincuencia y la violencia, sino que se les representa como “perras”, “vagabundas”, “zorras”, “cualquiera”. Esta tendencia marca lo que Delgado (2007) define como hipervisibilización de la mujer en cuanto que se “vuelve objeto de la atención ajena” (p. 239). Siguiendo a Delgado, el problema radica en que a la mujer se le ha situado en la escala más baja del sistema de jerarquías morales. De tal manera que una mujer en la calle “confirma las peores sospechas que pueden recaer sobre una mujer que ha sido visto sola, detenida en una esquina o en un portal cualquiera” (Ibíd., 225).

Lo que se observa de lo expuesto, es que si bien los límites simbólicos pueden servir de estrategia para no ser víctima de las acciones represivas, constituye a su vez una forma de crear lo que Reguillo define como el retrato hablado del enemigo interno, el cual se sustenta en rasgos que “fijan unos márgenes donde hacer caber la normalidad” (2006: 38), por lo

tanto, todo y todos aquellos que no figuren dentro de esos márgenes son señalados como una amenaza potencial con capacidad de alterar la estabilidad y el orden hegemónicos.

Entre pandillas, ollas y violencia

En horas de la tarde es recurrente ver a chicos entre 10 a 20 años dando vueltas por las calles de los barrios; normalmente van en grupos de tres o cuatro muchachos. Para la comunidad, estos muchachos representan un peligro ya que muchos no estudian ni trabajan y están en la calle consumiendo drogas o hacen parte de alguna “olla” o pandilla. Esta realidad ha marcado la historia de los barrios y especialmente la forma como las personas perciben los espacios públicos, especialmente la calle y los parques, y terminan por otorgar legitimidad y validez a la represión.

Juan vive en el barrio Anita, uno de los barrios de mayor influencia en el tráfico y venta de drogas, y donde la formación de pandillas juveniles ha tenido una expansión durante los últimos años. Vive con la mamá y un hermano menor. En el colegio donde estudió se le identificaba como uno de los líderes del expendio de drogas. Sin embargo, él siempre negó estar involucrado en este negocio, pero conoce a profundidad como funciona esta práctica. Las personas que están a cargo de los expendios de drogas, afirma Juan, aprovechan que hay muchos jóvenes desocupados dando vueltas por las calles y les ofrecen dinero para vincularlos con el microtráfico. Las funciones que les asignan son variadas. Algunos jóvenes son encargados de la venta:

Venden; eso es así: una bicha⁸ vale dos mil, ellos por cada bicha, una bicha vale dos mil pesos pero ellos le ganan quinientos por cada una que se venda; el moño⁹ vale dos mil quinientos y le ganan quinientos por cada uno que se venda (Juan, 16 años. Anita).

Normalmente la venta se da en las calles, especialmente en las esquinas, las cuales se convierten en un referente para que sean reconocidos por los compradores. Es decir, la venta de drogas no se da exclusivamente a través de un espacio cerrado, sino que está expuesto a la vista de la comunidad. En la entrevista realizada a Jeffrey, un joven que ha vivido en el barrio desde que nació, ya que sus padres y abuelos han vivido en este sector desde antes que empezará la migración poblacional hacia allí, los jóvenes que trabajan con las “ollas” han optado por pararse en las esquinas de las calles a vender las drogas; cuando los jóvenes pasan, recuerda Jeffrey, ellos les ofrecen la mercancía sin ningún tipo de reparos, lo cual implica que también sea practicada en horas del día, especialmente en horas de la tarde, por lo que tener acceso a las drogas es una situación sencilla.

Entonces ahora es más fácil conseguirla, que un muchacho salga a la esquina y, y no hay necesidad de que tu empieces a preguntar quién me vende sino el hecho de usted llegar a una esquina usted ya le están preguntando qué busca que, que, qué quiere consumir. Si, o uno puede ir pasando por una calle y por el hecho que uno se detenga en una esquina y ya llegan a preguntarle que qué busca que qué quiere consumir (Jeffrey, 15 años. Brisas)

⁸ Bicha hace referencia a una papeleta de basuco, es decir, un tipo de droga que se extrae los residuos de cocaína y procesada con ácido sulfúrico y queroseno. En ocasiones suele mezclarse con cloroformo, éter o carbonato de potasio, entre otras cosas. El basuco es el equivalente a crack que se vende en los Estados Unidos.

⁹ El moño es la dosis personal de marihuana

Para la comunidad, quien conoce bien este tipo de prácticas ilegales, la reproducción y e que estas prácticas hayan ganado terreno tiene que ver con la pasividad con la que actúa la policía al respecto. Si bien se han interpuesto muchas quejas, como afirma un habitante del barrio Alameda, no se han visto signos positivos porque la policía no ha ejercido sus funciones. Lo que se reconoce y se ha hecho evidente en cuanto a la vinculación de los ciertos jóvenes al comercio de drogas es que puede generar ganancias. En este sentido, el dinero sirve como puente y estrategia de vinculación de los jóvenes. Juan afirma que es un buen negocio para un joven que nunca ha tenido plata, porque como por “cada “bicha” le pagan \$500 y en un día puede vender entre 50 a 100 “bichas”, entonces ven que es severo negocio y pueden comprarsen las “pintas”¹⁰ que quieran”. Es decir, el dinero se convierte en una herramienta de seducción que les permite a los jóvenes pensar y optar por acceder a una serie de productos que se promocionan desde el mercado y que no sería posible obtener de otra manera, en cuanto que sus familias no poseen los recursos.

Otros jóvenes son usados para contactar compradores y llevarlos hasta las ollas, o contactar nuevos expendedores. De igual manera, usan a los jóvenes de menor edad para que asuman la función de vigilancia en puestos estratégicos distribuidos en las calles. A estos jóvenes los llaman “los campaneros”. Específicamente deben identificar los movimientos de la policía y de jóvenes pertenecientes a otras “ollas” o personas desconocidas.

¹⁰ Esta es la palabra con la que los jóvenes definen la ropa. La ropa es un símbolo de distinción en la medida que entre más ropa se tenga y de ciertas marcas valoradas como originales les da un estatus entre pares. De igual manera sucede con las zapatillas. Los jóvenes siempre buscan acceder a zapatillas de marcas como nike y adidas, ya que consideran que eso los distingue de los que no las tienen, y les da un poder de superioridad social.

Tanto Juan como Andrey explican que este tipo de prácticas son, ante todo, una opción de vida para los jóvenes que son excluidos por el sistema, especialmente por el Estado. Al respecto Andrey afirma:

Entonces, eh, como por lo mismo, como no hay tantas, no hay tantas que, no hay tantas ayudas, no hay tantos beneficios para los jóvenes, entonces les toca eso porque saben que al vender eso les da plata, entonces por eso, como no hubo otra opción entonces se dedican a la venta de, de drogas (Andrey, 17, Alameda)

Sin embargo, no es una exclusión del todo acertada como la entienden Juan y Andrey, en cuanto que muchos de estos jóvenes asisten a colegios públicos. Sin embargo, lo que carecen son de oportunidades tanto laborales como de formación profesional. Pero si observamos el argumento de estos jóvenes desde posturas más radicales de otros jóvenes, podemos afirmar que no es posible establecer una relación de causalidad entre abandono estatal y comercio de drogas o delincuencia. Estos argumentos radicales ubican el problema en la dimensión exclusiva del individuo, en cuanto que es el propio individuo que decide qué hacer con su existencia. De esta manera lo argumenta Juan:

Pues yo creo que como la de cualquier otro, uno, yo siempre he dicho que, que uno aprende lo que, si, que uno coge las mañas que uno quiera; uno no es que por influencia; entonces digamos como, cómo le digo, o sea, acá las cosas se hacen porque usted quiere, eso de que acá lo obligan, eso por acá casi no se ve, acá casi a nadie lo

obligan a hacer las cosas; cada quien es, toma sus propias decisiones (Juan, 16 años.
Anita)

Otra de las particularidades que emergen de las prácticas de los jóvenes en las calles, es la relación que se teje entre violencia y el comercio de las drogas. Muchas de las peleas que se pactan entre los jóvenes ni siquiera están definidas por discrepancias y conflictos entre las partes, sino que obedecen a los mecanismos de control social y territorial que crean las denominadas “ollas”. Muchos de los jóvenes, sean hombres o mujeres, que han sido cooptados por este tipo de actividades ilegales se ven obligados a buscarle el “pistazo” a aquellos jóvenes que se niegan a consumir drogas. El testimonio de Laura, es esclarecedor al respecto:

No, profe, aquí muchas de las peleas de las peladas y de los chinos no, no, ni siquiera se dan porque se caigan mal, sino porque a muchos de esos chinos que trabajan con los duros de las ollas los mandan a que casquen a los chinos que no quieren consumir
(Laura, 18 años. Almendros).

La singularidad de este tipo de violencias implica que si un joven decide no aceptar el “pistazo”, de igual manera es agredido ya que la orden es la de golpear a quien decide no entrar en el mundo de las drogas.

Ahora bien, si observamos los estudios realizados en el Gran Buenos Aires por Gonzalo Saraví (2004a, 2004b, 2006), Javier Auyero (2004) y Gabriel Kessler (2006), ellos

identifican estas problemáticas y proponen entenderlas en el marco de una “cultura de la calle”. La “cultura de la calle” está “definida por un conjunto específico de normas y valores, prácticas y comportamientos (Saraví, 2004a: 41)”, por medio de las cuales los jóvenes encuentran y recrean un nuevo sistema de estatus y valores, que funcionan como “un mecanismo de defensa y repliegue para los jóvenes: algunos de ellos encuentran en la cultura de la calle una fuente de prestigio, autoestima e identidad; otros, simplemente una ventana de escape a una realidad de exclusión (Ibid: 43).

La cultura de la calle está atravesada por lo que Anderson (1999) ha definido como “código de la calle”, es decir, la configuración de ciertas normas informales que atraviesan y definen la sociabilidad y que responden a los desafíos que se presentan en la calle. Así lo define Haldo.

- La calle es como un colegio que le enseña a uno como sobrevivir en un mundo así como en el que vivimos ahora.
- ¿Y será que me puede explicar cómo es el mundo en el que vivimos?
- Pues nada, ratas que le roban a los pobres y; y cada vez hay más viciosos y más ratas como mejor dicho es como Gomorra, el que no es malo no es nadie porque se la montan
- ¿Y por qué crees usted que el mundo es así?
- Um, porque nadie entiende a nadie y nunca aprendemos a entender las ideas del otro (Haldo, 16 años. Brisas).

Para Anderson, el código de la calle provee de legitimidad a la violencia, ya que esta se entiende como un medio para sobrevivir. “Uno aprende a menudo el valor de tener un ‘nombre’, una reputación de estar dispuestos y ser capaces de pelear. Erigir tal reputación es ganar respeto entre los pares” (p. 67), explica Anderson.

Dentro de las violencias que podemos definir que responden a esa serie de reglas informales que rigen el comportamiento público interpersonal se encuentran aquellas que los jóvenes llaman cotidianamente el “pistazo”. El “pistazo” hace referencia a la resolución de algún problema o desavenencia a través de la pelea. Para que este tipo de prácticas se materialicen algún joven tiene que sentir que existe una diferencia irreconciliable con alguno de sus pares, sea esta real o imaginaria. “Me miró mal”, “por lámpara”, “para probar finura” “me escanio” son algunas formas de nombrar las diferencias que estimulan a los jóvenes a buscar el “pistazo”.

Podemos afirmar que el “pistazo” es un duelo que ha sido incorporado en los jóvenes que buscan el respeto de sus pares. Luego de que una persona se siente “ofendida” busca la contraparte y le dice, de manera literal, “me va dar el “pistazo”, lo cual es entendido como entablar una pelea. A pesar de la violencia de este tipo de prácticas, existen unos códigos de respeto entre las partes en conflicto, tanto así que si el joven que ha sido retado acepta, entre las partes deciden las reglas, el espacio y el tiempo en el que se realizará. Tras llegar a una serie de acuerdos, cada una de los jóvenes implicados empieza un proceso de socialización de la pelea; socialización que implica a su vez una invitación, por lo que este tipo de prácticas son producidas, reproducidas y aceptadas por la mayoría de los jóvenes,

los cuales toman partido por una de las partes, observan, y entran en una serie de histeria colectiva mientras la pelea se desarrolla. Este tipo de actividades normalmente se realizan luego de las jornadas de estudio, y si bien, alguno de los participantes no estudia, igual llegar a la cita es signo de valentía y honor. En este tipo de prácticas, asociadas a los códigos de la calle, no existen distinciones en términos de género, ya que mujeres y hombres las aceptan y practican, sea como observadores o como contrincantes.

Muchas veces las peleas eran realizadas especialmente en horas de la noche, sin embargo, el cambio de horario se debe a la existencia de los recorridos que suelen realizar las caravanas de la limpieza social; de igual manera, la represión hace que muchos jóvenes no salgan a la calle ni a los parques en las noches por lo tanto, al no existir quien observe ni avive las peleas hace que los jóvenes sientan que no se ganan el respeto de sus pares.

Una de las características expuestas por Anderson sobre los códigos de la calle es que establecen una distinción entre gentes de la calle y gentes decentes. Sin embargo, aceptar u ofrecer el “pistazo” hace que estas distinciones se diluyan, en tanto que está por encima el respeto, el honor de la persona. Muchos de los jóvenes que se consideran a sí mismos como buenas personas y definen a aquellos que se la pasan buscando peleas como vagos y callejeros, cuando se ven involucrados en una situación en la cual se le pide el “pistazo” terminan aceptando el reto, ya que si no lo hacen saben que existen una serie de sanciones morales y físicas que les recuerdan el lugar que ocupan en el sistema social. Las sanciones físicas hacen referencia a que son golpeados por el grupo de amigos de quien ofreció el “pistazo”, mientras que las sanciones morales pasan por socializar la negativa de pelear, por

lo tanto es visto como cobarde, miedoso y se le representa con categorías machistas y que terminan agrediendo la orientación sexual del joven, al decirle, “señorita”, “severa flor”, “usted es un cagao”, “severa nena”, etc.

Este tipo de actitudes colectivas se pueden leer desde la categoría “códigos de la calle” elaborada por Anderson, ya que buscan defender la integridad física y su permanencia en los espacios públicos como un derecho, aunque muchas de sus prácticas sean una reproducción de la violencia. La pelea en las noches entre grupos de jóvenes tiene la particularidad que se escala y gana intensidad en cuanto se establecen diferencias por cuestiones territoriales, es decir, por la pertenencia y adscripción a un determinado barrio. Sin embargo, la limpieza social ha tenido un fuerte impacto en este tipo de prácticas colectivas. Durante los últimos meses muchos jóvenes han sido amenazados de muerte si persisten en la pelea callejera y si se mantienen en los grupos. Tanto así que uno de estas pandillas que me permitió conocer sus particularidades internas, fue disuelta por quienes la lideraban porque fueron amenazados de muerte por personas anónimas. Esta pandilla, en el relato de sus líderes, se creó como una forma de protección ante la violencia de la policía y la violencia ejercida por las pandillas organizadas por las “ollas”.

Lo expuesto hasta aquí, nos lleva a la reflexión sobre la importancia de los jóvenes a establecer nuevas formas de estar en los espacios públicos. Como la represión ha creado cuerpos y definido espacios susceptibles de su accionar, eso ha movilizado en un buen grupo de jóvenes unas prácticas y unos imaginarios que buscan establecer distinciones y diferenciaciones entre ellos y los que son considerados objeto de la represión. Al atentar

contra la integridad física, psicológica y moral de las personas, y muchas veces al ser un acto que niega el derecho a la vida, el miedo a ser victimizado genera actitudes y prácticas que buscan distinguirse de quienes son considerados potenciales víctimas de la represión.

Un aspecto que se desprende de las prácticas de violencia asociadas tanto al comercio de drogas como a la violencia de las pandillas es que producen miedo, temor y sentimientos de inseguridad; por lo tanto, los miedos de los jóvenes y de las familias a estar y usar los espacios públicos se multiplican. De igual manera, los jóvenes a quienes buena parte de la comunidad asocia con estas prácticas no solo son víctimas de la represión sino que se constituyen en potenciales victimarios, lo cual termina siendo el factor que determina la legitimidad que adquieren las prácticas represivas, especialmente las de la limpieza social.

CAPÍTULO III

LA POTENCIA DEL HIP HOP: ESTRATEGIAS DEL APROPIACIÓN DEL ESPACIO PÚBLICO Y NEGACIÓN DE LAS VIOLENCIAS

El hip hop colombiano se desenvuelve, igual que otras culturas juveniles musicales, en medio de la incesante atmosfera autoritaria y de guerra que envuelve al país y que por estos días se intensifica

Garcés, Á. (2005). Nos-otros los jóvenes. Polisemias de las culturas y los territorios musicales en Medellín. Medellín: Sello Editorial Universidad de Medellín

Uno de los principales problemas a los que se han visto enfrentados los jóvenes que se adscriben a lo que se ha llamado la cultura del hip hop es la estigmatización, persecución y criminalización de sus prácticas artísticas y sociales. Los referentes historiográficos sostienen que la irrupción del hip hop en la escena nacional se dio a partir de la década de los años ochenta y se ubicó especialmente en barrios periféricos y deprimidos de las principales ciudades del país. Los problemas presentados en estos barrios como son los altos índices de pobreza y exclusión socioeconómica, al igual que la irrupción del narcotráfico fueron referentes para establecer una conexión, desde esferas institucionales, entre jóvenes, consumo de drogas, violencia y hip hop (Sepúlveda, 2014; Garcés, 2005; Garcés, 2008; Garcés, 2011; Marín & Muñoz, 2002).

Este problema es recurrente en los estudios sobre la juventud, especialmente aquellos que se han centrado en los vínculos con la delincuencia y el delito. Vivir en condiciones de acumulación de desventajas y donde la brecha entre consumo de drogas y violencia se cierra de manera dramática tiene como consecuencia la posible exclusión de los lazos de afiliación tradicionales. Así, cada una de las acciones representativas de la cultura del hip hop y sus portadores –lugares, cuerpos y estéticas- han cargado con el lastre histórico de ser reconocidos e identificados, de maneras despectivas, como promotores y portadores de los

problemas que agobian a las comunidades de los barrios populares (Sepúlveda, 2014; Garcés, 2005; Garcés, 2008; Garcés, 2011; Marín & Muñoz, 2002).

Estas formas de representación social de los procesos sociales y artísticos propios del hip hop han significado para un buen número de personas el repliegue de los espacios ocupados por los jóvenes hopper¹¹ y la prohibición por parte de un grupo de familias a sus hijos a establecer relaciones de amistad y sociabilidad con ellos. Las charlas con algunos jóvenes que no comparten las prácticas de los hopper tienden a afirmar que al interior de sus familias existe la creencia de que las manifestaciones asociadas al hip hop son representaciones de violencia y drogas, siendo una manifestación evidente que sus padres tracen una frontera que separe y resguarde a sus hijos de quienes son considerados los portadores de muchos de los problemas de la comunidad. Sin embargo, el mayor peligro consiste en la victimización de los jóvenes adscritos al hip hop, producto de la persecución y asedio por parte de los actores armados, especialmente de la policía y los grupos de limpieza social, así como la legitimidad que cobran estas acciones por una parte de la población, quienes ven en ellas la medida capaz de “limpiar” los barrios de los “indeseables”.

En medio de este panorama, se abre paso una propuesta social propia de un grupo de jóvenes que ha logrado irrumpir en los espacios barriales mediante la vinculación de la

¹¹Según Garcés (2011), el hopper hace referencia a todo “hombre o mujer artista con alto desempeño en uno de los cuatro elementos del hip hop (Mc, break, dj, grafiti). Participa desde los actos creativos, organizativos y de gestión de la cultura del hip hop (p. 116)”. Sin embargo, la elaboración de esta categoría desde los jóvenes que se dedican a estas prácticas desborda la comprensión artística ya que consideran al hopper como una persona con un fuerte compromiso social, consciente y crítico de su realidad y con capacidad de transformarla en cada una de sus acciones. El joven hopper, por lo tanto, es consecuente entre discurso y acción.

cultura del hip hop y la movilización de referentes centrados en la promoción de la noviolencia. La búsqueda de una apropiación de los espacios públicos en medio de las violencias, la represión y los estigmas sociales, se define como la posibilidad de resignificar las prácticas sociales de los barrios y ganarle terreno a la violencia en sus distintas manifestaciones. Los parques, las calles, las esquinas, etc., se han convertido en los lugares representativos en las acciones que buscan hacer de los espacios públicos los lugares donde las diferencias puedan encontrarse, dialogar y construir nuevas formas de sociabilidad y de reconocimiento, y donde las personas puedan acceder sin la constante vigilancia armada o familiar que controla y define actitudes y comportamientos sociales. Pero también como afirmación de que la afiliación no se da solo y exclusivamente desde canales tradicionales (escuela, mercado laboral, etc.); tampoco como una negación de esta, sino como el diálogo entre distintas formas de afiliación que no son excluyentes entre sí. Por lo tanto, lo que se argumenta es que la apropiación del espacio público sigue siendo un eje vital en las relaciones sociales y de sociabilidad. Aun cuando la represión tiene un fuerte impacto en la vida de los jóvenes vinculados al hip hop, no ha tenido la fuerza para destruir la capacidad que tienen los espacios públicos como un lugar de privilegio en la construcción de su red de relaciones y de sus identidades, así como en la construcción de nuevas formas de sociabilidad con otros actores sociales.

Este proceso adelantado por jóvenes hopper no está exento de dificultades. Por el contrario, la construcción de alternativas a la violencia desde la noviolencia y por jóvenes estigmatizados ha generado reacciones en la comunidad y por parte de los actores armados, especialmente de la policía, quienes amenazan constantemente a sus integrantes más

visibles, o los persiguen bajo el argumento de que las actividades que ellos realizan son escenarios para la promoción del consumo de drogas y el delito. De igual manera, aquellos jóvenes vinculados con las redes del comercio de drogas o con el consumo, no visualizan en estas acciones una opción de vida. Si bien ellos reconocen en el hip hop una forma de ver y pensar el mundo, sus acciones cada vez se acercan más a la sociedad que emerge en las críticas de los hopper.

Para ilustrar esta experiencia de noviolencia y hip hop, este capítulo aborda la relación entre jóvenes hopper, resistencia y propuesta social; relación que ha sido creada y difundida por un grupo de jóvenes cansados de vivir en medio de la persecución de la policía, del paramilitarismo y de los grupos de limpieza social, y de distintas formas de violencia que constantemente se producen y reproducen, especialmente de los grupos de pandillas con algún grado de articulación con las denominadas “ollas” de estos barrios. En este sentido, esta experiencia es una propuesta antimilitarista donde se destaca la profunda convicción de que es posible una sociedad capaz de actuar sin la necesidad de recurrir a las armas. Pero en un contexto asediado por las múltiples manifestaciones de la violencia.

En lo que respecta a la organización del documento, en primer lugar se realiza una descripción de la experiencia, dejando en evidencia que la afiliación social se da a través del cruce entre mecanismos tradicionales y alternativos, pero también como un espacio de negociación con la sociedad adulta y no como una negación de la misma. En segundo lugar, se presenta y analiza la noviolencia como el elemento central que articula todo el proceso que desarrollan estos jóvenes. En un tercer momento se discuten las dificultades y los retos

a los que se enfrenta esta experiencia, entre las cuales se resalta la fuerza que tienen los estigmas y las amenazas; la necesidad de evitar la reproducción de ciertas prácticas y discursos considerados como represivos y violentos constituye, quizás, el mayor reto.

Organizando el parche

El rap es una de las cosas más bonitas que me ha pasado en la vida

Dairo, 16 años. Brisas

Tal vez sea el año 2012 el que represente el momento más trascendental en la vida de algunos jóvenes dedicados a la promoción del hip hop en estos barrios. Las amenazas de la limpieza social que volvieron a circular en los primeros meses del año a través de panfletos pegados en los postes de conducción eléctrica o dejados en las casas de muchas familias por debajo de las puertas, donde se restringía la movilidad después de las 10 de la noche y se amenazaba de muerte a determinados sectores sociales, fue el hecho que condujo a que muchos jóvenes se replantearan frente a la violencia. Si bien en los panfletos no aparecían los nombres de ninguno de los jóvenes hopper, sabían por experiencia de años atrás, que marihuana y hip hop hacían parte de un binomio marcado por las fuerzas represivas y movilizadas por los imaginarios sociales; por lo tanto, se consideraban potenciales víctimas de la limpieza social.

Era necesario actuar, asumiendo los costos y las consecuencias de las decisiones que se tomaran, siendo primordial la defensa de la libertad de expresión y de asociación, como lo relata Jhony:

Parce, el colectivo sabe que lo más importante es, es pues nuestra libertad; si ve profe, eso no se negocia y hay que defenderla de los pillos, y pues nosotros no estamos haciendo nada malo ni ilegal, solo queremos vivir en combo porque nos gusta lo que hacemos y queremos cambiar nuestra comunidad (Jhony, 20 años. Brisas).

Jhony ha sido quien mayor esfuerzo y dedicación le ha prestado a la búsqueda de organizar los jóvenes amantes del hip hop en torno a un colectivo social. Desde las épocas de estudiante de colegio, se sumergió en el mundo del hip hop y junto con su hermano decidieron que sus vidas debían transitar estos caminos. Conocían bien el contexto de sus barrios, por lo tanto, el hip hop, especialmente el rap les interesaba porque sentían que tenía la fuerza de expresar los problemas cotidianos y abrir el escenario para que las personas de su comunidad reaccionaran al escuchar sus letras. Así lo relata Jhony:

Lo que pasa es como que el rapero tiene una cosa que lo diferencia de los demás y es que no le da miedo decir las cosas en sus canciones, si, y eso es lo interesante, no le da miedo decir las cosas en sus canciones, y las personas se dan cuenta de lo que les pasa. Cuando uno ve los viejos que escuchan lo que uno dice saben que es verdad y los más chicos, digamos, se sienten identificados con esas letras (Jhony, 20 años. Brisas).

Por lo tanto, Jhony consideró que esta nueva oleada de amenazas les permitía organizarse y luchar por la defensa de los jóvenes adscritos a la cultura del hip hop. Las calles, los parques y en general los espacios públicos son indispensables para los hopper, y permitir que la violencia se los arrebatase implica el encierro de sus prácticas a los espacios privados, lo cual es interpretado por este joven como una pérdida de la identidad. Esta representación elaborada por Jhony sobre los espacios públicos coincide con los hallazgos realizados por Ángela Garcés (2005, 2008, 2011), quien ha estudiado el mundo de hip hop en la ciudad de Medellín. Según esta autora,

la calle se constituye en el referente simbólico que nutre la condición del joven y de la identidad hopper. La calle es el entorno social del cual el hopper se apropia para vivir como representante de la cultura hip hop; inmerso en ella crea sus relaciones sociales y con ella elabora percepciones del contexto social, tomando conciencia e integrándolo a sí mismo (2005: 173).

Perder la calle y los parques es para los hopper el mecanismo de desafiliación social que mayor impacto genera en sus vidas. Para los jóvenes hopper la pérdida de la calle se convierte en el mecanismo que rompe con las posibilidades de reconocimiento y afiliación social. Como se argumentó en el segundo capítulo, la calle y los parques son considerados como el lugar de privilegio en la construcción de la red de relaciones y de sus identidades de muchos jóvenes, especialmente de los hopper. En términos generales, la calle es importante en cuanto permite la promoción de estrategias de afiliación a grupos juveniles que den identidad, pertenencia y un sentido de lucha. Por lo tanto, la afiliación se entiende

más allá de la preocupación por acceder a los canales tradicionales de movilidad social como son la escuela y el trabajo, preocupación constante en los trabajos realizados por Saraví en el Gran Buenos Aires.



Ilustración 10 Miembros del colectivo hopper. Fuente: Víctor Sastoque

Pensar la calle, los parques, las esquinas, etc., como elementos centrales de la vida cotidiana del mundo hopper en contextos donde la violencia excluye a los jóvenes de esos espacios, y donde se demarcan fronteras –reales e imaginarias- que definen los lugares de acceso y encuentro, es identificado como el factor más relevante en el ideario de los hopper. Esta idea sobre los espacios públicos contrasta con los estudios realizados por

Montserrat Sepúlveda en Guatemala. Durante tres años, este investigador social visitó la capital de este país buscando explicaciones a las distintas manifestaciones de violencia. En su trabajo etnográfico se encontró con un grupo de jóvenes quienes promovían la cultura del hip hop como el mecanismo a través del cual buscaban apartar a los jóvenes de la violencia, especialmente del pandillismo. Los hallazgos de esta investigación demuestran que la estrategia utilizada fue la de retirarse de los espacios públicos. El argumento que defienden quienes promueven esta iniciativa es que

el poder y la violencia son sostenidos por la participación y apoyo, ya sea voluntario o no, consciente o no, de la población, instituciones u organizaciones, siendo así “pilares” que sostienen las relaciones desiguales de poder y el ciclo de violencia. Para ponerle fin a la violencia, estos “pilares” deben retirarse del sistema; pues sin ellos toda estructura se derrumba (2014: 265).

Por lo tanto, lo que se promueve es la nocooperación, es decir, “el principio de dejar de participar en el sistema injusto para debilitar sus bases y, eventualmente, verlo caer (Ibid: 265)”. Ese principio de nocooperación implica retirarse de los espacios públicos porque es allí donde las violencias adquieren legitimidad y el apoyo necesario para su reproducción; por lo tanto, la promoción de estrategias culturales se deben realizar en espacios donde no sea posible la reproducción de la violencia.

Contrario a este tipo de prácticas, lo que los jóvenes del colectivo Guerreros del Arte buscan es reapropiarse de los espacios públicos, porque consideran que ausentarse de ellos es entregarlos a la violencia. Sin embargo, lograr que los jóvenes pierdan el miedo a estar en los espacios públicos donde el cruce de prácticas represivas se insinúa como portador de un orden moralizante y que amenaza con acabar con la vida no fue una tarea fácil para Jhony y sus amigos. Necesitaba de un determinado reconocimiento social que se convirtiera en apoyo y en una posible defensa frente a cualquier acto de agresión. Fue de esa manera como este joven buscó el acompañamiento de la institución educativa de la cual se graduó de bachiller. Esto por dos motivos. Primero, porque es una institución que se destaca por la defensa de los derechos humanos, lo cual era analizado por Jhony como la plataforma para la defensa de los derechos de los jóvenes a la libre asociación y a la libertad de expresión. Segundo, porque allí estudian muchos jóvenes que consideran al hip hop como la conexión



Ilustración 11 Articulación entre grupo de hip hop y colegio Eduardo Umaña Mendoza

con el mundo en tanto que expresa lo sucede en la realidad; esto fue visto como un campo fecundo para llegarle a los jóvenes y buscar comprometerlos con la necesidad de apropiación de los espacios públicos.

Esta movida estratégica realizada por este joven, rompe con la idea de que los hopper establecen una oposición entre afiliación tradicional y afiliación alternativa. En sus estudios, Garcés (2005, 2008, 2011) ha realizado intentos por reconocer que existen dos segmentos poblacionales en los jóvenes, los cuales son reconocidos según criterios de afiliación. El primer grupo estaría integrado por “jóvenes institucionalizados vinculados y determinados por la escuela, el trabajo, la religión”; mientras que el segundo segmento estaría conformado por “otros jóvenes, quizás en los márgenes o en la resistencia, desde donde inventan renovadas formas de existir (2008: 4)”. Esta idea defendida por Garcés, se sostiene en la medida que afirma que los jóvenes hopper no transitan ni se encuentran vinculados con los mecanismos de afiliación tradicional. Lo que se observa, contrario a este argumento, es que las categorías de afiliación no son rígidas, por lo que no es posible hablar de una separación radical, sino de la existencia de formas y mecanismos de afiliación que se pueden hibridar según las necesidades y el contexto. Esto implica que un joven puede a su vez narrarse como estudiante y como hopper, y moverse en las dos dimensiones sin que exista una confrontación entre ellas, dando como resultado un proceso de resignificación de los espacios desde los cuales se adscriben. De esta manera, se produce una dialéctica entre institucionalización y alternatividad, en la medida que cada forma de afiliación busca incidir en la otra, y otorgar nuevos sentidos y referentes de estar, ver y actuar en el mundo.

La búsqueda de reconocimiento institucional a través de su antiguo colegio, si bien no logró el impacto deseado, en cuanto que la propuesta no logró negociar con la rigidez de los tiempos académicos institucionales, si tuvo repercusiones en la idea de convocar a los jóvenes amantes del hip hop en la construcción de un colectivo social con cierto

reconocimiento. La favorabilidad se dio por dos razones. Primero, porque Jhony era reconocido por los hopper como un promotor de la cultura del hip hop; segundo, porque a través de la gestión con un grupo de profesores se estableció un diálogo con organizaciones que apoyan a los hopper a escala nacional e internacional, como fue el caso de Chocolate y Pan con Humildad, Raperos Apuntado Paz, Somos Pueblosy Partners of the Américas. Este tipo de resultados demostró la seriedad del proyecto y se convirtió en la motivación para que los jóvenes se organizaran. Sin embargo, la participación directa en el colectivo no fue masiva, ya que las constantes amenazas por parte de la policía, los grupos de limpieza social y de las pandillas mediaron en la decisión de muchos jóvenes; por lo cual la adscripción se dio desde los márgenes, es decir, acompañar en los eventos programados.



Ilustración 12 Hip hop al colegio. Fuente: Víctor Sastoque



Ilustración 13 Hip hop al colegio. Fuente: Víctor Sastoque

Otro elemento que se observa de la experiencia de este colectivo de jóvenes respecto de la hibridación entre formas de afiliación es la articulación que se logró con algunos colegios de la localidad. Para Jhony y sus amigos del colectivo no fue una tarea sencilla acceder a los espacios de afiliación institucional debido a las restricciones de las instancias administrativas y de algunos de los profesores de los colegios, quienes veían en los raperos, como nos contó este joven, a jóvenes “desviados”, drogadictos, vagos, delincuentes y fuera del orden social hegemónico. Sin embargo tenían a su favor que un buen grupo de jóvenes sienten una cercanía con las prácticas de los hopper.

lo principal era eso, poder ir a los colegios y llevar un mensaje de no violencia, demostrarle a los jóvenes que a través de la música se pueden hacer muchas cosas, se

puede ver la vida de una manera diferente y, y pues como incitarlos a eso de que pueden responder bien y pueden responder sin violencia. Y no me refiero solo al rap sino que a través del género que sea, tú puedes demostrar que con la música puedes lograr muchas cosas y tener un buen camino de vida y a la noviolencia (Dairo, 16 años. Brisas).

Otra característica observada en el colectivo hopper es la necesidad de articularse con la sociedad adulta. Esta búsqueda difiere de los resultados encontrados en los estudios sobre jóvenes desafiados (Saraví, 2004a, 2004b, 2006), o en jóvenes que construyen estrategias de afiliación alternativas a través de la música y las socioestéticas (Garcés 2005, 2008, 2011, Marín & Muñoz, 2002). Los resultados de estos estudios revelan que estos grupos de jóvenes están en constante pugna con la sociedad adulta y por lo tanto buscan romper relaciones y separarse de esta. Este proceso se da a través de la forma como se establecen los usos y apropiación de los espacios públicos. Al respecto Saraví observa que los jóvenes desafiados participan activamente de una cultura de la calle, que sirve como único canal para enfrentar los procesos de desafiación social. Sin embargo, la cultura de la calle termina por constituirse en una práctica hegemónica que no es compartida por el mundo adulto, pero que además construye fronteras entre aquellos que están afiliados y los que no. Por su parte, Garcés argumenta que el espacio público sirve de repliegue a los jóvenes que comparten mecanismos de afiliación alternativos de los espacios del mundo adulto, al ser considerados estos últimos como espacios institucionalizados. Según argumenta esta autora, esta tensión y separación ocurre en la medida que los espacios adultos están definidos por reglas y normas preestablecidas que regulan y definen los comportamientos y

los significados, “mientras que los espacios públicos escapan a las lógicas de regulación social, donde la mirada del adulto no llega por lo tanto no logra establecer su poder de control” (p. 7).

Las narrativas de los miembros del colectivo hopper y el trabajo etnográfico se distancian de los hallazgos tanto de Saraví como de Garcés, en cuanto que las actividades realizadas no se definen mediante la configuración de límites que separa sus actividades con las realizadas por la sociedad adulta. Tampoco busca separar a los jóvenes según sus formas de afiliación; por el contrario, lejos de querer separarse de la sociedad adulta y de otras formas de afiliación, lo que busca este grupo es conectarse con ellos y concientizar en contra de la violencia. Este horizonte es el que los lleva a crear la estrategia de Chocolate, Pan y Rap.

Más que Chocolate, Pan y Rap

Eran aproximadamente las ocho de la mañana de un viernes del mes de mayo; me encontraba en el salón de clases organizando unos talleres y programando las actividades de la siguiente semana, cuando Camilo entró a saludar. ¿Qué hace cucho?, fue lo que dijo en ese momento. Lo saludé y como ya era costumbre con él, nos dimos un abrazo. Mire cuchito que le tengo una invitación; se acuerda que qué día le conté lo de los muchachos, de eso que queremos hacer aquí en el Brisas pa’ ver si organizamos un encuentro de todos los muchachos; pues imagine que lo pensamos hacer esta noche, ya tenemos todo organizado.

- ¿Y qué tienen pensado hacer?

- Uf profe, pues vamos a montar una vaina como una especie de tarima, con todos los juguetes, si me entiende.
- ¿Y qué son todos los juguetes?
- Ja, pues profe, la de sonido pa' que el rap lo escuchen hasta en villao, y pues vamos a hacer chocolatico con pan pa' compartir con todos los que nos quieran acompañar.
- ¿Y dónde ha pensado realizar el evento?
- Profe, esa es la vuelta, lo vamos hacer en el parque de Sucre, ahí no más al lado del CAI.
- Dos cositas Camilito, por qué en ese lugar, y ya tienen el permiso de la policía.
- Pues profe, pues ahí porque ahí está la policía y queremos decirles que no nos da miedo lo que hacen, y pues porque queremos decirles las verdades sobre lo que pensamos de ellos y queremos mostrarles que nosotros no somos vagos ni somos los pillos que ellos piensan. Y lo de los permisos, pues hablamos con los policías del CAI. y no nos quisieron ayudar, y fuimos a la estación de Monte Blanco y tampoco, así que le pedimos ayuda al presidente de la Junta de Acción Comunal, y el señor dijo que nos acompañaba.



Ilustración 13 Primer encuentro de "chocolate y pan". Fuente: Camilo

A pesar de que no pude asistir a este primer evento organizado por el grupo de jóvenes hopper, los resultados no fueron del todo alentadores. De acuerdo al relato de Camilo, los organizadores empezaron a llegar a las seis de la tarde, ubicaron el sonido y empezaron a

organizar la chocolatada. La familia de Edward prestó una olla bastante grande y otra familia prestó una estufa de cocinol. Cuando ya estaba dispuesto todo para dar arranque al evento, llegó la policía solicitando el permiso, y como no lo tenían ordenaron que

desalojaran el parque. Los organizadores le dijeron a la policía que contaban con el permiso del presidente de la Junta de Acción Comunal, pero al no estar presente la orden de la policía debía ejecutarse, bien como un acto de obediencia o a través de la fuerza. Sin embargo, la actitud de los jóvenes fue desalojar el parque y terminaron realizando el evento en una de las calles del barrio Alameda, esta vez tomando como insignia simbólica el frente de la casa donde está ubicada una de las “ollas” del sector. Así cuenta este hecho Dairo:

Principalmente el primer evento lo queríamos hacer en el CAI de policía entonces pues no nos dejaron, no nos dejaron pero pues eso no fue impedimento, ese día fue que arrancamos y ese día fue que lo hicimos al lado de la “olla” y nada, y era tan, tan bonito ver que jóvenes llegaban, que familias llegaban enteras, familias con sus niños pequeños a mirar que era lo que hacía (Dairo, 16 años. Brisas).

Este primer acercamiento a la comunidad les permitió comprender a estos jóvenes que es posible construir vías alternativas de organización social, así como la búsqueda de reconocimiento distinto a los estigmas y constantes señalamientos que los vinculan con las drogas y la delincuencia. También sirvió como un espacio de construcción de solidaridad entre las personas que se acercan a apoyar los eventos.

Bueno, eh, pues en el barrio acá lo estamos haciendo, eh, muchachos del barrio, los que son artistas, digamos así raperos, eh, lo hacemos una vez al mes, sí, eh, en, pues en este año las hemos hecho en, las, los, en estos meses ahí en lo que ha sido el barrio Brisas III, eh, en, en lo que es la avenida del barrio Brisas con Alameda, eh, se hacen

ahí, eh, qué es lo que se hace, eh, si, si usted quiere apoyar digamos pues en plata pues usted nos llega pues pueden ser 200 o 1000 para comprar el pan, eh, pero si digamos también hay gente que lleva su pan o llevan 1000 de pan para, para estos muchachos, eh, entre nosotros hacemos la recolección del chocolate, de la leche, de, de digamos que, que quién presta la olla para hacer el chocolate, que quién va prestar la estufa, entonces ahí, eh, nosotros estamos haciendo la amada comunidad que es lo que todos queremos, cierto, eh, en donde apoyarnos para, para ayudar al más, al más necesitado (Camilo, 17 años. Alameda).

El aspecto que se resalta de este proceso es que el reconocimiento y la solidaridad desbordan el interés individual del grupo. Aun cuando las condiciones materiales de pobreza atraviesan la realidad y el contexto de los barrios, existe una marcada desigualdad social entre familias. Por lo tanto, fue importante planear los encuentros de Chocolate, pan y rap como el medio a través de los cuales conseguir recursos para ayudar a las familias más desprotegidas socialmente. Es así como para cada encuentro se solicita el apoyo de las personas que participan y acompañan con donaciones de alimentos no perecederos con el fin de organizar mercados y hacerlos llegar a quienes más lo necesitan. De esa forma, se operó una mutación de las dinámicas de los encuentros. Al respecto, Edward narra este proceso de la siguiente manera:

Nosotros quisimos recoger un mercado, recoger un mercado con alimentos no perecederos para las familias recicladoras de los barrios de, de acá, entonces se

recogió un buen mercado y se les entregó a las familias y eso es como lo que hemos hecho (Edward, 18 años. Brisas).

Este cambio le permitió al colectivo liderado por Jhony hacer un análisis sobre las acciones realizadas. Enfrentar la represión y las violencias, y apropiarse de los espacios públicos no es posible sin el apoyo de la comunidad. Para que esto sea posible se requiere de un cambio en la sensibilidad social, es decir, es importante abandonar la idea de que las desigualdades hacen parte de un orden natural sino que están inscritas en la red de relaciones sociales. Entonces, crear canales de ayuda mutua es un factor importante que permite establecer un diálogo distinto entre la comunidad y el colectivo hopper y otorga sentido al apoyo que se le brinda a los jóvenes vinculados con el comercio y consumo de drogas; estrategia que implica la búsqueda de alternativas de afiliación social.

Nosotros mediante esto estamos haciendo es la comunidad, que es cambiar a los jóvenes que, digamos, si usted consume drogas o si solo consume marihuana, eh, digamos, eh, que tenga un consumo mínimo de eso, que cada vez vaya bajándole un poco más, o si usted es hip hopper y usted consume marihuana nunca lo haga al frente de un joven o de un niño, sí, y pues así que la comunidad no los rechace (Camilo, 17 años. Brisas).

Esto implica un ejercicio de reconocimiento de las condiciones sociales, económicas y políticas que determinan la vida de los jóvenes y que los llevan a tomar decisiones que, en los planteamientos de los líderes de esta experiencia, atentan contra la dignidad y la vida de

ellos. Más allá de la censura, el estigma social y la reprobación de la comunidad sobre las prácticas de los jóvenes consumidores o posibles “delincuentes”, lo que se busca en crear vínculos sociales con capacidad de trasgredir la exclusión social y espacial.

Esta apuesta social está articulada con la visión que los jóvenes tienen sobre el hip hop. Las entrevistas realizadas junto con las charlas cotidianas nos permiten afirmar que el hip hop desborda la idea de movimiento cultural o artístico para constituirse en una forma de vida. Así lo demuestran los testimonios:

Esto primero que todo es un estilo de vida que uno escoge, sí, digamos como el que es matemático es porque le gustó cierto, como es como el que es conductor es porque le gustó eso, digamos, el que es doctor es porque le gustó, entonces, yo soy hip hopper porque me gustó, sí, porque es un estilo de vida que va como al barrio, para hacia el barrio, es hecho del barrio para el barrio sí, es uno de esos momentos donde usted dice, ¡uysch que chimba hacer parte de este proceso porque estoy cambiando la gente del barrio! (Andrey, 17 años. Brisas).

Bueno, entonces, eh, en mi opinión personal para mí, pues bueno, el hip hop es como, como la cultura en general, es la forma de vida de uno, es como yo actúo, como yo pienso, como yo me visto, es como, como mi forma de actuar, pensar y ver las cosas ante la sociedad, ante el mundo; eso es como el hip hop para mí, es como mi forma de vida, el rap es ya mi forma de expresión (Edward, 18 años. Brisas).

En este sentido, compartimos el argumento de Garcés (2005), para quien “cuando un joven elige el hip hop como su estilo de vida, esa elección supera el gusto y la afinidad por un género estilo musical, para convertirse en la fuerza que marca la existencia y la identidad colectiva” (p. 222), por lo tanto, los propósitos de los hopper no se banalizan en la idea de adquirir fama, dinero o estatus social que otorgue superioridad; tampoco es una estética para lucir, es ante todo una forma de “hacer crear conciencia sobre lo que pasa en el día a día, por ejemplo: violencia, guerras, el maltrato hacia la mujer, etc.” (Paula, 15 años. Alameda). Según los jóvenes, el hip hop permite desnudar al sistema social, denunciar “lo que hace el sistema para tenernos dominados” (Mariño, 19 años. Sucre) y actuar con miras a transformarlo. En este contexto adquiere sentido la observación que realiza Reguillo (2012) sobre los jóvenes, cuando afirma que las “conductas, manifestaciones y expresiones” son formas de impugnación a la sociedad. Así, las prácticas juveniles “develan y controvierten a la sociedad; señalan los conflictos no resueltos de las sociedades” (p. 20 - 22).

Respecto al hip hop como condición de vida es importante tener una mirada crítica al respecto. Pensar el hip hop como una forma de vida implica entrar en el campo de las identidades, sin embargo, éstas no son fijas ni permanentes, por el contrario, se encuentran en constante reconfiguración. Garcés analiza este problema y argumenta que las identidades “son categorías que no permanecen estáticas sino que están inscritas en la dinámica de las culturas” (2008: 4); se puede afirmar que también están inscritas en las dinámicas sociales, en tanto que las condiciones sociales tienen la capacidad de modelar las formas,

mecanismos y proyectos de adscripción de las personas. En este sentido, es posible que con los años estos jóvenes cambien las perspectivas de vida.

Ahora bien, respecto al activismo hopper, éste se entiende como el medio a través del cual los jóvenes desafían a la sociedad. Sin embargo, es importante resaltar que el concepto “desafiar” se interpreta como el mecanismo que permite afrontar y resolver las contradicciones mediante su visibilización y no como una forma de enfrentamiento de posiciones irreconciliables, ya que para este grupo de jóvenes el desafío lo ven no como una acción de negación del otro, sino desde el reconocimiento de la alteridad y, por lo tanto, desde una posición vinculante.

Si, pues yo veo en lo que hacemos, como, como una forma de desafiar la sociedad.

Pero pienso que, que sí, que desafiar es hacer visibles los problemas sociales producto de lo que hacemos y de nuestras necesidades; es como si fuera un espejo, si me hago entender; es decir, es, es poner frente a sí misma a la sociedad y develar sus propios demonios (Haldo, 16 años. Alameda)

De igual forma, el activismo hopper es la capacidad de crear y construir nuevas rutas y derroteros sociales que respondan a las necesidades de las comunidades desde la valoración de los derechos como ejes articuladores. Entre esos derroteros encontramos una vinculación con los principios y prácticas de la noviolencia.

Noviolencia como estrategia de acción

Siempre como intentando mostrar eso, de que, de que se puede manejar la noviolencia y demostrarlo a través de la música, del arte, demostrar que a través del arte se puede, se pueden lograr grandes

Edward, 18 años. Brisas

Las concepciones y prácticas de la noviolencia han adquirido relevancia, estatus y reconocimiento al interior de la cultura del hip hop. En un universo bastante amplio, son quizá los colectivos y grupos organizados de hopper quienes le apuestan a la movilización de los principios que articulan esta propuesta. Sin embargo, existe un vacío académico e investigativo que permita una comprensión crítica y compleja de las múltiples formas que asume esta relación entre noviolencia y hip hop. A pesar de ello, los principales trabajos se han realizado en espacios de acumulación de desventajas, por lo que la violencia es una de las estrategias más visibles de la que se valen distintos actores para imponerse y lograr ciertos grados de reconocimiento y respeto (Valenzuela, 1997; Marín & Muñoz, 2002; Garcés, 2005; Garcés, 2008; Garcés, 2011; Sepúlveda, 2014).

Por el contrario, los colectivos hopper que se adhieren y usan las categorías de la noviolencia, buscan, precisamente, establecer nuevas rutas de reconocimiento y de acción colectiva; estas propuestas son ante todo, propuestas antimilitaristas, en la medida que establecen una frontera con cualquier forma de acción que implique el uso de las armas y

de la violencia, de tal forma que la noviolencia puede ser entendida como una teoría ético-política (López, 2004; Useche Aldana, 2003). De tal forma, es antimilitarista no solamente porque está en contra del uso de las armas y promueve un ideario que moviliza la idea del desarme universal; significa entender y comprender que la resolución de los problemas y conflictos pueden realizarse desde esferas distintas al uso de las armas, de la violencia y del uso de la fuerza, sin importar de donde proceda. En este sentido, entonces, la noviolencia es una acción capaz de movilizar procesos de transformación mediante una serie de “mandatos, exigencias y obligaciones por las cuales conducimos nuestros comportamientos, nuestro proceder cotidiano” (López, 2004). Es bajo esta premisa de la noviolencia que se asume el colectivo hopper.

Uno de los principios fundamentales de lo que es esta cultura, como, como cada país tiene sus leyes, nosotros como hip hopper también tenemos 12 leyes que nos hacen, eh; 18 leyes o 18 principios que nos hacen, nos hacen ser mejores personas como es la, la qué, la, declaración del paz del hip hop que tiene sus 18 principios, entre esas nunca, nunca criticar a las personas y siempre hacer lo mejor para cambiar el barrio; ese es uno de los principios, ese es el que nos apegamos a nosotros en cambiar la sociedad, en que si tú vas a un lado y vistes ancho y escuchas rap que te digan ¡uy no, ese no es un vicioso sino ese es un amigo que quiso ayudar al barrio. Entonces, eso es lo que nosotros queremos y por eso nuestras 18 leyes (Camilo, 17 años. Brisas).

Al expresar que la noviolencia es una teoría ético-política hacemos referencia a que a través de ella se pueden realizar profundos cambios en los sistemas de poder (económicos,

políticos, sociales) mediante la movilización y acción de estrategias pacifistas. Pero para que las transformaciones puedan ser realizadas debe existir una relación entre, de acuerdo con López, “una ética basada en fundamentos morales muy fuertes y universales con una ética que tenga en cuenta las consecuencias y responsabilidades de nuestras acciones y omisiones” (Ibid).

Ahora bien, los referentes simbólicos, discursivos y prácticos de este grupo de jóvenes hopper están ligados y se han nutrido de diversos discursos que circulan en una escala global pero que son articulados y movilizados según las condiciones locales.

- Pues nosotros estamos trabajando con lo que es el hip hop y la no violencia kingdiana, que es lo que estamos haciendo con otros muchachos y con un señor que se llama Thomas Lyon que está camellando con muchachos de los barrios del Sucre, de Yomasa, de Alfonso López, del mismo Betania, del Almirante, de Marichuela, entonces, eh, él está abarcando todos esos barrios para eso, para cambiar a la sociedad y que tengan un mejor futuro.
- ¿Y qué es la, la filosofía kingdiana cierto?
- Bueno, eh, la noviolencia kingdiana y la reconciliación de conflictos es como un proceso, es un, es una filosofía, como bien la pregunta, es del doctor Martín Luther King, cierto, de cómo podemos evitar la violencia, entonces no es tanto cómo podemos evitar la violencia sino cómo podemos hacer la noviolencia, cierto, porque si es, si es bien, la noviolencia tiene sus dos significados como es la noviolencia positiva y la noviolencia negativa; la noviolencia negativa es lo contrario a la violencia, es no hacer violencia, pero la noviolencia positiva es

donde tú tienes que hacer la comunidad, como lo es el hip hop, cierto, como, como lo es, eh, hacer sus, sus, manifestaciones pacíficas en donde eh, es hablar sobre la sociedad en un cambio positivo en donde se debe tener claro sus ideales, en tener sus principios acordes; entonces nosotros, yo soy tallerista no violento, entonces, eh, yo, eh, nosotros tuvimos la, el orgullo de conocer a Bernet Laffayette, uno de los, de los más grandes de Martín Luther King en los tiempos de, de la segregación en Estados Unidos, y pues nosotros nos estamos basado en la filosofía de King, de Martín Luther King; él no sólo tuvo su, su pensamiento sobre la no violencia, él también, eh, eh sacó temáticas de los que fue Mahatma Gandhi, leyó sus 7 libros, sus primeros 7 libros sobre la no violencia, también investigó sobre Marx, uno, un, un, ¿él era político, cierto, si no estoy mal?; él leyó sobre Marx y su, y su, y su filosofía (Camilo, 17 años. Brisas).

La pregunta que surge de la necesidad de movilizar la no violencia es ¿Cuáles son los motivos o razones que llevaron a un grupo de jóvenes a establecer una práctica desde estos referentes? Baste una respuesta breve. “Estamos cansados de tanta violencia y maldad”. Y no es solo una violencia que es vivida a través de constantes persecuciones y la criminalización de sus prácticas, o ser presionados, amenazados y perseguidos por los traficantes de drogas, sino que está atravesada por episodios trágicos que marcaron la vida de la mayoría de estos jóvenes. Los recurrentes asesinatos de amigos y familiares los llevó a repensar las dinámicas de su contexto. Las prácticas de retaliación, tan comunes en este tipo de contextos, son formas a través de las cuales las violencias se diversifican y comprometen la vida e integridad de las personas, por lo tanto se hace necesario pararlas. Y para que ello suceda se debe empezar por dejar de movilizar cualquier forma de violencia.

El proceso de articulación entre noviolencia y hip hop se establece, según lo afirma Edward, uno de los jóvenes del colectivo, a través de referentes compartido entre ellos. Por un lado, tanto la noviolencia como el hip hop parten del reconocimiento de la existencia de las profundas desigualdades que atraviesan nuestras sociedades; desigualdades que se sostienen mediante distintos de violencia, sea esta armada, estructural, simbólica, etc. Los dos son formas de denuncia social. Por otro lado, son estrategias de movilización y acción transformadoras sin que se comprometa la integridad, en ninguna de sus dimensiones, de las personas.

Que hace la noviolencia, pues, eh, el cambio sin hacerle daño a las personas; y qué hacemos los hopper, lo mismo, si, nosotros buscamos el cambio demostrando lo que pasa pero proponiendo soluciones. Eso es (Edward, 18 años. Brisas).

Es quizá la canción Mundo Perverso, quien mejor retrata el pensamiento crítico y la acción creadora de Guerreros del Arte:

Un mundo donde el perdón ya no vale nada porque para vivir en paz primero está la venganza, donde el interés vale más que la amistad y tu mejor amigo en tu espalda clava el puñal, donde la tecnología nos controla como idiotas y la adicción en nuestros ojos se nos nota, donde a un celador lo desprecian por el piso porque saben que su estudio solamente llegó a quinto, donde saben que a la juventud le da pereza ir a estudiar y prefieren quedarse en la inmunda mediocridad, donde unos padres quieren

que su hijo sea el mejor pero pistolas de juguetes le compran por diversión, donde el indigente es mucho más decente que un fucking gobernador que al hablar no se le entiende y donde el gobierno ve al rapero como malo porque sabe que es el único con la verdad

Bueno flaco pero por qué pasa todo esto

Mira layer, esto es muy sencillo, porque el mundo, el mundo es perverso brother

El mundo es perverso man

Si, es así

No, escucha, escucha

Y el perverso no es el mundo tan solo eso es una excusa para no aceptar que nos domina la lujuria, preferimos echar culpa y señalar con el dedo por lo agachar la cabeza y tragarnos nuestro ego, nos falta algo de conciencia para hacer un mundo mejor más cuando el sexo reemplaza lo que hacia el amor, es injusto ver cómo le quitan la vida a un hombre solo por robarle un reloj solo de cobre, niños que a los doce años les gusta tomar, fumar y luego están luchando contra el cáncer para su vida salvar, porque la vida te enseña a ganar o a perder porque todo lo que quieras quizás no puedas tener, todas son historias frias que nos llevan a pensar que perverso no es el mundo, perversa es la humanidad, si seguimos como vamos lo que va acontecer es que aumentarán las guerras y vamos a padeceeeerrrr.

En conclusión, perverso no es el mundo, perverso somos nosotros, los seres humanos man.

Dificultades y retos

Para muchos soy un terrorista y la verdad es que del Rap soy un activista.

Andrey, 17 años. Brisas

El rap hace mover la mente.

Edward, 18 años. Brisas

Vivir en una sociedad donde no solo el conflicto armado estructura la vida de las personas, sino donde la existencia de múltiples formas de discriminación, exclusión y violencia, sea por cuestiones raciales, étnicas, de género, pobreza, etc., es una de las mayores dificultades cuando las personas se proponen realizar cambios profundos en las prácticas e imaginarios sociales. Es mayoritaria la percepción en la comunidad de que los hopper son violentos y drogadictos. Esta representación de los hopper ha sido uno de los principales problemas que ha enfrentado Jhony y sus amigos en el momento de llegar a la comunidad con su propuesta de hip hop y no violencia. Pero no representa la única dificultad. Quizá la principal sea lograr ser consecuentes con los principios de la no violencia que orientan sus propósitos. Es decir, no basta con promover y adherirse a unos discursos si no se actúa conforme a ellos, y si muchas de sus prácticas y discursos terminan por legitimar y reproducir las violencias y la represión o por crear guetos promovidos por una clasificación y jerarquización social que anula la diferencia y la representa en lo más bajo de la escala social.

Nosotros ni somos drogadictos ni somos violentos

Para nadie es una mentira que uno de los problemas de mayor relevancia en estos barrios es la vinculación de jóvenes a las redes de comercio y consumo de drogas. Pero tampoco se puede ocultar que el hip hop, especialmente el rap, tiene un lugar de privilegio en estos jóvenes. La etnografía puso en evidencia este aspecto. En horas de la tarde o en las noches es común ver a los jóvenes que consumen drogas en los parques o recorriendo las calles; lo singular de estas prácticas es que ellos suelen usar unos bafles a través de los cuales siempre escuchan rap. Al igual que cualquier hopper, ellos establecen una conexión de identidad con el hip hop, porque ven en sus letras el reflejo de la sociedad en la que viven, y sienten que las líricas de las canciones expresan lo que a ellos les sucede. Sin embargo, el problema que identifican los hopper que le apuestan al cambio social, es que las personas no establecen una distinción entre los hopper como forma de vida y los que solo usan el hip hop para escaparse de la realidad. Por lo tanto, todo el que escucha rap, baila brake dance o se dedica al grafiti es etiquetado como drogadicto y violento. Incluso las propias familias establecen este tipo de asociaciones.

Un ejemplo claro, mi mamá es una de las que me dice, ah!, es que usted es un marihuanero porque escucha esa música, pues yo gracias a dios no tengo la necesidad digamos de, de ser un vicioso para estar e esto, eh, así la vieja chismosa diga que yo soy marihuanero, así la vieja chismosa diga que yo soy un ladrón, así diga que, que cuando yo estoy con mis parceros llama a la policía, no me importa porque estamos haciendo el cambio, sí, entonces ellas critican porque saben que sus hijos son de esos

que van a un barrio diferente a robar o van a un lado a comprar sus ollas y entonces nosotros estamos cambiando a su hijo, cierto, entonces ella, ella, esas viejas chismosas, esos viejos chismosos no ven eso, sí, porque ellos, ellos quieren tapar el sol con un dedo y no se puede (Andrey, 17 años. Brisas).

Buscar el cambio implica, como se deduce del testimonio de Andrey, la necesidad de visibilizar lo que hacen los hopper de manera distinta a la forma como han sido visibilizados históricamente. Incluso, es una forma de refutar los argumentos que sostienen que este tipo de jóvenes han sido invisibilizados (Garcés, 2005; Garcés, 2008). Las investigaciones realizadas durante las últimas décadas sobre jóvenes y exclusión han puesto al descubierto las distintas maneras como los jóvenes han entrado en las escenas académicas, institucionales y propias de las comunidades donde ellos viven. El problema radica en que se hacen visibles desde concepciones negativas, dejando de lado, la mayoría de las veces, la potencia creativa y transformadora de los jóvenes en la construcción de una sociedad más incluyente e igualitaria. En términos concretos, el primer obstáculo que deben derribar este grupo de hopper es la de los estigmas y la de los límites simbólicos que las personas han construido para nombrarse a partir de nombrar a los demás.

El ropero no hace al rapero

En los estudios sobre el hip hop, uno de los rasgos más significativos es el análisis sobre la estética como una característica que otorga identidad. Muchos de estos estudios se abordan desde la categoría de “culturas juveniles urbanas”, mediante la cual se establece un nexo

entre género musical y las socio-estéticas (Sepúlveda, 2014; Garcés, 2008; Marín & Muñoz, 2002; Valenzuela, 1997). De acuerdo con estos estudios, una de las características que otorgan identidad y definen el lugar de los hopper en la sociedad es su forma de vestir. De esta manera se ha naturalizado que para ser hopper se necesita usar una gorra plana, ropa ancha y un determinado tipo de zapatillas. De igual manera, los nuevos estudios sobre la pobreza (Saraví, 2004; Kessler, 2006; Auyero, 2013; Bourgois, 2010; Anderson, 1999; Lamont, 2000) y la sociología (Bourdieu, 2000; Bourdieu & Saint Martín, 1975) han identificado, a través de etnografías y trabajos de campo, que una de las características más representativas que se presentan en la clasificación social y en la construcción de los límites simbólicos es la asociación de las personas a través de una matriz que vincula la hexis corporal y el lugar que se le otorga en la sociedad a las personas. Para los hopper, este tipo de asociaciones son las que producen los estigmas sociales. El testimonio de Dairo ilustra este aspecto:

Una vez iba en un bus para mi casa y bueno, el bus se fue llenando poquito a poco y yo iba en mi silla y yo, y que, y entonces quedaba una sola silla, todos los puestos ya estaban ocupados, la única era la mía y entonces, bueno, se subió una viejita y sí, y ella se sentó a mi lado y llegó y dijo por qué será el único puesto vacío, entonces yo llegué y la miré y le dije, yo le dije pues por qué será, porque le ven a uno cara de ladrón solo por tener una gorra plana y vestir ancho y llegó y dijo, hay no mijo no le ponga cuidado a eso; ella, ella fue un mensaje que ella me transmitió a mí, y pues es la pura verdad, sí, si el rapper se pone a ponerle cuidado a las críticas de las personas pues eso va recibir muchas, y es que digamos eh, eh, como digo, el ropero no hace al rapero, sí,

si me entiende [risas], el ropero no hace al rapero, o sea, es una bobada decir que yo para ser rapero tengo que vestir ancho, tengo que vestir con un jean ancho, con unas zapatillas la verraquera, pues no, eso no está estigmatizado que sea así, si yo me tengo que vestir ancho para que digan allá viene el flaco, que que chimba, no no no (Dairo, 16 años. Brisas).

Entonces ¿Cuáles son los referentes que le permite a estos jóvenes adscribirse al hip hop y que desbordan los atributos de la socio-estética? Para este grupo de hopper, estar adscrito al hip hop implica establecer un compromiso social, a través del cual se denuncien las arbitrariedades y desigualdades sociales y se creen soluciones a las mismas:

el rap no es tu forma de vestir ni la música que escuchas, es tu forma de pensar, es tu forma de actuar y tu forma de expresarse; el rap no se muestra, el rapero más áspero y el verdadero rapero no se demuestra en el que, en el que mejor tenis tenga, en el que la mejor ropa tenga puesta, sino en el que aquel que con sus letras y sus actos demuestre que es un buen rapero, es pues, eso que uno le muestre a la sociedad las cosas que pasan, si, y proponer como soluciones (Edward, 18 años. Brisas)

En este sentido, este grupo de hopper se distancian de otros colectivos hopper y de la visión generalizada que desde la academia y el sentido común se promueven, en cuanto que ellos consideran que no basta con vestir de determinadas formas, o con hacer rap protesta, donde se hable mal de la sociedad y de las arbitrariedades de los actores armados, sino en la capacidad de proponer cambios no solo desde las letras sino a partir de la prácticas

cotidianas. Lo que este grupo de jóvenes consideran como su elemento identitario es la propuesta social. Así se evidencia del testimonio de Edward.

Siempre buscamos como llevar un rap propuesta, salirnos de lo rutinario que es protesta, pues que sí, es una chimba hacer protesta, decir uno como lo que, lo que, lo que siente, así en que la, la gente lo entienda, pero no solo nos podemos quedar en el concepto de que sí, que fuck police, que la mala para la policía, que la policía tan, que la policía pa, sino dar como una solución, que esto no parezca más, sí, como que pobrecito el rapero, la víctima que se queja por todo, sino nosotros mismos a través de nuestra música no solo quejarnos sino proponer soluciones , entonces pues a la gente le gusta y yo digo que como de esta manera que, que nosotros podemos romper estos paradigmas, como nosotros mismos le podemos demostrar a la sociedad que el rap va más allá de, de, de vicios, va más allá de jóvenes queriendo difamar lo que hacemos; el rap va mucho más allá y eso lo podemos demostrar con nuestras propias letras, en nuestras canciones y en nuestras forma de actuar (Edward, 18 años. Brisas).

Del relato de Edward es importante resaltar que para ellos es más importante la idea de construir nuevos referentes de reconocimiento social. Esto implica destruir los paradigmas propios de los hopper que a través de sus prácticas se victimizan, así como los paradigmas sociales que estigmatizan maneras diversas de habitar el mundo. Por lo tanto, la trasgresión de los espacios no se hace desde una transformación de los espacios físicos, sino desde lo simbólico. La idea no es llenar las paredes de grafitis, afirma Dairo, sino poner a circular nuevos discursos y prácticas con mensajes que resignifiquen las memorias de los jóvenes víctimas de la represión y de la violencia estructural; es decir, evitar el olvido de la

represión y llenar de vida, arte y memoria los lugares donde la muerte, las amenazas y el miedo han estructurado las representaciones sociales.

Militarismo, límites simbólicos y justificación de las violencias

Lo que buscamos, lo que buscamos en, en los talleres de noviolencia es la amada comunidad. Qué es la amada comunidad. La amada comunidad es un, es un espacio donde talleristas como yo o como otros compañeros de diferentes ciudades tengan, eh, digamos, recluten, sí, si se puede decir así, recluten eh, gente positiva sí, para hacer el cambio, gente que no le guste más violencia o que esté cansada de la violencia, eh, esté batallando con nosotros, eh, por eso nosotros también nos hacemos llamar guerreros de una paz positiva mundial (Andrey, 17 años. Brisas)

Quizá una de las consecuencias que se evidencian del relato de Andrey es la dificultad de lograr ser consecuentes en la movilización de los discursos y de determinadas prácticas, las cuales terminan por reproducir las condiciones sociales y simbólicas de las violencias así como los mecanismos que las legitiman. En sus relatos, tanto Andrey como los demás integrantes del colectivo hopper asumen la noviolencia como el referente teórico práctico desde el cual movilizan todos los esfuerzos en la deconstrucción de la violencia como norma interiorizada que define los procesos de sociabilidad, sin embargo, en sus narrativas emergen imágenes y representaciones que se enuncian desde un lenguaje altamente militarista. De esta forma las categorías para nombrar y dar sentido a acciones no violentas son reducidas a categorías militares como “reclutar”, “batallas” y “guerreros”. Este tipo de

mutaciones del lenguaje ocurre en tanto que el constructo militar está inscrito en la sociedad y ha estructurado la forma como nombramos las relaciones que se tejen respecto a las violencias, aun cuando su objetivo sea contrario a éstas.

Si bien este es una de las evidencias de la complejidad que implica ser consecuentes, no es la más representativa. La movilización de límites simbólicos y la justificación de cierto tipo de violencias son los problemas más recurrentes en los miembros de este colectivo hopper. Los límites simbólicos aparecen cuando buscan distanciarse del trinomio que la comunidad ha construido entre jóvenes, rap y marihuana. Para ellos esta distinción es clave, en cuanto que les permite protegerse de las agresiones por parte de los actores armados, pero ante todo sirve como mecanismo por el cual el hip hop, especialmente el que ellos movilizan adquiere legitimidad y reconocimiento. Según las versiones de estos jóvenes existen tres tipos de hopper. 1) El hopper moda, es decir, aquel que moviliza alguna de las vertientes artísticas del hip hop y su adscripción se da a través de su estética (ropa ancha, gorra plana, zapatillas de marca, etc.); 2) los hopper que usan el hip hop para evadir su realidad, por lo que su adscripción se da a través de la asociación entre rap y marihuana; y, 3) los hopper que le apuestan al cambio social, categoría en la que se incluyen los miembros del colectivo.

Si bien esta separación y delimitación social de la población hopper tiende a ser arbitraria, debido a que no se tienen en cuenta factores sociales, familiares ni propios del contexto, que influyen en las decisiones de quienes están en los dos primeros grupos, tiene relevancia para los miembros del colectivo ya que a través de esta distinción buscan ganar aceptación

social y reconocimiento como jóvenes que le apuestan a la paz. Sin embargo, el problema que se observa es que con esta separación lo que se genera es que quienes son clasificados en el grupo que usa el hipo hop como escape social siguen siendo valorados negativamente, y los estigmas y etiquetas sociales son reproducidos de manera literal. Lo que se produce es un juego salvavidas donde para poder salvarse hay que desechar al otro. Mientras que la valoración que se crea sobre los hopper moda es de indignación: “me da rabia, hijueputa, que cojan el rap por moda (Edward, 18 años. Brisas)”. Quizá esta frase exprese mejor el sentido de indignación que manifiestan los miembros del colectivo hopper al respecto.

¿Cuáles son las posibles consecuencias de la reproducción de los límites simbólicos? Al desechar al otro y ubicarlo en la escala más baja de la pirámide social se puede traspasar la línea, por demás delgada, de la justificación y legitimación de los actos represivos y violentos que se le imprimen a este tipo de jóvenes. Las etnografías nos permitieron acceder a este tipo de representaciones. Durante muchas charlas que tuvimos con Camilo, Edward, Dairo, etc., en las cuales se reflexionaba sobre las distintas prácticas represivas, en especial las realizadas por la “limpieza social”, siempre les pregunté a ellos sobre lo que pensaban de estas prácticas. Las respuestas son difusas y bastante ambiguas, en las cuales se mezclan argumentos que las reprobaban como aquellos que las afirman y las ven como una medida necesaria.

Pues por unos lados si está bien que se haga como pa’ evitar mucho el vandalismo y todo eso, pero pues por unos lados no porque esa gente que hace la limpieza no saben,

no saben qué le hacen a la otra gente y no saben pues como el dolor que siente la familia de la gente que lo agreden (Harold, 16 años. Brisas).

El aspecto relevante del testimonio de Harold, es entender cierto tipo de prácticas represivas como la medida de choque para superar los problemas más drásticos de los barrios. En esa misma línea se cruzan los argumentos de los otros miembros del colectivo hopper. Cuando se les preguntaba por los motivos por los cuales veían en las prácticas de limpieza social como la herramienta capaz de superar los problemas de la comunidad, las respuestas siempre estaban dirigidas a un determinado sector de la población: los “chirretes”. Como se argumentó en el segundo capítulo, este tipo de población es considerada como la de menor rango en la sociedad, además se ha etiquetado como la portadora del mal y de los problemas que agobian a los barrios (robos, drogadicción, delincuencia, pandillismo, etc.), por lo cual dejan de ser vistos como portadores de derechos y se les representa como indeseables.

¿Cómo entender la justificación de la violencia, cuando se promueve desde discursos y determinadas prácticas todo lo contrario? ¿Por qué la violencia tiene ese fuerza en los imaginarios colectivos que es capaz de movilizarse y estructurar la vida cotidiana de las personas? Lo importante respecto de estas preguntas es entender que las respuestas no se centran en la violencia en sí misma, en cuanto que la violencia no es un fin sino que es un medio a través del cual se buscan y obtienen ciertos beneficios. Por lo tanto, el contexto social donde se produce y reproduce es la clave para entender este tipo de fenómenos sociales; entonces, vivir en un contexto donde las violencias ha atravesado la experiencia

personal y social implica que ésta se arraigue e interiorice en las personas, y emerja en momentos en los cuales se necesiten explicaciones y profundos cambios respecto de aquellos aspectos que las personas consideran que lesionan y vulneran su integridad. En la medida que el otro sea un potencial peligro, ese otro deja de tener algún valor para los demás.

El hecho de que los mecanismos de producción de las violencias estén incorporados implica una suerte de reproducción inconsciente y no intencionada de los mismos. En este sentido, la cultura de la calle termina por reforzar los patrones de reproducción de las violencias, de tal manera que la noviolencia se desliza en prácticas de violencia.

En el momento en el que se reproducen las violencias, el ideal del cambio social desde el cual se movilizan las prácticas del colectivo hopper, termina por constituirse en una especie de utopía, donde la posibilidad de realizarse se hace mucho más compleja. Lo que se produce es un distanciamiento entre ideales y prácticas concretas.

Otro aspecto que dificulta la materialización de esta propuesta es la reproducción de una especie de asistencialismo. De acuerdo con los testimonios de los integrantes del colectivo hopper, en estos barrios las personas han creado una especie de cultura asistencialista; de tal manera que cuando se presenta un proyecto su participación muchas veces se limita a obtener un determinado beneficio, especialmente material.

Pues mire, dentro del barrio es muy difícil, sí, porque se han hecho los talleres pero los jóvenes no, son de esos que van solo por, por ver que darán, cierto, o que dirán, entonces uno, uno en estos barrios, eh, estas acciones valen pero son muy difíciles (Andrey, 17 años. Brisas).

Pensar procesos de transformación implica tener una claridad del contexto en el que viven los jóvenes, las diferencias que existen entre ellos y los riesgos que se asumen. Si bien lo que se busca es generar estrategias de afiliación no violentas, las cuales atraviesan las prácticas y usos que las personas, en especial los jóvenes, le dan a los espacios públicos, y a través de las cuales se tengan alternativas a las que se producen y derivan de la violencia, la fluidez y las dinámicas con las que se mueve y reproduce la violencia se convierten en fronteras que amenazan con despojar, física y simbólicamente, a quienes participan de la propuesta del colectivo hopper.

A pesar de esta tensa situación, para este grupo de jóvenes es más fuerte el deseo de transformar su comunidad que los riesgos que se asumen. Así lo relata Dairo.

Entonces por ejemplo, eh, yo, yo, como tallerista, a mí me han dicho que pilas, que yo tenga cuidado porque yo puedo ser víctima de represalias por, por hacer este cambio, por dictar estos talleres no violentos, pero como, eh, lo dije alguna vez, si yo estoy metido en esto yo lo hago hasta el final, sí, hasta que, que algún día algún joven o alguna jovencita me diga ¡Dairo, gracias por cambiar!, sí, eso es lo que uno quiere; uno nunca hace esto por beneficios, por dinero o por lujos; eso está contemplado en uno de

los principios de la declaración de paz; uno hace esto por el simple hecho de ser mejor persona y con un gracias es un, es un suficiente, con una sonrisa también es suficiente, entonces eso es lo que queremos, que los jóvenes aprendan a sonreír, no solo es reír, es sonreír, sí, es muy diferente (Dairo, 16 años. Brisas).

Si bien la vida se pone en riesgo, es imperativo crear estrategias que resignifiquen la vida y promuevan nuevas formas de estar y vivir los espacios públicos. Aun cuando la violencia se sostenga a través de distintos mecanismos, y su poder de coacción defina los procesos de socialización y las formas como definimos y nombramos a los otros, no ha logrado frenar el ímpetu de muchos jóvenes de permanecer y reclamar los espacios públicos, ya no solo como una reivindicación de determinados intereses, sino como la expresión de un derecho colectivo. Encerrarse no es una opción, en tanto que sería dejar que las violencias se reproduzcan; como tampoco es una opción desestimar nuevas formas de afiliación, en las cuales es importante reconocer que el cruce entre éstas es relevante si se quiere transformar las condiciones que producen las dinámicas de violencia y represión, así como los mecanismos que producen los límites simbólicos, los estigmas y las marcas sociales, tan peligrosos en un contexto donde se desprecia la vida de una buena parte de la población.

CONCLUSIONES

El estudio sobre la juventud y su relación con prácticas realizadas en los espacios públicos, especialmente la calle, ha tenido un renovado interés durante las últimas décadas. Estos debates se han vuelto relevantes en cuanto que los jóvenes parecen ocupar un lugar primordial en las escenas cotidianas de violencia, en particular los jóvenes de sectores populares. La vasta y rica literatura que aborda este fenómeno social se puede agrupar en dos grandes bloques analíticos. En primero de ellos se concentra en la descripción y análisis del uso de la violencia, el pandillismo y la delincuencia al que recurren cotidianamente los jóvenes, situación que asocian con comportamientos desviados o con problemas de degradación del entorno familiar. De igual manera, se tiende a asociar las prácticas cotidianas de los jóvenes en los espacios públicos, especialmente el de la violencia, como la consecuencia lógica de personas pobres. Es decir, terminan por justificar el argumento que estigmatiza a los jóvenes que viven en condiciones de pobreza y marginalidad como violentos, anómalos y destructores del orden social.

El otro bloque analítico lo componen un grupo de investigadores que se han dado a la tarea de estudiar en profundidad el contexto urbano en el que los jóvenes tienen que sobrevivir, especialmente aquellos que viven en enclaves de pobreza estructural. Lo interesante de los estudios que vienen realizando estos investigadores es que logran separarse de tendencias que estigmatizan y criminalizan las actitudes y comportamientos juveniles. Por el contrario, se ubica en el centro del debate la acumulación histórica de contradicciones y

desigualdades sociales, económicas, políticas y de representación social sobre cuyo eje se articula la vida de los jóvenes y con las cuales deben lidiar en sus prácticas cotidianas.

Esta acumulación de desventajas, como es definida por Saraví, tiene implicaciones importantes para los jóvenes y la comprensión del uso de los espacios públicos que ellos realizan. En primera instancia, la sociedad y el Estado no ha logrado crear los mecanismos de integración de los jóvenes en las actividades de promoción y movilidad social como son la educación y el trabajo, y existe una desigual distribución de las oportunidades, siendo acaparadas por los jóvenes de las clases dominantes, especialmente en lo que se refiere a la educación profesional. Si nos detenemos un momento sobre este aspecto y lo analizamos desde la realidad del colegio donde trabajo, nos encontramos que existe una tendencia que marca el ritmo de vida de la mayoría de jóvenes: son la mayoría quienes terminan su bachillerato y educación media, sin embargo, la traba general en el proceso de movilidad social se establece en el momento de acceder a la educación profesional, debido a que son mínimos los estudiantes que acceden a una universidad pública, mientras que la mayoría de tiene que empezar a buscar trabajo porque sus familias no cuentan con los recursos necesarios para pagar una universidad privada. El Servicio Nacional de Aprendizaje – SENA- se ha convertido en una posibilidad concreta de formación aun cuando muchos no deseen porque reconocen que solo se busca formar mano de obra calificada.

En segundo lugar, las familias de los jóvenes de enclaves de pobreza estructural presentan problemas de movilidad a los lugares de trabajo y acceden a un mercado laboral mal remunerado. En tercer lugar, existe una presencia fuerte de actores que se dedican al tráfico

de drogas que ven en los jóvenes tanto un nicho de mercado como mano de obra para la expansión y consolidación del negocio.

Al ser negadas las oportunidades los jóvenes encuentran en los espacios públicos un lugar de encuentro y socialización, al igual que la construcción de canales de afiliación social. Sin embargo, estar en la calle, en contextos de violencia y de presencia de actores armados constituye un mecanismo de estigmatización de los jóvenes y de sus prácticas, y conduce a que una parte de la comunidad termine por legitimar las prácticas represivas. Este fenómeno se da, como lo demuestran Saraví (2006), Auyero (2013), Bourgois (2010), entre otros, y como se ha evidenciado en mi trabajo de investigación, en que muchas de las prácticas desbordan los límites de la legalidad o son asociadas con actividades ilegales, por lo tanto se asocia al joven que permanece en la calle con violencia y delincuencia, y no solo se estigmatiza a los jóvenes sino que los lugares que frecuenta son considerados peligrosos.

Para estos autores, tanto acumulación de desventajas como criminalización y represión de las prácticas realizadas por los jóvenes que permanecen en los espacios públicos conducen a los jóvenes a una desafiliación social. Al producirse el fenómeno de la desafiliación social, lo que se argumenta es que los jóvenes son excluidos socialmente y terminan por abandonar sus sueños, aspiraciones y posibilidades de realización personal y social, y se produce el fenómeno del asilamiento que puede generar la pérdida de la identidad de los jóvenes.

El problema que identifico de estos estudios es que terminan por legitimar el pesimismo. Al plantear la idea de la desafiliación social o la pérdida de la esperanza en el futuro, lo que se está planteando es la negación de las posibilidades de existencia de los jóvenes que permanecen en la calle, y por lo tanto se les condena a un no-futuro. El trabajo de campo realizado me permite explicar que, por el contrario, la calles no solo son una condición obligada a la que se ven sometidos los jóvenes, sino que son también una opción de vida, como se observó con los jóvenes que han decidido resistir a la violencia reclamando la calle para sí y mediante actos culturales, a través de los cuales fomentan una beligerancia social y política de resistencia pero ante todo como método que les permite proponer alternativas de existencia, por demás no violentas. De igual manera, la organización de parches de jóvenes constituye una forma de resistir a las constantes persecuciones de los actores armados, especialmente de la policía, por lo tanto son formas de afiliación que se alejan de las afiliaciones institucionales. La violencia de estos parches obedece a una forma de reclamar un lugar en la comunidad, a permitirse ser reconocidos y escuchados y a sobrevivir en medio de una simultaneidad de violencias que cotidianamente los atropella y les vulnera los derechos. La violencia de estos jóvenes es una forma de no permitir que las esperanzas se diluyan, aunque paradójicamente también les puede quitar la vida.

Estos mecanismos a los cuales acuden un buen grupo de jóvenes y que reclaman un lugar y reconocimiento desde el uso del espacio público se identifica con el argumento de que los espacios públicos en barrios populares mantiene una capacidad de socialización y de articulación de las relaciones sociales, por lo tanto, constituye, a contracorriente de las violencias y de la represión que en él se cruzan y producen, una fuente de encuentro entre

sus habitantes. Esto es aún más interesante y sorprendente en un contexto tan violento, donde andar por la calle puede significar un alto riesgo.

Lo anterior nos permite plantear dos aspectos relacionales entre sí: 1) los usos y apropiación de los espacios públicos se definen en términos de las valoraciones espacio temporales que realizan los jóvenes, y; 2) dichas valoraciones son producto del cruce entre lo que en los espacios públicos sucede (prácticas de los actores que están presentes en estos espacios) y los mecanismos de socialización familiar y social. Esta relación es compleja y está cargada de un componente fuertemente moral que produce unos límites sociales, que la literatura ha reseñado como buenas y malas gentes, o entre ellos y nosotros. Es decir, se configuran unos límites simbólicos con capacidad de coacción y diferenciación entre los habitantes de los barrios populares.

Lo interesante del análisis de los límites simbólicos es que permite comprender los lugares de enunciación de las personas y sus mecanismos para nombrarse a sí mismos a partir del reconocimiento del otro distinto, del otro visto como moralmente inferior. Esos otros son especialmente quienes permanecen en la calle o quienes son considerados como portadores de mal y por lo tanto como criminales en potencia. Hablamos en especial de los jóvenes que consumen drogas, que hacen parte de un parche, de quienes están constantemente en la calle, especialmente en la noche, y de los que promueven actividades culturales desde el reconocimiento de la juventud como actor social y político. Tanto los estudios reseñados como los datos del campo de investigación demuestran que existe entre los jóvenes unos mecanismos de distinción. Entre ellos se encuentran los que se consideran juiciosos y

estudian y lo que son vagos; el uso de determinadas prendas, por ejemplo no usar ropa tipo hopper para evitar ser señalado como joven de la calle; el cuidado con los usos del lenguaje, en cuanto que se crea una distinción entre un buen lenguaje y el lenguaje “ñero” o “chirrete”.

Ahora bien, los límites simbólicos no solo se producen desde grupos sociales opuestos (quienes están en la casa vs quienes permanecen en la calle), sino que al interior de los jóvenes que tienen un uso permanente de los espacios públicos también existen códigos de clasificación y de diferenciación. Es decir, los jóvenes producen sus propias jerarquías sociales de diferenciación, las cuales se definen según criterios estéticos y corporales, tipos de usos del espacio público y personas que frecuentan.

Son precisamente este tipo de relaciones jerárquicas y de clasificación la que genera lo que varios autores han definido como cultura de la calle (Auyero, Saraví, Bourgois, Anderson), definida por un conjunto específico de normas y valores, prácticas y comportamientos, por medio de las cuales los jóvenes encuentran y recrean un nuevo sistema de estatus y valores, que funcionan como “un mecanismo de defensa y repliegue para los jóvenes: algunos de ellos encuentran en la cultura de la calle una fuente de prestigio, autoestima e identidad; otros, simplemente una ventana de escape a una realidad de exclusión (Saraví, 2004: 43)”.

La cultura de la calle crea y da sentido a los códigos de la calle, es decir, la configuración de ciertas normas informales que atraviesan y definen la sociabilidad y que responden a los desafíos que se presentan en la calle. La violencia juvenil la podemos encuadrar en esta

categoría, ya que se convierte en un medio para sobrevivir, en medio de unas circunstancias que les niega el derecho a existir, como afirma Anderson, aun cuando la defensa de su vida e integridad pueda atentar contra la vida e integridad de sus vecinos y habitantes de sus barrios.

Otro aspecto que sobresale de las estrategias creadas por los jóvenes para evitar la represión es lo que Soto Villagrán ha definido como confinamiento territorial. Esta estrategia se sustenta en prácticas que limitan el uso de los espacios públicos, especialmente en determinados horarios; buscar trayectos alternos de movilidad y desplazamiento que les permita evitar los lugares considerados de riesgo y peligro; la reclusión en el hogar, lo cual tienen como consecuencia una valoración binaria sustentada en principios morales: la casa vs la calle, siendo vista la casa como el lugar de la seguridad y la certeza, mientras la calle se narra como el lugar de los peligros, y de las incertidumbres. Es decir, es el miedo el factor central que produce este tipo de actitudes.

El segundo aspecto que sobresale del confinamiento territorial y que no se evidencia en la literatura es el uso de la tecnología como medio que les permite a las familias que sus hijos no usen los espacios públicos. Por un lado, encontré que muchas familias han realizados esfuerzos para comprar un computador y adquirir internet, de esa manera se evita que los jóvenes tengan que salir a buscar en la calles estos servicios tecnológicos para realizar sus tareas. Por otro lado, también se hacen esfuerzos para comprar servicios tecnológicos de diversión como son un buen televisor, tabletas digitalizadoras, x-box, entre otros. Es decir, se concentran en mantener unos equipamientos tecnológicos que suplan las necesidades

educativas y de diversión que les ofrecen los espacios públicos. Esto tiene como consecuencia que poco a poco el espacio privado está ganando reconocimiento, pero es un reconocimiento obligado por las condiciones de violencia que se presenta en este contexto, y no porque no brinde herramientas de socialización.

En tercer lugar encontramos respuestas de los jóvenes es que reclaman la calle para sí, pero desde una perspectiva de resistencia activa no violenta. Este es un tema que no es muy valorado por la literatura que he trabajado. Los estudios han optado por indagar sobre los mecanismos de resistencia pero con altos grados de violencia, lo cual produce que las comunidades vean a estos grupos de jóvenes como peligrosos y se distancien de los mismos.

El trabajo de investigación que desarrollo nos remite a estas formas de resistencia que los jóvenes desarrollan y que problematizan su realidad desde propuestas concretas de afiliación social. Por un lado, se proponen desnaturalizar las violencias, entre ellas la represión de la policía, de los paramilitares y de los grupos de limpieza social; arrancarles a la violencia y a las drogas a los jóvenes e incentivarlos a la promoción de actividades culturales; transformar los imaginarios que la comunidad en general tiene de los jóvenes como actores violentos.

Como afirma uno de sus lemas, “el ropero no hace al rapero”, por lo tanto, ser y existir es un derecho que reclaman los jóvenes desde la diversidad social en términos de igualdad. No se plantea una disputa determinada por clasificaciones y jerarquías sociales, sino la

construcción de una sociedad plural, crítica e igualitaria. En esa medida, no solo son un grupo de jóvenes que a través de sus prácticas develan y controvierten a la sociedad y señalan los conflictos no resueltos de la sociedad, sino que crean espacios de construcción colectiva que terminan por ser medios de realización de la sociedad que se quiere. Lo importante de este tipo de prácticas es que desbordan los ideales de protesta para constituirse en propuesta.

Sin embargo, a pesar de que muchos jóvenes busquen en los espacios públicos procesos de resignificación de sus prácticas y luchen contra los estigmas que recaen sobre ellos, la represión ejerce una presencia tan fuerte que repercute tanto en las prácticas como en las representaciones que los jóvenes y la comunidad establecen tanto de los espacios públicos como de quienes hacen uso de los ellos.

Los estudios sobre represión y juventud en América Latina han logrado desentrañar y hacer evidente los autores perpetradores. Es así como la policía ocupa un lugar de privilegio en la medida que estos estudios han demostrado que las comunidades identifican a la policía como una banda más con capacidad de coacción, que además disputa el control de las actividades ilegales como es el comercio de las drogas (Kessler, Auyero, Shirley, Cardia). En mi trabajo de investigación, por el contrario, se ha encontrado que la existencia de los perpetradores de la represión y de las violencias es difusa, en cuanto que si bien los jóvenes con los cuales trabajé identifican a la policía como un actor clave, también identifican otros actores como son los grupos paramilitares, los grupos de la limpieza social, la delincuencia común y las pandillas. Es ahí donde la represión se hace difusa, ya que tanto los jóvenes

como la comunidad reconoce la existencia de múltiples actores, pero además en sus imaginarios estos actores se mezclan entre sí. Quizá sea este el aporte más importante que pueda realizar la investigación a la comprensión sobre el tema los jóvenes de barrios populares y en contextos de alta pobreza, en la medida que no es fácil identificar a quien temer. En el escenario de los barrios que estudio, además de policía, del paramilitarismo, de las pandillas, los ladrones, los jóvenes han evidenciado un miedo latente a un actor mucho más difuso y es al de los propios vecinos, quienes se vinculan en la red de violencia y represión a través de diversas formas, bien sea haciendo parte de algún actor, o brindando información o por el solo hecho de definir cuerpos y lugares susceptibles de ser reprimidos.

Tal vez la dificultad de poder diferenciar los efectos de estos actores violentos (policía, paramilitares, grupos de limpieza social, pandillas, etc.) sea uno de los problemas con los que cuenta la comunidad y con los que me encontré durante el proceso investigativo. Esto hace que el miedo se vuelva difuso, porque tanto los jóvenes como los demás habitantes de estos barrios ya no saben a quién temer. Esto sucede especialmente cuando un joven es asesinado, en tanto que se piensa que pudo haber sido o un delincuente cualquiera o la policía o la limpieza. Pero además son casos que no se investigan, por lo que la impunidad aumenta el riesgo y el miedo.

Quedan sin duda abiertos muchos interrogantes sobre estos procesos, pero también sobre las relaciones que se tejen entre los jóvenes y la violencia pandilleril que es otra de las nuevas expresiones que vienen ganando espacios de reconocimiento en estos barrios. Esta es una situación paradójica porque este grupo de jóvenes pandilleros son reprimidos

constantemente, pero han aceptado la violencia como norma y la movilizan en procura de realización de sus necesidades. Esto multiplica los miedos del resto de jóvenes y de sus familias a estar y usar los espacios públicos. En términos generales, marcar fronteras entre las violencias y los múltiples perpetradores que coexisten y se hibridan solo es una cuestión que se escapa de la reflexión académica y de la imaginación intelectual, es ante todo una realidad difusa que no logran comprender quienes la viven desde sus experiencias cotidianas.

Bibliografía

Álvarez, et.al. (2009). Paramilitarismo, cultura y subjetividad en Bogotá (2000 – 2006). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Instituto Unidad de Investigaciones Jurídico-Sociales Gerardo Molina

Auyero, J. (Sep – Oct de 2004). Política, dominación y desigualdad en la Argentina contemporánea. Nueva Sociedad (193). Recuperado de <http://nuso.org/revista/193/desarrollo-y-desigualdad/>

Auyero, J. (Ene – Feb de 1992). Juventud popular urbana y nuevo clima cultural. Una aproximación. Nueva sociedad (117). Recuperado de <http://nuso.org/articulo/juventud-popular-urbana-y-nuevo-clima-cultural-una-aproximacion/>

Auyero, J. & Berti, M.F. (2013). La violencia en los márgenes. Una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense. Buenos Aires: Katz Editores

Barajas, C. (16 de mayo de 2001). Pandillas juveniles, un parche social. El tiempo. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-531220>

Barneveld, H. O. v. & Robles Estrada, É. (2011). Jóvenes y límites sociales: el mito de la rebeldía. Enseñanza e Investigación en Psicología, 16(1). Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=29215963013>

Beck, U. (2006). La sociedad del riesgo global. Madrid. Siglo XXI Editores

Beltrán, A. (2009). FARC-EP: una reflexión sobre su organización política y militar. En: Medina Gallego, C. (2009). FARC-EP. Temas y problemas nacionales: 1958-2008. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia

Beuf, A. (2012). De las luchas urbanas a las grandes inversiones. La nueva urbanidad periférica en Bogotá. Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines, 41(3). Recuperado de [http://www.ifeanet.org/publicaciones/boletines/41\(3\)/473.pdf](http://www.ifeanet.org/publicaciones/boletines/41(3)/473.pdf)

Bourdieu, P. & Saint Martín, M. (mai 1975). Les catégories de l'entendement professoral. Actes de la recherche en sciences sociales, 1(3)

Bourgois, Ph. (2010). Em busca de respeito: vendiendo crack em Harlem. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores

Caldeira, T. (2007). Ciudad de muros. Barcelona: Gedisa Editorial, 2007.

Cardia, N. (maio de 1997). O medo da polícia e as graves violações dos direitos humanos. Tempo Social; Rev. Sociol. USP, S. Paulo, 9(1): 249-265. Recuperado de http://www.fflch.usp.br/sociologia/temposocial/site/images/stories/edicoes/v091/o_medo.pdf

COMISIÓN COLOMBIANA DE JURISTAS. (2004). Violencia estatal en Colombia. Un informe alternativo presentado al comité contra la tortura de las Naciones Unidas. Ginebra, mayo de 2004. Recuperado de la http://datoscolombianuncamas.org/images/abook_file/Violencia%20estatal%20en%20Colombia.pdf

Colombia Nunca Más (2000). Colombia Nunca Más, crímenes de lesa humanidad. Zona 7, 1996.... Bogotá: Colombia Nunca Más.

Cortes, C. & Castro, L. (2009). Usme y el desplazamiento forzado. Bogotá: Corporación SIEMBRA

Cottle, T. J. (1973). The life study: On mutual recognition and the subjective inquiry. Urban Life and culture (Num. 2).

Cruz, J.M. (2009a). Maltrato policial en América Latina. LAPOP, Perspectivas desde el Barómetro de las Américas (11). Recuperado el día 12 de marzo de 2014 de <http://www.vanderbilt.edu/lapop/insights/I0811es.pdf>

Cruz, J.M. (2009b). Inseguridad pública en Centroamérica y México. LAPOP, Perspectivas desde el Barómetro de las Américas (28). Recuperado de <http://www.vanderbilt.edu/lapop/insights/I0828es-v2.pdf>

Davenport, Ch. (2007). State repression and the domestic democratic peace. Nueva York: Cambridge University Press

Delumeau, J. (2002). Miedos de ayer y de hoy. En: Villa, M. (2002). El miedo. Reflexiones sobre su dimensión social y cultural. Medellín: Corporación Región

Delgado, M. (2007). Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles. Barcelona: Anagrama

El Espectador. (16 de septiembre de 2013). En Concejo aseguran que en Bogotá sí hay bandas criminales que ejercen control. Señalan que la capital atraviesa por un momento crítico en materia de seguridad. Recuperado de <http://www.elespectador.com/noticias/bogota/concejo-aseguran-bogota-si-hay-bandas-criminales-ejerce-articulo-446635>

El Tiempo. (12 de julio de 2005). En Bogotá los homicidios crecieron. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1959916>

El Tiempo. (26 de abril de 2005) Bogotá: señales inquietantes. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1689274>

El Tiempo. (18 de octubre de 2002). Los desplazados, gente sin retorno. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1363905>

El Tiempo. Paras llegaron a la ciudad. (21 de enero de 2001). Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-638161>

El Tiempo. (19 de enero de 2001). Paras entran a Bogotá. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-642305>

El Tiempo. (12 de julio de 1998). Paras anuncian masacre en Usme. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-745580>

El Tiempo. (7 de febrero de 1997). Ataques de la guerrilla en Usme y Cubará. El Tiempo. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-534943>

El Tiempo. (3 de septiembre de 1993). Hallan a presunto guerrillero de Usme. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-212150>

El Tiempo. (31 de enero de 1992). Muerto un policía e ataque de CG a Usme. El Tiempo. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-24942>

Garcés, Á. (Ene – jun de 2011). Juventud y comunicación. Reflexiones sobre prácticas comunicativas de resistencia en la cultura del hip hop de Medellín. Signo y pensamiento XXX(58)

Garcés, Á. (2005). Nos-otros los jóvenes. Polisemias de las culturas y los territorios musicales en Medellín. Medellín: Sello Editorial Universidad de Medellín

Garcés, Á. (jul– dic de 2004). Nos-Otros los jóvenes. Pistas para su reconocimiento. Revista Escribanía (13)

Garcés, Á. & Medina, J. (2008). Músicas en resistencia. Hip hop en Medellín. La trama de la comunicación (13)

Giraldo, J. S.J. (1998). Los modelos de la represión. Revista Solidaridad, (Año X N° 100).

Hernández, J. (2013). Construcción Social de Espacio Público en Barrios Populares de Bogotá. Revista Invi28(78)

Kessler, G. (diciembre de 2012). Movilidades laterales. Delito, cuestión social y experiencia urbana en las periferias de Buenos Aires. *Revista de Ciencias Sociales*, DS-FCS, 25, (31)

Kessler, G. (2004). *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires: Paidós

Lancheros, Y. (12 de enero de 2006). Bogotá es la que más recibe desplazados. *El Tiempo*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1882038>

Lamont, M. (2000). *Dignity of Working Men: Morality and the Boundaries of Race, Class, and Immigration*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

La Rota, M. & Bernal, C. (2013). *Seguridad, policía y desigualdad. Encuesta ciudadana en Bogotá, Cali y Medellín*. Bogotá: Centro de Estudios de Derecho, Justicia y Sociedad, Dejusticia

Lerche, Ch. & Said, A. (mayo-agosto de 1976). La guerra en el mundo moderno. *Revista de las fuerzas armadas*, 28(83)

Lezama, J.L. (2002). *Teoría social, espacio y ciudad*. México: El Colegio de México

López, M. (2004). Noviolencia para generar cambios sociales. *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana*, 3(9). Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=30500914>

Marín, M. & Muñoz, G. (2002). *Secretos de mutantes. Música y creación en las culturas juveniles*. Bogotá: Sigo del hombre editores, DIUC – Universidad Central

Martín-Barbero, J. (2006). Los laberintos urbanos del miedo. En: Pereira, J. & Villadiego, M. (eds). (2006). *Entre miedos y goces. Comunicación, vida pública y ciudadanías*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana: Cátedra Unesco de comunicación social, 2006

Martín-Barbero, J. (1998). Jóvenes: Des-orden cultural y palimpsestos de identidad. En: Cubides, H. & Laverde, M. & Valderrama, C. (eds). (1998). *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá: Universidad Central; Siglo del Hombre Editores

Medina, F. (2006). Los lugares de encuentro. En: Pereira, J. & Villadiego, M. (eds). (2006). *Entre miedos y goces. Comunicación, vida pública y ciudadanías*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana: Cátedra Unesco de comunicación social, 2006

Merton, R. & Kendal, P. (1946). The focused interview. *American Journal of Sociology*, (51).

Mo Hume. (2009). *The politics of violence: gender, conflict and community en El Salvador*. Chichester: Wiley-Blackwell

Montero, H. (28 de junio de 1998). Zozobra reina en las calles de Usme. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-810657>

Navia, J. (14 de julio de 1998). En Usme solicitan ayuda. El Tiempo. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-766705>

Pissoat, O. & Barbary, O. & Rojas Arias J.C. (2007). Violencia y ciudades. En: Dereau, F. et.al. (2007). Ciudades y sociedades en mutación. Lecturas cruzadas sobre Colombia. Bogotá: Universidad Externado de Colombia

Perea Restrepo, C.M. (2004). Pandillas y conflicto urbano en Colombia. Desacatos, primavera-verano. Recuperado de <http://www.ciesas.edu.mx/desacatos/14%20Indexado/1%20Saberes%201.pdf>

Pérez Fernández, F. (2010). Laboratorios de reconstrucción urbana: Hacia una antropología de la política urbana en Colombia. Antípoda. Revista Antropología y Arqueología (10). Recuperado de http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S19004072010000100004&lng=en&nrm=iso

Plataforma Social de Usme. (2 de diciembre de 2009). Denuncia asesinato de jóvenes en Usme. Recuperado de <http://plataformausme.blogspot.com.co/2009/12/denuncia-asesinato-jovenes-en-usme.html>

Porras, K. (septiembre de 2012). La participación ciudadana juvenil en Usme: la ciudadanía activa entre lo institucional y no institucional. Bogotá: Boletín N°9, Observatorio Javeriano de Juventud. Recuperado de <http://dl.dropboxusercontent.com/u/55881443/Art%C3%ADculo%20Bolet%C3%ADn%20N%C2%B0%209.pdf>

Reguillo, R. (2012). Culturas juveniles del desencanto. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores S.A.

Reguillo, R. (2006). Los miedos contemporáneos: sus laberintos, sus monstruos y sus conjuros. En: Pereira, J. & Villadiego, M. (eds). (2006). Entre miedos y goces. Comunicación, vida pública y ciudadanías. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana: Cátedra Unesco de comunicación social, 2006

Rincón, O. (2006). Apagá la tele, viví la ciudad: en busca de las ciudadanías del goce y de las identidades del entretenimiento. En: Pereira, J. & Villadiego, M. (eds). (2006). Entre miedos y goces. Comunicación, vida pública y ciudadanías. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana: Cátedra Unesco de comunicación social, 2006

Rivera, M. (2010). Estudios sobre represión estatal en regímenes democráticos. Teorías, métodos, hallazgos y desafíos. Política y gobierno, I semestre. Recuperado el 26 de febrero de 2014 de [http://www.politicaygobierno.cide.edu/num_anteriores/Vol_XVII_N1_2010/03.PyG-RIVERA\(58-95\).pdf](http://www.politicaygobierno.cide.edu/num_anteriores/Vol_XVII_N1_2010/03.PyG-RIVERA(58-95).pdf)

Rodríguez, E. (2004). Juventud y violencia en América Latina. Una prioridad para las políticas públicas y una oportunidad para la aplicación de enfoques integrados e integrales. Desacatos, primavera-verano. Recuperado el día 26 de febrero de 2014 de <http://www.ciesas.edu.mx/desacatos/14%20Indexado/1%20Saberes%202.pdf>

Rojas, C. (1996). La violencia llamada “limpieza social”. Bogotá: Cinep

Salcedo, R. (septiembre de 2002). El espacio público en el debate actual: Una reflexión crítica sobre el urbanismo postmoderno. URE 28(84). Recuperado de <http://dx.doi.org/10.4067/S0250-71612002008400001>

Saraví, G. (2004a). Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en enclaves de pobreza estructural. CEPAL,(83). Recuperado el día 02 de marzo de 2014 de <http://ibcperu.org/doc/isis/5591.pdf>

Saraví, G. (2004b). Juventud y violencia en América Latina. Reflexiones sobre exclusión social y crisis urbana. Desacatos, primavera-verano. Recuperado el día 26 de febrero de 2014 de la <http://www.ciesas.edu.mx/desacatos/14%20Indexado/1%20Saberes%206.pdf>

Saraví, G. (2006). Biografías de exclusión: desventajas y juventud en Argentina. Perfiles Latinoamericanos, julio-diciembre, 83-116.

Scribano, A. y Seveso Zanin, E. (julio 2012). La cabeza contra el muro. Geopolítica de la seguridad y prácticas policiales. Revista de Ciencias Sociales, DS-FCS, 25(30). Recuperado de <http://www.fcs.edu.uy/archivos/Art%C3%ADculo%20ScribanoSeveso%20Zanin%20RCCSS%2030-4.pdf>

Secretaria Distrital de Planeación. (2009). Conociendo la localidad de Usme. Diagnóstico de los aspectos físicos, demográficos y socioeconómicos. Recuperado de <http://www.sdp.gov.co/portal/page/portal/PortalSDP/ciudadania/Publicaciones%20SDP/PublicacionesSDP/05usme.pdf>

Semana. (11 de julio de 2008). Preocupación por expansión del poder paramilitar en la ciudad. Recuperado de <http://m.semana.com/on-line/articulo/preocupacion-expansion-del-poder-paramilitar-ciudad/93838-3>

Semana. (14 de octubre de 1996). Bogotá sitiada. Recuperado de <http://www.semana.com/nacion/articulo/bogota-sitiada/30364-3>

Sepúlveda, M. (2014). La filosofía de la noviolencia en Guatemala: retirándose de las violencias a través del hip hop. Anuario de estudios centroamericanos, (40). Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/152/15233350013.pdf>

Seveso-Zanin, E.J. & Lisdero, P.M. (2013). Sociologando: Estrategias de «policación de lasociedad» y prácticas de «securitización ciudadana»: una mirada a la metamorfosis de los mecanismos represivos en contextos neo-coloniales. Sapiens Research, 3(1). Recuperado de http://www.sapiensresearch.org/images/pdf/v3n1/V3N1_Sociologando_1.pdf

Shirley, R. W. (1997). Atitudes com relação à polícia em uma favela no sul do Brasil. Tempo Social; Rev. Sociol. USP, S. Paulo, 9(1). Recuperado de <http://www.scielo.br/pdf/ts/v9n1/v09n1a12.pdf>

Sierra, H. (19 de octubre de 2002). La ciudad, un fortín policial. El tiempo. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1362730>

Soto Villagrán, P. (agosto de 2012). El miedo de las mujeres a la violencia en la ciudad de México. Una cuestión de justicia espacial. Revista Invi, 27(75)

Soto Villagrán, P. (2013). Entre los espacios del miedo y los espacios de la violencia: discursos y prácticas sobre la corporalidad y las emociones. En: Soto Villagrán, P, & Aguilar, M. (eds). (2013). Cuerpos espacios y emociones. Aproximaciones desde las ciencias sociales. México: Casa abierta al tiempo, Universidad Autónoma Metropolitana y Porrúa

Taylor, S. J. & Bogdan, R. (1987). Introducción a los métodos cualitativos de investigación. Barcelona: Editorial Paidós.

Tiscornia, S. (Sin fecha). Violencia policial. De las prácticas rutinarias a los hechos extraordinarios. Inédito. Recuperado de http://webiigg.sociales.uba.ar/conflictosocial/libros/violencia/07_TISCORNIA,%20Violencia%20policial.%20De%20las%20practicas%20rutinarias%20a%20los%20hechos%20extraordinarios.pdf

Tiscornia, S. (2000). La seguridad ciudadana y la cultura de la violencia. Encrucijada, (1). Recuperado de

<http://www.filo.uba.ar/contenidos/carreras/antropo/catedras/sistematica1a/sitio/catedras/tiscornia/ASI2003tiscorniabibliografia.pdf>

Torres, A. (1993). La ciudad en la sombra. Barrios y luchas populares en Bogotá 1950-1977. Bogotá: Cinep

Useche, O. (2003). La potencia creativa de la resistencia a la guerra. Polis, Revista de la Universidad Bolivariana, 2(6). Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=30500609>

Valles, Miguel. (1999). Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional. Madrid: Síntesis

Voz. (26 de marzo de 2014). Paramilitares en el sur de Bogotá: Jóvenes expuestos a la violencia. recuperado de <http://www.semanariovoz.com/2014/03/26/paramilitares-en-el-sur-de-bogota-jovenes-expuestos-a-la-violencia/>

Waldmann, P. (1995). Represión Estatal y Paraestatal en Latinoamérica. América Latina Hoy, (10). Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=30801003>

